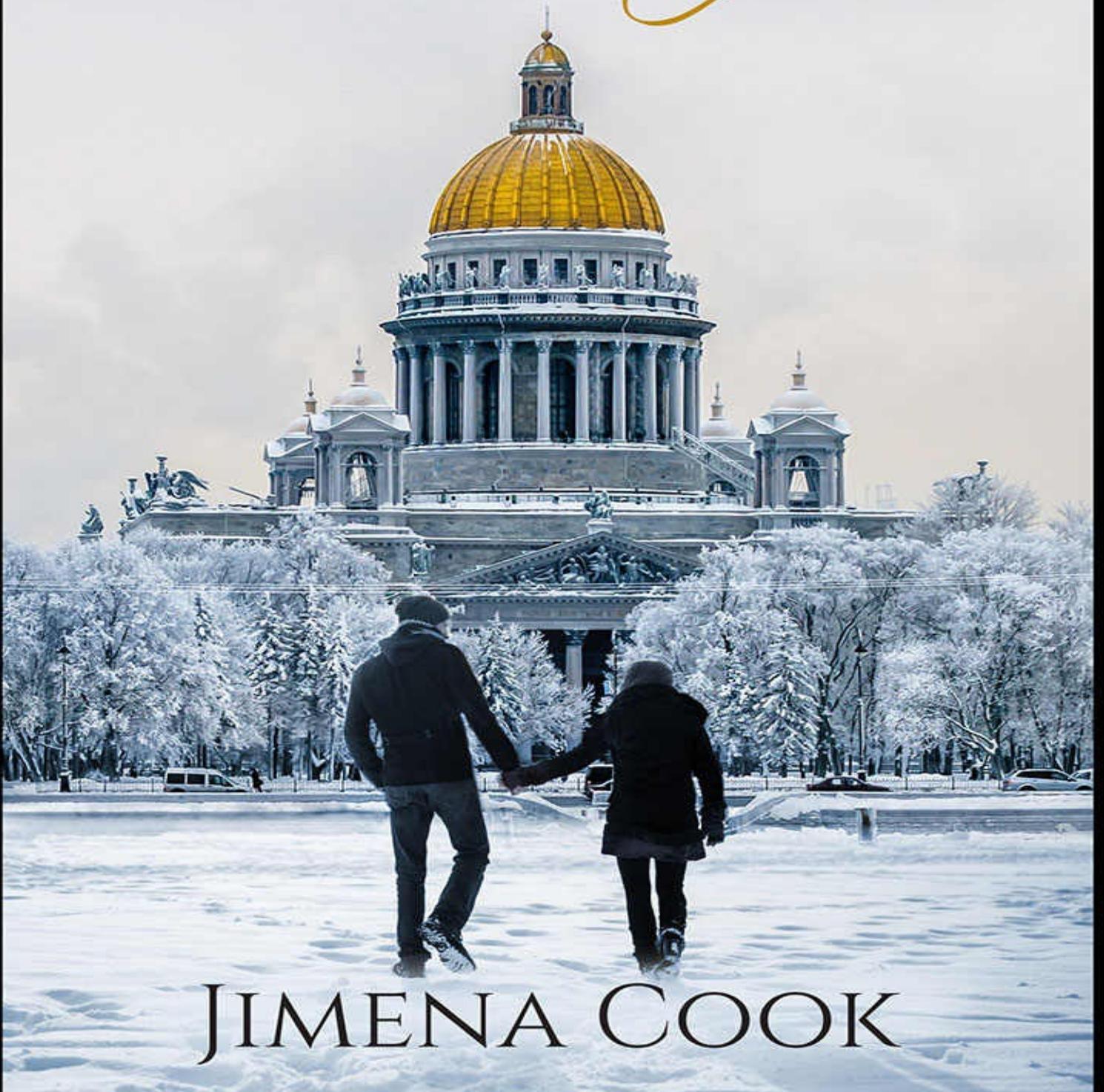


Selecta

Mirame



JIMENA COOK

Mírame

Jimena Cook

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A mi gran amiga Mercedes Oliva Campos.
Siempre estarás en mi corazón.*

“Cuando conozca tu alma, pintaré tus ojos”
(Amadeo Modigliani)

Recuerdos

Estoy sentada frente a la ventana de mi casa de campo, hace frío y el jardín está cubierto con un manto blanco. Contemplo el bello paisaje que tengo ante mí: los árboles, las montañas que se disipan en el horizonte, los tejados de las cabañas cercanas cubiertos con una fina capa de nieve... Es la señal que nos adentra en el invierno. Me siento en mi butaca próxima al calor que desprende el fuego de la chimenea, cierro los ojos y vienen a mi memoria todos los sueños de juventud. No puedo evitar recordar sus ojos verdes, su mirada intensa, cálida, que desde el primer momento me cautivó; su pelo negro ensortijado que tanto me gustaba; y su sonrisa. Las lágrimas recorren mis mejillas de alegría por la memoria del pasado.

Abro los ojos e intento centrarme en la vida que hay detrás del cristal, y allí está él, sonriéndome, regresa al calor del hogar. Suspiro, sé que en unos instantes abrirá la puerta de la estancia donde me encuentro y la llenará de vitalidad. Me acuno en mi cómoda butaca mientras espero su llegada. Es entonces y solo entonces cuando empiezo a revivir nuestra historia escrita hace años en nuestros corazones, sellada con fuego y que nadie podrá borrar jamás.

Capítulo 1

Dubrovnik

La brisa del mar mecía mi pelo, mi mirada estaba perdida, fija en las olas que formaba el barco que me llevaba hasta la costa de lo que, por aquel entonces, todavía era Yugoslavia. Allí, en la cubierta, apoyada en la barandilla, no dejaba de preocuparme por mi nuevo trabajo. Mi tío Manu me había facilitado el acceso a un colegio de señoritas, un internado ubicado en los alrededores de Dubrovnik. Manu, de profesión restaurador, había renovado casi toda la colección de cuadros de los salones del centro, esto había hecho que se hiciese muy amigo de la directora, la señorita Endin, quien le había transmitido su deseo de introducir en las asignaturas del colegio un idioma más, el español. Desde ese momento, yo, licenciada en Filología hispánica, con deseos de viajar a otros países y, con un nivel avanzado del inglés, fui una buena candidata para ese puesto.

Empezaba a refrescar en la cubierta del barco, todavía quedaban dos horas hasta llegar a las costas de Dubrovnik y empezaba a sentir frío.

—¡Qué viento más desagradable! —Me giré con brusquedad, había estado tan centrada en mis pensamientos que no me había percatado de la presencia de otra persona.

—¡Oh!, disculpe. ¿La he asustado?

—No, no lo ha hecho —contesté.

—Permítame que me presente, mi nombre es Alberto, viajo a Bosnia. ¿A

dónde se dirige usted, señorita...?

—Ana, me dirijo a Dubrovnik.

—¡Dubrovnik! ¡Qué ciudad más bonita! Conserva el maravilloso encanto del Medioevo. Le va a gustar —dijo mientras esbozaba una gran sonrisa.

—Y, si no es indiscreción, ¿a qué lugar de Bosnia va? —pregunté por curiosidad.

—Bueno, en realidad voy a una aldea, Medjugorje. Soy sacerdote y voy a estar una temporada allí, empapándome de fe.

Empezaba a tener frío, me dio un escalofrío y el padre Alberto se percató de ello.

—Será mejor que pasemos dentro, empieza a refrescar —dijo.

En el interior del barco el ambiente estaba bastante cargado, el sacerdote fue requerido por un matrimonio de ancianos, oportunidad que aproveché para escaparme a un rincón del pequeño salón. Eso sí, antes me compré un chocolate calentito y me senté en la única mesa libre que quedaba junto a la ventana. Era una joven asocial, me gustaba mantener las distancias con las personas, era un alma solitaria, así me definía yo, una persona a la que le gustaba concentrarse en sus pensamientos y la soledad no le asustaba.

Mientras contemplaba el mar sentía esa tristeza que cada vez se apoderaba de mí durante más tiempo. Sí, pensé, la verdad es que este trabajo me va a venir bien. Necesitaba un cambio en mi vida y esta oferta había llegado en el momento oportuno. No dejaba de pensar en él: Fernando, mi amado hermano, tan feliz el día que se alistó en el Ejército, su sonrisa, su dulce mirada y esa necesidad de ayudar al mundo. Él, que solo buscaba una salida en su vida, encontró en el Ejército la falsa idea de paz y libertad. Llegaban a mi memoria los recuerdos del día en que partió a otros países para lo que ellos llamaban «una misión de paz», y fue en esas tierras lejanas donde él encontró su muerte. Tapé mi cara con ambas manos, no pude evitar que las lágrimas rodasen por mi rostro. Los días, semanas y meses posteriores fueron un auténtico drama en mi casa, mi madre se sumió en una depresión de la que todavía no había

salido; mi padre, no pudo soportar la situación y se aisló en su mundo interior; y yo me encerré en mí misma, culpé a Dios de todo lo que nos había pasado y comencé a cuestionarme mis creencias, no comprendía por qué Él nos había quitado a mi hermano. Mi tío me salvó de ese ambiente hostil y negativo cuando me comunicó el puesto de trabajo en el internado para señoritas en Dubrovnik.

El sonido del altavoz del barco me sobresaltó, anunciaba la llegada a la ciudad. Me apresuré a recoger mis pertenencias. Estaba nerviosa por mi nueva vida, no sabía si sería capaz de dar clases a unas adolescentes, niñas de bien, caprichosas y consentidas, pero lo intentaría. Manu me estaría esperando. No vi más a Alberto, me dio pena no poder despedirme de él.

Había mucha gente en el puerto. Nada más ver la ciudad de Dubrovnik me impresionó. La belleza arquitectónica de sus murallas en contraste con el sistema montañoso que la rodeaba y aquel mar tan azul... me sorprendió; en realidad era precioso. Estaba asombrada.

—¡Ana! —La voz de mi tío hizo que desviara la mirada. Estaba como siempre, tan atractivo con su pelo rubio, sus intensos ojos azules y su tez morena—. ¡Ana! —repitió, yo agité con alegría la mano—. ¡Mi querida sobrina! ¡Cuántas ganas tenía de verte!

Nos abrazamos con mucho cariño. Yo quería mucho a mi tío; soltero, divertido, siempre había estado con nosotros. Sintió mucho la muerte de mi hermano y creo que en vista de los acontecimientos que se sucedieron *a posteriori* en mi familia, estaba sufriendo por no poder liberarme de esa situación.

Cogió mis maletas y las transportó hasta un coche rojo, descapotable, su última adquisición. No paraba de hablarme del colegio, las alumnas, la directora del centro y de su trabajo. Me divertía escucharle, siempre me gustaba estar con él. Desde ese momento pensé que la decisión que había tomado era la acertada; por primera vez en mi vida estaba orgullosa de mí misma por haber ido Dubrovnik y aceptar el trabajo.

—Ya verás cuando llegues al lugar donde está Siaten, el internado... Es precioso, te va a enamorar. Es un antiguo palacete, propiedad de una de las familias más ricas y nobles de Inglaterra, los Windsor. Se asentaron hace muchos años en este lugar. Al principio lo utilizaban como sitio de recreo para sus vacaciones, pero después, entusiasmados por la naturaleza que les rodeaba y ese paisaje tan idílico, se establecieron en una de sus mansiones para pasar largas temporadas.

—¿Y viven todavía allí? —le pregunté.

—La verdad es que ahora no se alojan en su residencia. Tan solo de vez en cuando, cuando celebran algún evento social importante. Todo lo gestiona un abogado que es el intermediario entre el internado y ellos. Viven en Londres. De vez en cuando viene el primogénito de la familia y el único soltero de sus dos hijos.

—¿Tú les conoces?

—He visto a todos alguna vez, aunque con el que más he hablado es con Henric, el heredero. Él es un amante del arte y cada vez que acude aquí, que no es muy a menudo, viene a ver las obras que estoy restaurando. Es un joven muy culto y educado, aunque las malas lenguas echan pestes de él.

—¿Y qué dicen las malas lenguas? —pregunté con interés.

—Que es un mujeriego y juerguista y que si no fuese por que la madre gestiona toda su fortuna él ya la hubiese derrochado. Pero, si te soy sincero, creo que es el único sensato en esa familia, la envidia es muy mala, querida sobrina. La hermana es una cabeza loca, su matrimonio es un fracaso, solo funciona de cara a la galería, andan distanciados el uno del otro. ¡Ya estamos aquí! —dijo con una gran sonrisa.

Me quedé sorprendida al ver lo que tenía frente a mí, era precioso. Las montañas, que todavía conservaban, a pesar de la época en la que nos encontrábamos, nieve en sus cimas, contrastaban con el intenso cielo azul y el palacete. El internado contaba con numerosos jardines y un estanque en un lateral. Cada rincón, por muy escondido que estuviese, estaba adornado con

delicados centros de flores. Era un paraíso cuyo protagonista era la perfecta construcción arquitectónica que se levantaba ante mí. Consistía en tres edificios dispuestos de forma circular, en el centro una gran fuente y varios bancos rodeándola, y alrededor de todos ellos abundante vegetación de diversas tonalidades. El edificio central tenía una bonita puerta de acceso tallada en madera. Mi tío me contemplaba, se sentía feliz, en el fondo sabía que había hecho lo correcto con traerme a trabajar allí.

Una mujer rubia, bastante alta y de semblante serio, nos esperaba junto a la puerta. Por la familiaridad con la que la trataba mi tío imaginé que era la señorita Endin.

—Ana, esta es la directora del centro. —Antes de que comentase cualquier apreciación, ella tomó la palabra.

—Querida Ana —dijo dándome la mano en señal de saludo—, estaba deseando tenerte entre nosotras. Tu tío es muy formal en las presentaciones, mi nombre es Margaret, para cualquier cosa que necesites estoy a tu entera disposición.

—Sobrina —nos interrumpió mi tío—, te dejo en buenas manos, voy a trabajar en mis pinturas.

Noté una mirada de complicidad entre ambos, se estaban hablando con los ojos. Ambas observamos cómo se alejaba. Margaret me asió del brazo y empezó a preguntarme sobre el viaje.

—Me imagino que estarás cansada, es un viaje muy pesado.

—Lo cierto es que me siento agotada... —no me dejó terminar la frase cuando ella volvió a tomar la palabra.

—No me extraña, he pensado que, puesto que estamos a viernes, hoy te tomes el día de descanso, mañana te enseñaré el centro, las clases y a todos los que trabajamos aquí, menos a las alumnas, que como ya te habrá explicado tu tío, Siaten es un internado internacional de alumnas de buena posición económica, la mayoría de la aristocracia europea. Los fines de semana, en concreto hoy, dentro de una hora, muchas de ellas se marchan a sus hogares,

así que solo te podré presentar a las que se encuentran con nosotros de manera permanente.

Mientras Margaret hablaba, yo no dejaba de asombrarme ante la grandiosidad del palacete por dentro: arte, belleza, numerosos pasillos confluían en amplias salas. Por fin se detuvo ante una puerta que supuse sería mi habitación, estaba deseando descansar y meditar sobre el viaje y los acontecimientos posteriores.

La señorita Endin se despidió y, por fin, cerré la puerta de lo que iba a ser mi pequeño hogar durante mucho tiempo. La habitación era muy sencilla, luminosa y espaciosa. Tenía un pequeño balcón con vistas a un gran jardín, a lo lejos se divisaba el mar. El paisaje que contemplaba era bastante bonito. El interior de la habitación no tenía mucho mobiliario, una cama de noventa centímetros de ancho, un armario, un sencillo baño y una mesa de estudio; lo que echaba de menos era una televisión, aunque imaginé que así las habitaciones incitaban más al estudio. Estaba muy cansada, decidí tumbarme en la cama y dormir antes de ordenar mi equipaje.

Capítulo 2

La galería de cuadros

La vida en el internado resultaba muy agradable, mis alumnas, a diferencia de la idea preconcebida que me había hecho antes de llegar a este lugar, eran jóvenes cariñosas, divertidas, muchas de ellas desdichadas por estar lejos de sus familias.

Todas las mañanas, después de mis clases, intercambiaba opiniones con la profesora de francés, una joven parisina de familia humilde que había llegado al internado un mes antes que yo; congenió bastante conmigo, me sentía bien con mi nueva compañera, solo que a veces era un poco pesada y me resultaba imposible escabullirme de ella y tener un rato de intimidad. Monique, así se llamaba, era una joven bonita. Sus largos cabellos rubios, ensortijados y sus llamativos ojos azules provocaban suspiros allá por donde pasaba. No sé si se daba cuenta de su atractivo, pero lo cierto es que tenía a todos los hombres que trabajaban en Siaten a su entera disposición, incluido a mi tío Manu. Cada vez que nos dirigíamos a las cuadras, Charles, el joven que cuidaba a los caballos, se giraba para observarla y suspiraba repetidas veces. Esas situaciones me divertían, por mí nunca habían suspirado de esa manera, es más, me sentía poco agraciada a su lado, mi pelo negro, rizado, siempre daba la impresión de estar despeinado, mientras que el de Monique... cada tirabuzón estaba perfectamente colocado; mis ojos grandes y negros me hacían parecer una gitana, o al menos esa era la impresión que tenía siempre sobre mi

aspecto.

Esa mañana, mientras veía cómo Monique subía con rapidez a la primera planta del edificio central para impartir su clase de francés, decidí acercarme a la playa, había cierta distancia, andando unos quince minutos, pero merecía la pena. Ya se habían acabado mis clases matinales y disponía de hora y media antes de la comida. Con paso ligero me adentré en el pequeño bosque que bordeaba el internado y que ocultaba tras él una vistosa playa, la que divisaba todas las mañanas y tardes desde mi balcón en los días claros.

El bosque tenía algo tenebroso, quizás por sus altos y frondosos árboles o por la gran variedad de sonidos que se escuchaban cuando te adentrabas en su interior. Me gustaba observar la vegetación, escuchar el trinar de los pájaros y oler el perfume de su flora. Respiré en profundidad y aceleré el paso, no me gustaba estar mucho tiempo en ese lugar.

Por fin llegué a la playa, era bastante solitaria, nunca había encontrado a nadie allí, algún fin de semana a contadas alumnas, era un espacio poco visitado. Una sonrisa se dibujó en mi rostro cuando vi el azul del mar, «¡qué maravilla!», pensé. Me tumbé en la arena, cerré los ojos y me quedé dormida. Un ruido extraño me despertó de mi apacible sueño, cuando abrí los ojos me asusté al ver ante mí a un perro enorme y junto a él a un hombre observándome; me incorporé con rapidez, asustada.

—¡Vaya, Lucas! —dijo en un inglés perfecto—. Creo que hemos sorprendido a la señorita. —Intentaba ponerme mis zapatillas y levantarme, él continuó hablando mientras me ofrecía su mano para incorporarme—. Mi nombre es Henric, estoy de vacaciones unos días por aquí, y, como siempre que vengo, me encanta pasear por esta playa con mi perro Lucas. Nunca encontramos a nadie, por eso hoy nos ha extrañado ver a una joven tumbada en la arena. La verdad, he de confesar que al principio nos hemos asustado, pensábamos que le había pasado algo.

Esperó a que hablase pero yo estaba más centrada en sacudirme la arena de mi pelo, que estaba suelto y enredado, que en otra cosa. Me imaginaba la

imagen de loca que debía mostrar. Entonces él empezó a reírse a carcajadas. Le miré a la cara, irritada, ya que hasta entonces no lo había hecho, no me había fijado con interés en él. ¡Qué guapo era! Bastante alto, de complexión fuerte, el pelo muy negro, ondulado y unos preciosos ojos verdes, era un hombre atractivo. Empecé a ponerme nerviosa por la situación.

—Disculpe que me ría pero verla tan preocupada por quitarse la arena de su pelo, tan afanosa, me ha hecho gracia. Señorita....

—Ana. —Miré el reloj, faltaba media hora para la comida, me intranquilité, se me había pasado el tiempo volando—. Tengo que irme, se me ha hecho muy tarde, gracias por despertarme, de no ser así me hubiese quedado sin comer. —Comencé a caminar con rapidez en dirección al bosque.

—¡Ana! Espere, déjeme acompañarla hasta su casa.

—Oh, no se moleste, gracias, está muy cerca. —Y señalé dirección al internado.

—¿Trabaja en Siaten?

—Sí, soy profesora de español. He llegado hace unas semanas.

—Bueno, entonces con más motivo le acompañaré, yo vivo cerca de allí; es más, es paso obligado hasta mi casa.

La verdad es que no me apetecía nada que ese hombre regresase conmigo, pero no sabía cómo disuadirle para que no lo hiciera.

—No debería pasear sola por este lugar, hay muchos animales salvajes. A veces se han encontrado jabalís —comentó.

—Prefiero no pensarlo. Me gusta caminar y estar en contacto con la naturaleza, me atrae la soledad y este es el único lugar, junto con la playa, en donde puedo encontrarla.

—Ya entiendo, y yo he perturbado su tranquilidad. —Preferí callar. Estuvimos en silencio durante un rato. Rompí ese silencio.

—¿Y me ha dicho usted que vive cerca del internado?

—Sí, a unos veinte minutos andando. Mi familia y yo solemos venir en otoño hasta la primavera. Este año me he adelantado unos días por unos

asuntos que tenía que solucionar en Italia y he decidido hacer una parada aquí.
¿De dónde es, Ana?

—De España, en concreto de Madrid. Mi tío, Manu, trabaja en Siaten restaurando obras de arte de la familia Windsor. —Él arqueó una de sus cejas.

Seguimos hablando, él me estuvo instruyendo en la historia de Yugoslavia y el valor artístico y cultural tan importante que había en Dubrovnik. Llegamos a Siaten y muy cortésmente se despidió de mí.

—Nos volveremos a ver pronto, Ana. —Y después de pronunciar esa frase se alejó con su perro.

Él se volvió a mirarme y yo me giré con rapidez, me había sorprendido observándole, sentí vergüenza de mí misma. Ese hombre me había impresionado, no solo por su atractivo, sino también por su cultura, resultaba bastante interesante.

Aquella tarde Margaret reunió a todo el claustro de profesores, tenía algo importante que comunicarnos. Monique llamó a mi puerta y ambas nos apresuramos hacia la sala de reuniones.

—Hace unas semanas me llegó una carta de la familia Windsor haciéndome saber que iban a mandar a la nieta de la señora, la señorita Rose, a estudiar durante un año aquí. No lo he comunicado antes porque hasta hoy no he sabido la fecha en la que se incorporaría a nuestro centro. El primogénito de la familia ha venido a comentarme que el sábado vendrán él y su sobrina a visitarnos. Por lo visto es una joven bastante conflictiva que les ha dado más de un disgusto en Inglaterra. Han puesto toda su confianza en la escuela y, por lo tanto, no debemos defraudarles. Ese mismo día, como ya sabéis, se celebra en Siaten, como viene siendo tradición, la fiesta de la primavera, así que después de la presentación de la joven Windsor iremos todos al pabellón de caza donde ya estarán todos los comensales, incluidas nuestras alumnas, para la celebración. Confío en todos vosotros y cuento con vuestra ayuda y apoyo para el acontecimiento.

Solo quedaban tres días para el sábado y había mucho movimiento en el

internado, la servidumbre estaba trabajando mucho para que todo estuviera impecable. La directora nos tenía a todos los profesores nerviosos con el evento.

Esa mañana decidí visitar a mi tío Manu. Hacía varios días que no había tenido tiempo de disfrutar de su compañía, empezaba a echarle de menos. Me dirigí hacia la galería de cuadros, lugar donde trabajaba. Él no dormía en el internado sino en la ciudadela, así que tenía que apresurarme antes de que se marchase, pues sus jornadas laborales terminaban muy pronto y no solía demorarse en abandonar Siaten. Abrí con sigilo la puerta de la galería y allí estaba él, muy centrado en el trabajo que hacía. Me encantaba observarle, era muy divertido verle tan serio y concentrado en lo que estaba haciendo. Esperé unos minutos pero al ver que no se había percatado de mi presencia fingí una tos seca, se giró con rapidez para mirarme, una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Querida sobrina! ¡Ya te echaba de menos! —Fue a abrazarme.

—¿Qué estás restaurando? —le pregunté aproximándome al cuadro en el que estaba trabajando.

—Un retrato familiar de un antepasado.

Me acerqué aún más, imponía solo con verlo. La imagen era de una mujer joven, de tez muy pálida y aspecto muy frágil. Su mirada era triste, asustadiza y su semblante serio. Me llamaron la atención sus manos, el pintor quiso reflejar algo en ellas, quizás era mi impresión, pero parecía como si escondiese algo y lo aferrase con mucha fuerza para que no se le escapase. La joven estaba de pie junto a una ventana que daba a un jardín, vestida de blanco. El autor resaltó un pequeño columpio de color claro. Le comenté mis impresiones a mi tío, se quedó sorprendido por ello.

—La verdad es que no me había fijado antes en sus manos, pero tienes razón, es como si escondiese algo.

—¿Sabes quién era ella?

—Tengo entendido que se trata de una antepasada de los Windsor, un familiar de la actual dueña del internado. Por lo visto ella tuvo una muerte muy

trágica al poco de que se terminase este retrato.

—¿Qué ocurrió? —dije intrigada.

—Según las averiguaciones que he hecho, la noche en que se finalizó el cuadro ella desapareció. La familia estaba destrozada y más después de la vergüenza que les hizo pasar. La joven tenía que casarse dos días después con un miembro cercano a la realeza británica. Todo aquello fue un escándalo y sobre todo cuando se empezó a rumorear que huyó con el mozo de cuerdas. Un mes más tarde se la encontraron muerta en una playa cercana a su hogar. La familia, a partir de ese momento, no quiso hablar del tema y nadie comentó nunca nada más acerca de su muerte. No obstante, las malas lenguas hablan de que cuando la hallaron muerta en la playa estaba embarazada, y que ella misma se suicidó al saber que su amado no quería saber nada de ella en ese estado. Pero ya sabes, son rumores y nadie, salvo la familia, supongo, conoce la verdad.

—¡Qué tragedia!

Desde aquel día no había momento que no desease volver a ver el cuadro, la mujer, cuyo nombre averigüé más tarde, Anne —se llamaba como yo—, me intrigaba bastante. Deseaba saber cuál fue la verdadera causa de su muerte, así como lo que llevaba escondido en la mano. Tenía la sensación que el pintor quiso dar un mensaje al reflejar cada detalle en el retrato de la joven dama.

Se aproximaba el gran momento, la presentación de la señorita Windsor y la gran fiesta de la primavera. El profesorado, las alumnas, estaban revolucionados, hasta Monique se había contagiado de aquel entusiasmo. Acudirían personas de la alta aristocracia, del mundo del arte y las ciencias y políticos ingleses.

Me agobiaba la fiesta, solo tenía un vestido decente para la ocasión, el azul celeste que utilicé para alguna boda, no era de fiesta como iban a ir la mayoría de las invitadas, pero resultaba correcto. El azul contrastaba con mis ojos

negros, ese toque me favorecía. Lo peor era el pelo, me lo había dejado suelto pero mis rizos, como siempre, estaban desordenados y me daban un aspecto salvaje, la imagen que veía reflejada en el espejo no me gustaba. Por suerte apareció Monique en mi habitación, que como buena francesa, tenía un don especial que le hacía una perfecta estilista. Cuando se fijó en mi aspecto, por su gesto supe que le desagradó.

—¡Ana! No puedes ir así, el pelo debes recogértelo y tienes que llevar algún colgante y, por supuesto, pendientes, no puedes acudir a esta celebración de esa manera. Menos mal que tienes un chal que va a juego con tu vestido. Espérame, que ahora vuelvo.

Me resultaba gracioso y a la vez agradable el interés que se tomaba Monique por mi aspecto. Cuando apareció en los aposentos transportaba todo un kit de maquillaje y peluquería y una cajita pequeña de color azul donde, supuse, guardaba algún collar para mí.

—Bueno, siéntate aquí y ponte en mis manos, vamos a arreglar este desastre.

No pude evitar contener la risa, yo nunca había sentido mucho interés por cuidar mi físico.

Estuvo bastante tiempo recogíendome el pelo. Me hizo un moño italiano y dejó varios mechones rizados sueltos alrededor de mi rostro, después me maquilló con discreción y, por último, como dijo ella, *el toque final*: los pendientes y el colgante. Antes de mostrarme ante el espejo, Monique me observó.

—¡Ana, estás guapísima! Eres una mujer bella, no sé cómo no sacas más partido de ti misma.

Después giró la silla y me vi reflejada. No reconocía a la mujer que estaba frente al espejo, me vi diferente, incluso guapa, el moño realzaba mi largo cuello y los pendientes contrastaban con el negro de mis ojos, al igual que el colgante. Ahora ya no veía a una mujer salvaje, parecía incluso delicada y femenina, algo que jamás hasta ese día logré ver en mí. Mi tío Manu se quedó

sorprendido por mi aspecto.

—¡Ana, estás muy bonita!

—No exageres —le contesté.

El pabellón de caza era espectacular, parecía un salón de baile. Largas cortinas de color salmón dejaban entrever enormes ventanales que daban a un gran jardín. Muchas mesas circulares rodeaban lo que, supuse, sería la pista de baile. Había bastante gente. En algún momento de la fiesta perdí de vista a mi tío y a Monique y me encontré sola ante desconocidos. Decidí acercarme a una de las mesas para tomar un refresco. Todavía no había aparecido ningún miembro de la familia anfitriona, supuse que querrían llegar los últimos. En un principio, la presentación de Rose se iba a hacer previamente a la fiesta pero en el último momento lo cancelaron, dijeron que irían al evento directamente o, al menos, así nos lo comunicó Margaret.

Las alumnas estaban emocionadas, bailaban y se divertían.

—Es bonito el pabellón de caza. —Miré al desconocido que se dirigía a mí, no lo había visto en Siaten, mi cara de asombro le debió hacer gracia—. Discúlpeme, mi nombre es Jorge, soy el nuevo profesor de Historia, usted todavía no me conoce pero yo ya me sé los nombres de todos los habitantes de este centro, la directora me ha informado muy bien.

Jorge, un hombre de estatura media, rellenito, con gafas y mirada agradable era la típica persona que resultaba pesada nada más conocerla. Apenas me dejaba articular palabra alguna, en los cinco minutos que estuvimos juntos me habló de Yugoslavia y su pasado histórico.

Por fin llegaron los anfitriones. Me quedé sorprendida al ver que el apuesto hombre que había visto en la playa era uno de ellos, Henric. La señora Windsor y él aparecieron en la gran sala ataviados con sus mejores galas; tras ellos, la nieta, una joven muy tímida pero, al igual que toda su familia, de gran belleza; junto a ella iba una mujer. Me sentí molesta por el hecho de que Henric no me hubiese dicho quién era, estaba ofendida, sentí que se había reído de mí al dejarme hablar del internado y mi nuevo trabajo.

—Es bella, ¿verdad? —comentó Jorge al ver que no quitaba ojo a la mujer que les acompañaba.

Asentí, ese hombre había leído mis pensamientos.

—Es la prometida del señor Henric. Por lo visto es un mujeriego empedernido, su madre deseaba que asentase la cabeza y él siempre se había negado a contraer matrimonio, al final se «negoció» una boda con una de las mejores familias de Londres. Al principio, él la rechazó, pero su madre le amenazó con desheredarle y eso fue lo que le empujó a comprometerse con ella. No obstante, me he enterado de que él sigue con sus escauceos nocturnos con mujeres, le gustan demasiado.

La conversación empezaba a incomodarme.

—Disculpa, Jorge, acabo de ver a mi compañera Monique.

El ver a Monique en un rincón del salón me alivió, sirvió de excusa para apartarme del nuevo profesor.

Pronto empezó el baile, Monique, animada, danzó con el chico de las cuerdas, que le invitó a salir a la pista, y yo, huyendo de que se me acercase otra vez Jorge, me aproximé a mi tío, que estaba en ese momento solo en una de las mesas de la sala.

—¿Te lo estás pasando bien, Ana?

—Bueno, ya sabes que no soy mucho de fiestas.

Observé que Henric ya se había fijado en mí. Estuvo atendiendo a la directora y charlando con algunos profesores; después, conforme fue pasando el tiempo, vi cómo se acercaba hacia nosotros.

—¡Henric! —dijo con familiaridad mi tío—. Estoy deseando que pases un día por la galería para mostrarte los resultados del retrato que me mandaste restaurar.

—Lo haré con gusto —le contestó mientras me miraba con interés.

—Disculpa —dijo Manu—, esta es mi sobrina, Ana, está dando clases de español en el internado.

—Ya tengo el gusto de conocerla —respondió, observándome. Una amplia

sonrisa se dibujó en sus labios, que dejaban entrever sus dientes blancos.

—¡Vaya! Eso no me lo habías comentado, Ana.

—En realidad, el señor Windsor no me dijo toda la verdad sobre su identidad, así que ignoraba por completo quién era. —Estaba molesta por su arrogancia. No me gustaba la forma en que me miraba, era bastante prepotente.

Le juzgué como el típico hombre que sabe lo atractivo que resulta a las mujeres. No soportaba a los hombres que se creían irresistibles y él era uno de ellos. Después de lo que me había comentado Jorge y las conclusiones que yo me había formado sobre su persona empecé a tenerle cierta inquina, aunque no podía evitar el sentirme contenta por su presencia en la fiesta, y más por el hecho de que se hubiese acercado a nosotros, aunque hubiese sido solo por hablar con mi tío.

Estuvieron comentando algunos aspectos técnicos sobre las obras de arte de la galería, así como los problemas con los que mi tío se había enfrentado a la hora de restaurar algunos cuadros como consecuencia de la humedad de la sala.

Mi tío se disculpó, Margaret reclamaba su atención, había ciertos invitados que querían que les hablase de las obras de arte guardadas en la galería. Me quedé sola con Henric.

—¡Por fin solos! —comentó con cierta ironía.

—Ahora no me irá a decir que la compañía de mi tío le desagrada. —No estaba dispuesta a que él descubriese lo atractivo que me resultaba.

—No, claro que no, pero he de decir que me agrada mucho más estar contigo, a solas. Y, por favor, no me trates de usted.

—Creo que eso no va a ser posible, señor Windsor, tengo por norma no familiarizarme con mis superiores. —Mi comentario le hizo gracia, se le notaba que estaba disfrutando con la conversación.

Empezó a sonar un vals y casi todos los invitados llenaron la sala de baile, incluida Monique, que no dejó de bailar desde que entró en el gran pabellón.

—¿Me concedes este baile, Ana? —me dijo asiéndome la mano con fuerza.

Me resistí, tenía bastante sentido del ridículo, jamás había bailado un vals. Además, el leve contacto con su mano me hizo temblar, hasta temí que él me lo hubiese notado. Sentí mucho calor en mis mejillas.

—No, jamás he bailado un vals, haría el ridículo. Además, creo que con quien debe hacerlo es con su prometida. —Mis palabras le sorprendieron. Fijó sus pupilas sobre las mías, serio, sus ojos brillaban con intensidad, por un momento temí que me hiciese caso y se fuese con ella.

—Por ella no te preocupes, como ves está muy bien acompañada.

Era cierto, estaba bailando y riéndose de una manera un tanto escandalosa con un joven rubio bastante guapo, supuse que sería un amigo de la familia por la confianza con la que se trataban.

En ese momento, y sin esperármelo, Henric me asió con firmeza del brazo y me condujo hasta la pista, hice esfuerzos por desprenderme de él pero su fuerza y energía agotaron mis recursos. Me rodeó con ímpetu la cintura y me atrajo con seguridad hacia él. Ya me había dado cuenta de lo fuerte y alto que era, pero en ese momento de proximidad todo era más notable. Mi corazón latía de manera acelerada, mis mejillas ardían. Seguro, pensé, que él es consciente de todo lo que provoca en mí. Estaba excitada y me sentía feliz entre sus brazos, pero algo en mi interior hacía que pusiese freno a esa pasión que se estaba apoderando de mí.

—¿Ves? No lo haces nada mal —me dijo susurrándome al oído. Su rostro estaba tan cerca del mío que podía escuchar y sentir su respiración en mi cuello.

Estaba feliz, me dejé abandonar entre sus brazos.

—Esta noche estás muy bonita, Ana.

—Gracias —le contesté—, todo se debe a los esfuerzos de mi compañera Monique, hace maravillas con el peine y el maquillaje. —Mi contestación le hizo gracia.

—¿Es que nunca te relajas? ¿Siempre estás a la defensiva o... solo es conmigo?

—Pues ahora que lo dice —le contesté con cierta sorna—, creo que solo es con usted. —El me miró de frente, se estaba divirtiendo.

—Me gusta tu sinceridad, Ana. Seguro que tu querida Monique hace maravillas con el peine y el maquillaje pero contigo no hace falta, eres muy bonita sin necesidad del cepillo y el pincel.

Me atrajo con más fuerza hacia él, y aunque mi mente me alertaba sobre ese hombre, mi cuerpo deseaba su contacto, proximidad. El vals terminó y él fue requerido por su prometida y otra mujer muy bella. Después ya no se separó de ellas.

Ana, me dije, eres tonta, te crees que porque ese hombre te saque a bailar y te diga unas cuantas palabras bonitas va a sentirse atraído por ti. Empecé a sentirme cansada, la fiesta continuaba, pero yo no tenía ganas de seguir allí, además, me aburría el pensar que Jorge podía acercarse otra vez a mí, no había dejado de seguirme con la mirada durante toda la fiesta. Mi tío Manu había desaparecido y Monique tampoco estaba ya por allí, así que decidí escabullirme de la fiesta e irme a mi habitación a descansar.

Necesitaba respirar aire fresco, empecé a caminar con firmeza, el internado estaba cerca. Los frondosos setos que por la mañana proyectaban una sombra agradable, por la noche imponían bastante respeto.

Escuché un leve ruido tras de mí, no había nadie, supuse que sería un animal de la zona, de pronto me sentí arrastrada a uno de los arbustos por unos brazos fuertes y musculados que me resultaban bastante familiares, me atrajeron con fuerza hacia él, era Henric, apenas pude reaccionar, sus labios se acercaron a los míos y empezó a besarme con pasión, me resultó muy difícil resistirme a la suavidad de sus labios, deseaba continuar besándole y quería que él no se detuviera y continuase abrazándome con fuerza y sintiendo su boca sobre la mía, pero sabía que aquello no podía ser, y menos con un hombre comprometido, caprichoso y mujeriego que conseguía a todas las mujeres que se le antojaban. Empecé a apartarme de él, me resultaba difícil desenredarme de sus brazos.

—Estaba deseando volver a verte, te deseo y tú también me deseas, lo sé...

No quería que continuase hablando, por fin logré escabullirme de él y corrí con rapidez, como si la vida me fuese en ello.

A la mañana siguiente estaba con un terrible dolor de cabeza, se lo achacué al champán del día anterior. Al instante vinieron a mi memoria los besos de Henric, estaba aturdida, no podía creer lo que había pasado, daba gracias por que fuese sábado en vez de un día lectivo, pues en ese momento me sentía bastante bloqueada como para poder dar clases a las alumnas. Pasó media hora cuando golpearon con suavidad a la puerta de mi dormitorio, me sobresalté, enseguida abrieron esta, suspiré cuando vi que era Monique.

—Querida Ana, ¿has descansado bien? Tienes muy mal aspecto

Monique, como siempre tan directa. Me levanté, me puse las zapatillas y la bata y fui derecha a lavarme la cara. Tenía muchas ojeras de no haber descansado nada durante la noche.

—¿Se puede saber dónde te escondiste ayer? ¿Te estuve buscando y no te encontré? —me preguntó.

—Me fui pronto, estaba cansada y no me apetecía estar en la fiesta, además, estaba el nuevo profesor, Jorge, que cada vez que me veía sola acudía como un resorte para entablar conversación.

El comentario le hizo gracia a Monique, soltó una carcajada.

—Tienes razón, ¡qué pesado! Como debía aburrirse estuvo buscando víctimas durante todo el evento. Fue uno de los últimos en abandonar la fiesta, aguantó hasta que la música dejó de sonar. Cambiando de tema, te perdiste lo mejor, el señor Windsor... —Con solo mencionar esas palabras, Monique logró captar mi atención.

—¡Sí...! —respondí con curiosidad.

—¡Vaya! He logrado que me escuches —dijo Monique mostrando una risita picaresca—. Desapareció del baile casi al mismo tiempo que tú. — La apreciación de mi amiga hizo que me ruborizara, deseé que Monique no lo percibiese, aunque ella estaba tan centrada en lo que iba a comentarme que ni

se percató del efecto que provocaron en mí sus palabras—. Su prometida, que estuvo coqueteando casi toda la fiesta con un hombre bastante atractivo, empezó a beber más de la cuenta y a ponerse en evidencia, no paraba de decir en alto «¿dónde está mi fiel Henric? Fiel, ja,ja,ja». Se reía de una forma escandalosa, llamaba la atención. Transcurrida media hora, Henric apareció con una morena despampanante con la que estuvo muy atento durante la fiesta, cogidos del brazo y en actitud muy cariñosa. Cuando su prometida los vio tomó una copa de champán y fue directa a ellos, derramó toda la bebida en la cabeza a la joven, quien se puso furiosa. Por un instante pensé que le iba a pegar una bofetada pero ahí actuó él, separó a su prometida y le susurró algo en el oído a la morena, quien desapareció del mapa. Más tarde él asió con fuerza del brazo a su prometida y la llevó hasta la salida del pabellón. Mientras sucedía todo esto ella no cesaba de gritar «¡suéltame infame! ¡No me casaré contigo!, ¿me oyes?». Un auténtico espectáculo, ¿no crees?

—Sí, que situación más tensa.

—¡Vamos, Ana! Vístete, desayuna, que hoy nos vamos de pícnic a la playa.

—¿A la playa? No, no me apetece. Me duele mucho la cabeza.

—No seas aguafiestas, te espero dentro de media hora en la entrada principal.

Con las mismas Monique salió de mi habitación. Mientras me vestía no dejaba de dar vueltas a lo que me había comentado mi amiga. La verdad, pensé, seguro que esos besos iban para la morena que le acompañaba, él se equivocó de persona. Me convencí de ello y empecé a sentirme mejor; no obstante, no tenía ninguna gana de volver a encontrarme con Henric.

El trayecto hasta la playa con Monique se hizo muy ameno, ambas empezábamos a ser muy buenas amigas, nos reíamos bastante estando juntas. Me entretenía mucho con las historias que me comentaba sobre sus numerosos novios. Yo poca cosa podía contarle, el único novio que tuve fue a los quince años y el desenlace fue tan traumático para una joven de esa edad que desde entonces me centré en mis estudios y no quise saber mucho del sexo

masculino.

—Ana —me decía Monique—, eres una joven encantadora, así que no entiendo que no hayas tenido ninguna otra aventura. —Guardé silencio.

Monique exageraba, yo era una joven muy normal, tímida y con pocos encantos. Nunca me había agradado mi aspecto, pero era algo que no me preocupaba ni me quitaba el sueño. Sonreí. Preferí callar y dejar que ella hablase, me gustaba escuchar sus historias.

Cuando llegamos a la playa, estábamos solas, corrimos a mojarnos los pies. Decidimos meternos en el agua, estaba helada a pesar de la época del año en la que nos encontrábamos, Monique empezó a salpicarme, algo que nunca me había gustado que me hiciesen, pero sus risas me contagiaron de la diversión del momento. Después de un agradable chapuzón nos tumbamos al sol, aquella sensación era maravillosa. El ladrido de un perro nos hizo volver a la realidad, había alguien más con nosotras.

—¡Buenos días, señoritas!

Era Henric y su perro Lucas. La visión me desagradaba, no me apetecía nada verle y más después de lo sucedido la noche anterior. Él, como siempre, sonriente, con sus bermudas azul marino y un polo blanco, el pelo negro ensortijado y unas modernas gafas de sol que le cubrían sus ojos verdes. El vernos disfrutar en la playa, el sol, como dos colegialas le debió hacer gracia. La mueca en su rostro me desagradó. Monique empezó a entablar una conversación animada, y él, divertido y ocurrente en sus preguntas y respuestas, se sentó junto a nosotras. Apenas me miró desde que llegó, solo tenía ojos para Monique, con lo que yo ya me convencí de que esos besos iban para su acompañante y no para mí. Ese pensamiento me tranquilizó más.

—¿Y qué hacen dos señoritas tan bellas en este lugar tan solitario? Preguntó con una gran sonrisa.

—Hemos decidido hacer un pícnic, hoy es un día perfecto para ello.

—Sí, tenéis razón, la verdad es que me dais envidia, hace mucho que deseo hacer un pícnic en este lugar tan bello.

—Pues, si quiere, puede quedarse con nosotras, hay comida para un regimiento, ¿Ana?

Ambos se quedaron observándome, esperando mi respuesta. Yo tardé en darla, no me apetecía que él estuviese con nosotras. Monique empezó a mirarme seria como sin entender por qué tardaba tanto en responder.

—Sí... Hemos traído bastante comida. —Henric me sonreía.

—Creo que a tu amiga no le agrada mucho mi compañía.

—¡Oh, no! Es que está todavía resacosa de la fiesta de ayer, ¿verdad, Ana?

—Sí, sí, es eso. —No me apetecía que Monique tratará el tema de la fiesta.

—Por favor, tuteadme —sonrió. La conversación dio un giro de ciento ochenta grados y ambos estuvieron hablando de Francia, los viñedos y el vino. Yo les escuchaba con interés, para mí era un tema desconocido. Él se giró para centrar su mirada en mí y me hizo entrar en la charla que ambos mantenían.

—¿Nunca has estado en Francia? —me preguntó.

—No, es un país que me encantaría conocer.

—Te gustaría, Ana —dijo mi amiga.

El pícnic resultó bastante agradable, nos divertimos mucho con Monique, era de esas personas que tenían el don de hacer de cualquier velada un rato agradable y divertido. A Henric también se le veía relajado y disfrutando del momento. Mi amiga decidió darse otro baño y los dos nos quedamos solos, algo que me incomodaba bastante.

Observamos, en silencio, cómo esta se alejaba y se metía poco a poco en el mar.

—¿Por qué te marchaste tan pronto de la fiesta, Ana? —me dijo mirándome con intensidad a los ojos, esta vez serio. En ese instante pensé que sabía que fui yo a la que besó. Me ruboricé y deseé que no me lo notase.

—Estaba muy cansada, había bebido mucho champán... ya no me encontraba cómoda allí.

En ese momento Henric me cogió con firmeza de la mano, sentí un gran escalofrío y una sensación muy grata, deseé separar mi mano pero me resultó

imposible. Su rostro estaba muy cerca del mío.

—Te busqué —dijo —, te busqué toda la noche y ya habías desaparecido. Deseaba estar contigo, Ana. ¿Por qué te fuiste?

Entonces supe a lo que se refería, yo no quería tocar el tema, intenté desviar la conversación.

—Me encontraba agotada de toda la jornada. —Guardé unos segundos de silencio—. Creo que será mejor ir junto a Monique.

Intenté levantarme pero él no me lo permitió, me asió del brazo y me hizo caer junto a él. Nuestros rostros estaban muy próximos, empecé a ponerme nerviosa, no quería que volviese a besarme, no sabía cómo reaccionaría, temía no poder controlarme. Henric me atraía bastante y creo que él era consciente de ello. Empezó a sonreír, me acarició la mejilla, continuó con el pelo, pensé por un instante que lo haría pero Monique salvó la situación.

—¿No queréis bañaros? —gritó—. El agua está muy buena.

—Sí —contesté, y levantándome como un resorte aproveché un momento de distracción de Henric y fui con rapidez hacia el lugar donde se encontraba mi amiga. Henric vino detrás de mí. Estuve toda la tarde evitando quedarme otra vez a solas con él.

—Si no es indiscreción, ¿a qué te dedicas? —le preguntó Monique.

—Trabajo para el Gobierno del Reino Unido. Asuntos de política exterior.

—¡Vaya! —Sabía que su respuesta había impresionado a mi amiga—. Qué interesante.

—No te creas —dijo Henric mientras sonreía—, a veces me gustaría desaparecer y no estar vinculado a la política.

—¿Y eso? —le inquirí. Él centró su mirada en mí.

—Las decisiones que tengo que acometer en muchas ocasiones no son de mi agrado, pero es lo más conveniente para la mayoría... ¿No sé si me entendéis?

—Creo que sí —le respondí. Nos tumbamos los tres en la arena. Monique se ocupó de preparar el pícnic. La gustaba hacer de anfitriona en cualquier lugar, aunque fuese en la arena de la playa. Me divertía observando cómo

colocaba la comida sobre el mantel de plástico que nos había doblado la cocinera para nuestra excursión.

En el viaje de vuelta, Henric nos acompañó hasta la puerta del colegio. Durante el trayecto Monique era la única que hablaba, nosotros la escuchábamos, aunque yo estaba más centrada en recordar las palabras que me había dicho Henric.

Capítulo 3

El baile

No pude quitarme de la cabeza el episodio de la playa durante mucho tiempo. No volví a ver a Henric en los días posteriores; es más, mi tío me informó que tuvo que marcharse precipitadamente a Londres por motivos relacionados con su trabajo, aunque Manu me hizo saber sus sospechas, que también podía haberse ido por asuntos de faldas.

Empezaba a hacer buen tiempo, la primavera ya estaba encima y las alumnas comenzaban a estar excitadas por la proximidad de la fiesta de final de curso, fiesta con la que comenzaban las vacaciones de verano. Ese tema me daba muchos dolores de cabeza, porque, aunque echaba de menos a mi madre y deseaba ir a verla, todavía no podía enfrentarme a ver la habitación de mi hermano vacía, y mucho menos a pensar y recordar los momentos vividos con él, me ponía muy triste. Intenté centrarme en la preparación del gran baile de fin de curso. Según me había explicado Monique, las alumnas iban de blanco y también acudían alumnos de otros centros, vestidos con esmoquin, se danzaban bailes típicos de Yugoslavia, así como valeses. Se hacían varios juegos, entre ellos el de la búsqueda del tesoro, en el que se formaban varios equipos compuestos por profesores, alumnos e invitados especiales a la fiesta, el equipo ganador recibía un pequeño obsequio.

—Este juego es más bien un medio para que los jóvenes tengan sus escarceos románticos en la oscuridad —me susurró Monique.

—¡Pero eso no está permitido!

—¡Ay, Ana, qué rancia eres! Pues claro que sí, son los juegos del amor. —
Me guiñó un ojo.

La directora me involucró junto con el profesor de Historia, Jorge, para organizar el juego. La verdad es que no me apetecía nada estar con él, resultaba pesado y bastante empalagoso, pero he de reconocer que sabía bastante de cómo preparar este tipo de eventos, así como la realización de las preguntas y todo lo que conllevaba; resultó bastante fácil estructurar el juego con él.

Todas las tardes, después de mi última clase, acudía a la galería donde estaba mi tío restaurando el cuadro que tanto me impactó la primera vez que lo vi. La verdad es que siempre que lo tenía delante me causaba el mismo efecto, era como si la joven quisiera decirme algo. Su misteriosa muerte y ese fondo romántico de amores imposibles me intrigaban bastante. Mientras Manu estaba centrado en la obra, yo me sentaba tras él y analizaba con interés cada detalle del cuadro. Ese día mi tío me esperaba impaciente.

—¡Querida sobrina! —Me abrazó con efusividad—. He hecho un descubrimiento que te va a entusiasmar. —Sin dejar de hablar me agarró del brazo y me llevó delante del cuadro.

—¿No notas algo diferente?

Manu me observaba. Me acerqué con interés al retrato, si mi tío estaba tan alterado era porque lo que había averiguado era un dato muy importante. Al principio no veía nada diferente, pero después de mucho contemplarlo lo percibí, en realidad era increíble, ahí estaba lo que tantas veces deseé encontrar y nunca pude dar con ello.

—Lo has visto, ¿verdad? —dijo mi tío—. Esta mañana, mientras limpiaba esa parte del cuadro, vi que en el jardín que se ve detrás de la joven retratada había una silueta escondida tras la columna, es de un hombre, está mirando hacia ella. ¡Es increíble! El pintor lo plasmó por algún motivo, él lo vio y, en vez de ocultarlo, lo quiso reflejar en su pintura.

—Sí, qué curioso, lo cierto es por qué hasta entonces nadie tuvo en cuenta aquello. En teoría este cuadro lo finalizó un poco antes de la muerte de la joven.

—No es fácil distinguirlo, si te das cuenta hemos tardado bastante tiempo en descubrir lo que teníamos frente a nosotros. Además, el artista difuminó la silueta adrede, fundiéndola con el paisaje de tal forma que pasa desapercibida si no te fijas mucho.

—¿Quién piensas que puede ser, tío? ¿Cuáles son tus sospechas? —Me encantaba hacer elucubraciones con él.

—Tengo una teoría... Se dijo en su momento que *lady* Anne tenía un amante, eso no gustaba a su familia, ni siquiera a *sir* Wilson, con el que contraería matrimonio. Se comentó que su amante era el pintor con el que pasaba la mayor parte del tiempo, pero yo creo que este no era su amante, sino la persona que aparece en la pintura. Antiguamente los cuadros eran una forma de comunicar y él quiso decirnos algo. ¿Por qué lo hizo? Nunca lo sabremos, pero lo que es cierto es que ella apareció muerta y del pintor nunca más se supo. Pero bueno, como no lo averiguaremos jamás no merece la pena preocuparnos por este asunto, ¿no crees? —Me guiñó un ojo, sabía que para mí era imposible no intentarlo—. Ahora cuéntame cómo van tus clases.

Estuve un buen rato comentándole a Manu historias de mis alumnas, en especial de la sobrina de Henric, Rose, una joven un tanto especial, más bien conflictiva y altanera que se creía que por ser quien era podía decir y hacer todo lo que quisiera. Pero, a pesar de que intentaba hablar sobre la rutina y anécdotas de mis clases, mi mirada siempre se dirigía al cuadro, y por mucho que mi tío pretendiera dar cerrojazo al tema, yo no podía olvidarme de ello, cada vez que miraba a la joven retratada notaba que quería decirme algo, como si deseara que descubriese la causa de su muerte. Era una sensación muy extraña; lo que sí era cierto es que poco podía hacer yo, ya que no había ninguna forma de averiguar lo sucedido. En su día dieron carpetazo al tema por diversos motivos, pero me intrigaba.

Otro asunto que tampoco podía quitarme de la cabeza era Henric, desde que estuvimos en la playa no le había vuelto a ver, sabía que se había marchado por motivos de trabajo pero lo cierto era que no había sabido nada de él, estaba deseando verle; aunque, por otra parte, sentía miedo de mis sentimientos y mi reacción. Era un mujeriego que seguro estaba acostumbrado a que todas las mujeres se rindiesen a sus pies, yo no podía enamorarme de él para que después se olvidase de mí para siempre, dejándome hundida en mi tristeza.

Pasaron las semanas y se acercaban las vacaciones de verano, las alumnas estaban entusiasmadas con la fiesta de fin de curso, en especial con el juego de la búsqueda del tesoro.

Seguía con la incertidumbre del lugar donde pasaría mis días de descanso. No me sentía con fuerzas para ir a España y, la verdad, pocas alternativas se me presentaban. Monique me había invitado a la casa de sus padres, en París.

—¡Puede ser divertido! —solía decirme—. Nos lo vamos a pasar fenomenal.

No me motivaba ir a París, sabía que unas vacaciones con mi amiga podrían ser agotadoras. Mi tío Manu se marcharía a España, así que si pretendía ir con él tenía que tomar la decisión lo antes posible.

El tiempo pasaba, Henric seguía en Londres y yo estaba centrada en el final de curso.

Jorge me perseguía todas las tardes para organizar el gran juego que tendría lugar después del baile. Preparábamos las pruebas y el discurso previo que, por supuesto, se ofreció él para darlo. La directora de vez en cuando se reunía con nosotros para dar su conformidad a todo lo que estábamos haciendo, nada podía salirse de las normas establecidas dentro de la escuela. Y así transcurrían los días hasta que, por fin, llegó el gran día. Unos días antes escuché a la directora decir a Jorge que Henric estaría en el baile como todos los años, aquello me puso muy nerviosa porque no sabía cómo reaccionaría al verle, aunque tenía que ser sincera conmigo misma, estaba deseando tenerle

otra vez cerca.

Todas las alumnas estaban muy nerviosas centradas en los vestidos que se iban a poner, acudirían los alumnos del School Kids, otro internado de varones que estaba ubicado en Split. Para ellas ese encuentro era emocionante y divertido, estaban más alteradas de lo normal.

Yo, como siempre, no tenía qué ponerme, mi vestuario era tan reducido que apenas disponía de vestuario para un evento tan especial como el de esa noche. Fue Monique, como de costumbre, la que me salvó del apuro dejándome uno de sus bonitos vestidos. En esta ocasión era blanco, de gasa, un vestido largo de palabra de honor, tenía un lazo en la cintura de color verde pistacho. Para esta ocasión llevaría el pelo recogido en un atrevido moño que me hizo Monique; apenas iba maquillada y solo me puse unos pendientes discretos que combinaban con mi vestimenta.

La fiesta empezó con un gran baile en el que todas las alumnas danzaban bajo la sintonía de un vals con los alumnos del otro internado. Nada más entrar en el salón vi a Henric, estaba solo, elegante, atractivo, con un frac negro que le hacía parecer aún más alto de lo que era, observé cómo algunas alumnas le miraban y comentaban en susurros sobre él. Monique se acercó a mí con una sonrisa picarona, me percaté de que me había estado analizando desde el momento que aprecié la presencia de Henric.

—¡Qué guapo está nuestro amigo! ¿Verdad, Ana? —Me guiñó un ojo.

—¿Tú crees? —intenté disimular, pero su mirada me hizo ser sincera con ella—. Bueno, sí, pero ¿no te parece que es un prepotente? —Monique se rio.

—¡Vamos! No disimules, Ana. ¿Qué te crees?, ¿qué soy tonta? Yo sé que te sientes atraída por él.

—Dices tonterías, ese hombre no me gusta en absoluto, es un mujeriego, creído, que piensa que todas las mujeres están interesadas en él.

Monique me miró con esos ojillos burlones, sonriéndome, y evitó hacer cualquier otro comentario.

Le estaba mintiendo a ella y a mí misma, ya que me fascinaba. Es más,

sentía una atracción muy fuerte hacia el heredero de los Windsor.

Henric apenas me dedicó ni un segundo, tras el baile de inauguración de la fiesta él se acercó a nosotras para saludarnos y con rapidez se alejó con su sobrina y unas amigas de esta.

Llegó el momento del gran juego, todo el mundo estaba esperando con entusiasmo la hora de la diversión. En Yugoslavia, al igual que en Gran Bretaña, se complacían por este tipo de eventos, eran muy habituales en las reuniones sociales.

Los grupos se realizaron por sorteo, aunque a mí me tocó con Henric por descarte, y con un grupo de chicos y chicas con ganas de divertirse. Se repartieron las papeletas y se empezaron a formar las parejas para ir cada uno en busca de una pista, cuando la pareja tuviera las claves a su pregunta tenía que ir al salón y ubicarse donde estuviese el número de su equipo. Los jóvenes se juntaron entre ellos y, como era de esperar, Henric y yo quedamos emparejados por las circunstancias. Aquello no me desagradaba en absoluto, es más, me apetecía estar con él y compartir un momento de diversión juntos. Las parejas empezaron a abrir sus papeletas y a desaparecer del salón. Henric cogió el papel que nos había tocado y lo leyó en voz alta.

—Vamos a ver que nos dice este mensaje. —Me miró con una gran sonrisa—. Me imagino que nosotros tendremos ventaja frente al resto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me ha comentado Margaret que el profesor de Historia y tú sois los que lo habéis organizado.

—Sí, pero en realidad yo no he escrito las pistas para encontrar el tesoro. —Arqué las cejas—. Ese tema se le da mejor a Jorge, así que yo se lo dejé todo a él —le sonreí y él me devolvió la sonrisa.

—Ya veo, así que no harás trampa —estaba bromeando.

—No, estoy siendo totalmente sincera contigo.

—Muy bien, leamos el mensaje. —Me guiñó un ojo. Decidí relajarme y disfrutar del juego.

Me acerqué a él, leía en voz alta: «En el agua encontrarás una pista adicional que te llevará al objetivo final». Ambos nos miramos.

—¡La fuente! —dijimos a la vez; era el único lugar del internado donde había agua en un recinto pequeño.

Salimos de prisa de la sala en la que nos encontrábamos. Henric me cogió de la mano y corrimos hacia la entrada, yo no le rechacé, pues me encantaba que lo hiciese, es más, estaba fascinada por el juego. Hacía una noche espectacular y el hecho de tenerle a mi lado daba cierta magia al ambiente nocturno.

No se veía a nadie, parecía como si todas las personas del salón se hubiesen esfumado, de vez en cuando se escuchaba alguna risilla pero yo era incapaz de vislumbrar a nadie.

Llegamos a la fuente, ambos empezamos a dar vueltas para ver si veíamos algo pero con la oscuridad de la noche todo se complicaba más. Volvimos a leer el mensaje.

—En el agua encontrarás... —repetía Henric.

Empezamos a buscar dentro del agua, al poco notamos un objeto y vimos cómo brillaba algo en el fondo de la fuente. Henric lo cogió. Era una pequeña bolsita que en su interior contenía una llave y otro mensaje esta vez escrito en un plástico para evitar que se rompiera o borrara con el agua.

En esta ocasión lo leí yo en alto: «Me gustan los libros, en especial los de fantasía, y, en concreto, *La historia interminable*». Ambos nos miramos y dijimos al mismo tiempo: ¡la biblioteca!

La biblioteca se encontraba en la entrada de Siaten, era bastante grande pero yo y, sobre todo Henric, la conocíamos muy bien. Fuimos directos hacia la estantería donde supusimos que se encontraba el libro citado. Ahí estaba; pasamos las hojas y encontramos la palabra que formaría la frase completa junto con las otras palabras de las otras parejas de nuestro equipo.

—¡Eureka! —gritó Henric—. Aquí está la palabra: «amistad». —
Sonreímos.

Otra pareja había entrado en la biblioteca, reconocí enseguida aquella risilla, era Monique, pero... ¿con quién estaba? Se habían ido a unas estanterías al fondo y estaban besándose con pasión. Henric me miró con cara de pícaro.

—Creo que aquí sobramos —me dijo arqueando una ceja. Yo asentí y salimos al aire libre.

Permanecimos un rato en silencio, yo contemplaba la luna, era preciosa, iluminaba todo el patio del internado.

—Es bonita, ¿verdad? —dijo Henric mientras me observaba.

—Sí, siempre me ha gustado verla. Desde pequeña ya me sentaba en la terraza de la casa de mi abuela y la miraba sin apenas pestañear, a veces pensaba que quería decirme algo y esperaba, esperaba... Durante la adolescencia le contaba mis penas. Ahora es mi gran compañera.

—¡Vaya! No sabía que no solo eres una mujer encantadora sino que también eres poeta. Te propongo que nos sentemos en ese banco a contemplar a tu fiel compañera nocturna. Aunque vayamos al salón, intuyo que vamos a ser los primeros durante bastante tiempo.

Asentí, no me apetecía nada volver a la sala de baile, es más, quería estar sola con él, por una vez en la vida iba a hacer algo que me apetecía y me iba a olvidar de los odiosos protocolos y comportamientos de «una señorita de bien», como solían repetirme día tras día mi abuela y mi madre.

El banco estaba un poco escondido en el jardín, desde él se observaba a todo el mundo que pasaba por el patio del colegio hacia el salón de baile pero este estaba tan camuflado entre los árboles y la oscuridad de la noche, que ni siquiera la luz de la luna nos delataba. Nadie nos podía ver.

—¿Por qué viniste aquí, Ana?

—La verdad es que en España ya no me encontraba a gusto. Mi hermano había muerto, él era mi brazo derecho, izquierdo... Lo era todo para mí, su muerte supuso un auténtico trauma difícil de soportar. Creo que si mi tío no me hubiese hablado de este trabajo, me hubiese vuelto loca. Pero bueno, prefiero

no hablar de ello, solo recordarle me entristece y no quiero chafarte la noche.

—Tú sabes que no me chafas la noche, solo con estar a tu lado, sentirte cerca de mí ya supone una gran alegría.

Intenté cambiar de tema pero él no me lo permitió. Se había puesto muy serio. Me cogió con suavidad de la mano y me obligó a mirarle con intensidad a los ojos. Esa situación me incomodaba... aunque en el fondo de mi corazón deseaba que me besase, ese hombre me estaba volviendo loca.

—Ana, te deseo tanto, eres preciosa...

Mientras me susurraba palabras bonitas al oído, me acariciaba el pelo, la cara, los labios. Cogió mi cara entre sus manos con mucha delicadeza y me miró con interés a los ojos. Sus pupilas brillaban, sabía que en ese momento estaba siendo sincero, o al menos preferí pensar así.

—Estás constantemente en mis pensamientos, dime que yo también estoy en los tuyos, dame una pequeña esperanza. Nunca me he sentido tan atraído con una mujer como contigo.

En aquel momento no podía articular palabra alguna y, aunque en el fondo estaba deseando decirle que sentía lo mismo que él y que se me habían hecho interminables todas las semanas que él había estado fuera, mi sentido común, como siempre, se imponía frente a los sentimientos. Solo se me ocurrió decir una estupidez.

—Creo que debemos irnos, seguro que ya hay gente en el salón. —Él sonrió. En realidad, no conocía ese hombre, me había fascinado por él, pero lo que me habían dicho de Henric no me gustaba.

—Sí, yo también pienso que es lo mejor. —Me atrajo con fuerza hacía él, tan fuerte que podía notar el latir acelerado de su corazón al igual que él notaría el mío.

Su mirada se centró en mi boca y sus labios rozaron los míos haciendo que me estremeciese, solo él conseguía esas sensaciones. Alzó la vista y me observó. Una de sus manos acarició mi mejilla para después recorrer la silueta de mi boca con sus dedos. Sus labios acariciaron los míos sintiendo la

suavidad de su piel y el deseo de no separarse de mí ni yo de él.

—Me estás volviendo loco, Ana. Esto nunca me ha sucedido con nadie, solo contigo —me susurró en el oído.

Un ruido me hizo regresar a la realidad, en la oscuridad pude ver a Monique con mi tío Manu, ese descubrimiento me dejó helada, estaban sonrientes y se regalaban besos cada dos por tres, al llegar a la entrada del salón ambos se separaron las manos y entraron como si nada hubiese pasado entre ellos.

—Debemos ir al salón. Le dije distanciándome de él.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué siempre huyes de mí? Sé que lo deseas tanto como yo.

—Porque... no está bien, tú estás comprometido y te vas a casar. Apenas te conozco...

—Eso es lo que te han contado.

—¿Acaso ella no es tu prometida?

—No, no lo es.

—Pues la joven no parece pensar lo mismo.

—Esa mujer actúa, pero sabe que yo no la amo y no me voy a casar nunca con ella.

Aquella respuesta me sorprendió, no entendía nada. Me incorporé con rapidez. Estaba confundida y avergonzada por mi comportamiento con un hombre que apenas conocía y no sabía sus verdaderas intenciones. Yo no era el segundo plato de nadie y menos un capricho de un hombre rico.

Acto seguido me puse a caminar con firmeza hacia el salón de baile, Henric venía tras de mí.

Cuando entramos en el salón vimos con asombro que faltaba casi todo el mundo. En un rincón vi a Monique junto a mi tío Manu, todavía no me podía creer lo que había descubierto, me resistía a pensar que les había visto en una actitud muy cariñosa, más bien de amantes. Henric mantuvo las distancias, apenas se volvió a acercar a mí, y al terminar el gran juego se despidió con cortesía y desapareció. Me entristecí, me hubiese gustado que se quedara más

tiempo en la fiesta. No podía dejar de pensar en sus besos y en las palabras que me había susurrado al oído, al igual que no podía dejar de recordar lo que me había dicho de su prometida y compromiso. ¿Sería verdad, o me habría mentido para ganarse mi confianza? Tampoco me apetecía permanecer más tiempo allí, necesitaba descansar y digerir todo lo que había sucedido esa noche. Me despedí de mi tío y Monique y me fui a descansar.

Se acercaban las vacaciones, las alumnas estaban muy excitadas. Para todas suponía una liberación salir de Siaten. Mi tío Manu volvió a insistir en que me fuese con él, al igual que Monique. Se me hacía raro estar ahora con ellos después de lo que había visto el día de la fiesta, ambos actuaban con mucha normalidad, es más, cuando estaba junto a ellos nadie diría que fueran amantes. Decidí no ir a España y quedarme en el internado, puesto que la directora nos comentó que podríamos quedarnos, ya que había alumnas que también lo harían y sería de mucha ayuda para ella contar con nuestro apoyo.

Mi tío Manu se desilusionó un poco al conocer mi decisión, pero sabía que cuando decidía algo era tan cabezota que era una tarea prácticamente imposible la de convencerme para cambiar de idea. A Henric no le vi en unos días.

Una mañana la directora me llamó a su despacho, allí estaba él, de espaldas a la puerta, mirando por la ventana. Margaret estaba sentada en su silla victoriana, cuando entré a su despacho Henric se giró para observarme, me saludó cortés pero distante.

—Por favor, Ana, siéntate —dijo la señorita Endin.

Ambos analizaban cada uno de mis movimientos, pensé que me iban a despedir por haber rechazado los brazos de ese hombre; aunque tenía muy claro que si ese era el motivo por el que me habían reunido con ellos no iba a permitir que me amedrentasen. Henric me observaba con interés, una ligera sonrisa se dibujó en su rostro, esa situación le divertía.

—Querida Ana, voy a ir al grano, sin rodeos. Ya sé que habías tomado tu decisión de quedarte durante tus vacaciones en el internado, pero esta mañana el señor Windsor ha estado conmigo hablando de los avances de su sobrina y hemos visto que en tu asignatura no ha evolucionado como en el resto, esto nos preocupa y, en especial, a su familia, ya que muy pronto se van a ir a vivir a España por motivos personales y están preocupados por el hecho de que Rose no se defienda en el idioma. —Hizo una pausa—. El señor Windsor ha propuesto que, si a ti no te importa, fueses con Rose de vacaciones a la casa familiar de Capri, donde la familia acostumbra a pasar todos los veranos para que estés el máximo tiempo con ella y, de esta forma, pueda practicar y mejorar en el idioma. Por supuesto que esta decisión es tuya y si no quieres ir estás en tu derecho; te quedarías aquí, ayudándome.

Henric me miraba sin apenas pestañear. La señorita Endin, inquieta, me reclamaba una respuesta con su mirada.

—¡Uf! La verdad es que me resulta muy difícil tomar esta decisión ahora, ya me había hecho a la idea de quedarme aquí, y me apetecía disfrutar de los alrededores de la escuela y la tranquilidad que se respira en este lugar en la época estival.

—No tienes por qué darnos una respuesta en este momento, Ana. Puedes comunicárnoslo mañana —respondió Margaret.

Henric se puso al lado de la directora y con un semblante serio se dirigió a mí:

—Esta decisión de que vengas con nosotros ha sido conjunta, la señorita Endin lo ha propuesto y a mí me ha parecido una buena idea. Yo estaré muy poco este año de vacaciones por Capri, por lo que me quedaría muy tranquilo sabiendo que estarás con mi sobrina, instruyéndola.

—Mañana les daré una respuesta —dije levantándome de la silla, quería irme de allí.

Necesitaba pensar, siempre me habían hablado muy bien de Capri y me intrigaba la mansión que la familia Windsor podría tener allí, pero, por otro

lado, Rose era una niña muy especial, rebelde y, en ocasiones, muy reservada, en una palabra: difícil. Me fui a la galería de cuadros donde trabajaba mi tío, esperaba encontrarle allí pero no estaba. Como venía siendo habitual, centré mi mirada en el retrato de Anne, me apasionaba, estaba tan concentrada en él que no me di ni cuenta que Rose entró tras de mí y se ubicó a mi lado.

—Es guapa, ¿verdad? —dijo la joven—. Me asusté, pues no me percaté de su presencia.

—Sí. ¿Me has seguido?

—Bueno... sí, sabía que mi tío y la directora se iban a reunir con usted para ver si nos acompañaba a Capri. Quieren que esté conmigo.

—¿Y a ti te agrada la idea?

—Puede estar bien, la verdad es que me siento muy sola, mis padres no me hacen caso, es más, me ignoran, y no tengo a nadie con quien hablar, ni amigas... —se puso triste—. ¿Va a venir?

—Me lo tengo que pensar, Rose. —Ambas nos quedamos en silencio contemplando el cuadro.

—Se llamaba como usted: Anne. Era un familiar mío que murió en trágicas circunstancias. ¿Sabe que se la encontraron muerta en la playa de Capri? Allí, en la casa de verano, ella pasaba largas temporadas, es más, tengo entendido que este cuadro se pintó en una sala de la casa. —Nos quedamos en silencio—. Se lo pensará, ¿verdad? —Asentí.

Rose se marchó y me dejó helada con aquellas declaraciones. En ese momento acababa de tomar la decisión: iría a Capri.

Capítulo 4

Capri

Volver al puerto de Dubrovnik me trajo viejos recuerdos, parecía que había sido ayer cuando llegué en barco y estaba esperándome mi tío Manu. En ese momento partía hacia Nápoles con Rose, donde nos embarcaríamos en un yate privado de la familia con dirección a Capri. La idea de ir a la isla me atraía no solo por conocer el lugar donde se pintó aquel cuadro de la galería, sino por saber de la isla de la que tanto había leído en las novelas románticas.

Rose me sorprendió, estaba muy contenta de que yo la acompañase y fuese a estar con ella durante sus vacaciones. Poco a poco se iba sincerando conmigo y empezaba a contarme anécdotas y secretos de su familia. En el fondo sentía pena por ella, nunca había disfrutado de un verdadero hogar como yo, del calor de una madre y un padre como el que yo recibí cuando regresaba del colegio. Rose, por el contrario, había tenido una niñera, sus padres siempre estaban viajando e incluso en vacaciones había estado muchas veces con su abuela materna. Sus padres se desentendían de sus deberes como progenitores. Henric era el que más se preocupaba por ella, la joven hablaba muy bien de su tío, se notaba que le quería bastante, pero, tal y como decía ella, su tío era muy importante y se ausentaba durante largas temporadas por negocios.

El camarote que nos asignaron era amplio y cómodo, me daba rabia no poder disfrutarlo más, ya que el viaje iba a durar poco.

—¿Te gusta? —me preguntó Rose.

—Sí, es muy bonito.

—¿Vamos a cubierta? —me preguntó.

—Me apetece, hace un día estupendo para estar en la cubierta del barco.

Después de estar un buen rato de pie contemplando el mar, decidimos acomodarnos en una de las butacas del exterior. Ambas disfrutábamos de ese instante tan agradable, con los ojos cerrados, sintiendo los rayos del sol y la brisa del mar en nuestros rostros. Rose rompió ese mágico momento.

—¿Usted tiene novio? —La pregunta me sorprendió.

—No, ¿por qué me lo preguntas?

—Para serle sincera, me parece raro que una mujer joven como usted no tenga a nadie esperándola en España.

—No es tan raro, Rose, hay muchas mujeres y hombres que no tienen pareja estable y por eso no dejan de ser felices y estar satisfechos con su vida.

—Ya, pero usted es bonita, a mí me lo parece, y no entiendo que no tenga a nadie esperándola.

—¡Ja, ja, ja! Me ves con muy buenos ojos, soy una mujer normal que se siente muy bien sola.

—Pues yo no la veo tan normal, y creo que no soy la única que opina eso.

Me miró con intención a los ojos y con una risilla nerviosa desvió segundos más tarde su mirada hacia el mar. ¿A qué se referiría? Era imposible que ella nos hubiese visto a su tío y a mí besarnos.

—En nuestra familia es incuestionable que una mujer no se case y no tenga pretendiente. Los Windsor siempre organizan los noviazgos y matrimonios de todos sus descendientes sin tener en cuenta sus opiniones. Fíjese, yo tengo novio desde los tres años y apenas le conozco, y lo peor es que sé que será mi futuro marido y no me gusta nada, me da asco solo el verle. Él es trece años mayor que yo y me desagrada bastante. —Rose estaba a punto de echarse a llorar.

No podía creer que en pleno siglo XX existiesen familias que concertasen noviazgos y matrimonios, me parecía muy fuerte e intolerable, atentaba contra

la libertad de las personas.

—Pues niégate a casarte con él —le dije con rotundidad.

—¡Eso es imposible! Mi abuela me desheredaría, mis padres seguro que me echarían de casa...

—¿Y tu tío? —le pregunté. La verdad es que no sé cómo me salió aquella pregunta, quizás porque en el fondo quería saber la opinión de ella respecto a él.

—¿Mi tío?... Mi tío no haría ni diría nada. Él, al fin y al cabo, también se casará con una mujer que desprecia. Ella pertenece a una de las familias más ricas e influyentes de Londres. Él no la quiere, no siente nada por ella, es más, sé que no la aguanta y tiene varias amantes como vía de escape a esa relación, o eso es lo que siempre he escuchado decir a mi madre sobre mi tío. Pero es un cobarde, porque ya tiene fecha de boda para el año que viene. Además, él sigue adelante con los preparativos o, al menos, eso es lo que le he escuchado decir a su prometida.

La revelación me cayó como un jarro de agua fría. Varias amantes, boda, cobarde... Se me quedaron grabadas todas esas palabras, me puse muy triste, tenía ganas de encerrarme en el camarote y pensar. Me había mentido, se había aprovechado de mí, yo solo había sido una vía de escape como lo definió Rose, una más a su colección. Estaba indignada pero solo podía sentir pena de mí misma, no sentía odio ni rencor hacia Henric pues me había dado cuenta que, sin quererlo, me había enamorado de él. Rose continuó hablando, pero ya no quería seguir escuchándola, me sentía muy desdichada, no quería verle ni saber nada más de él.

Llegamos al puerto de Nápoles. Me sorprendí al ver el lugar tan pintoresco que, unido al exótico paisaje volcánico y montañoso, parecía un cuadro de Victor De Grailly. Me entusiasmó el bullicio de sus calles y el tráfico por sus estrechas calles.

Al embarcar en el yate privado de la familia Windsor, un hombre alto, rubio, vestido con un traje blanco y con una gorra de capitán de barco nos

estaba esperando, Rose le reconoció, era el capitán del yate familiar, el que nos llevaría hasta la isla de Capri.

Estaba viviendo un sueño. La embarcación era muy lujosa. Rose se reía por mi asombro y entusiasmo ante todo lo que veía.

El viaje hasta la isla fue inolvidable, el sol iluminando las aguas transparentes, la flora y fauna que nos rodeaban, todo ello hacía que el entorno pareciese paradisíaco. Enseguida se divisó la isla, casitas blancas contrastando con el color verdoso de las montañas, barcas y veleros por todas partes, parecía como si hubiesen pintado sobre el mar pequeñas pinceladas de colores. En ese momento, y a pesar del disgusto que todavía tenía por las declaraciones de Rose sobre Henric, pensé que, al menos, por ese paisaje había merecido la pena ir hasta allí. Dimos varias vueltas por pequeñas calas hasta que Tomás, el capitán, nos dejó en una pequeña playa de arena casi blanca, agua cristalina y abundante vegetación; allí había un pequeño embarcadero. En la orilla nos estaban esperando dos hombres morenos, agitanados, de cabellos oscuros y ojos negros que, según me explicó después Rose, eran parte del personal de servicio que nos llevaría las maletas hasta la casa. Por lo que me confesó la joven, la playa era privada, pertenecía a su familia desde hacía muchos años.

A la casa se accedía por medio de una escalinata que llegaba hasta la misma playa. Me costó subir las escaleras, pues desde que llegué a Dubrovnik no había hecho nada de deporte y eso se notaba, Rose se reía al verme tan agotada. Cuando llegamos al final de estas mi respiración era agitada. La casa, que hasta entonces no había visto pues desde la playa solo se veían árboles inmensos, ahora estaba frente a mí, una inmensa construcción de tipo colonial con palmeras alrededor y muchas flores adornando sus balcones, un amplio porche de color blanco y una gran terraza en la parte superior de la casa. Esta era de cuatro plantas, con pequeños balcones que, supuse, serían los de los aposentos. Parecía más un hotel de lujo que una casa de vacaciones. Rose no me quitaba ojo, sentía curiosidad, era como si no se quisiera perder ninguna

reacción mía, sabía que estaba disfrutando de la situación.

La entrada principal era muy grande y bastante austera en decoración. Solo había retratos y una gran escalinata que llevaba a la parte superior. Me fijé en los cuadros que había en las paredes y allí la vi: Anne estaba retratada con varios niños pequeños en la playa, tenía una expresión triste, o eso me pareció a mí, como en el cuadro de la galería del internado.

No pude detenerme mucho en el cuadro, ya que llegó la que supuse sería el ama de llaves, una mujer recia, de avanzada edad, piel oscura, bastante alta, y con un aspecto severo.

—Señorita Rose —dijo.

—Alice, esta es la *señorita* Ana, mi profesora de español.

—Encantada —dije.

La mujer me hizo una leve inclinación con la cabeza, su semblante serio no cambió, ni una ligera sonrisa. Empezó a caminar escaleras arriba, nos condujo a cada una a nuestras habitaciones y después nos dio unas pequeñas instrucciones.

—La cena se sirve a las siete horas en el salón de la terraza. En cuanto esté lista y haya descansado de su viaje, la señora Windsor desea verla y hablar con usted.

—Muchas gracias, Alice, se lo haré saber para que se lo comunique a la señora.

Alice se marchó y Rose, que esperaba en la puerta de su habitación y había escuchado todo, se acercó a mí con interés.

—Es mi abuela la que quiere hablar con usted. Mis padres no regresan de su viaje a África hasta la semana que viene. Un consejo, no le haga esperar mucho, no le gusta nada.

—Muy bien, así lo haré. Por favor, Rose, no me llames de usted, llámame Ana.

Mi comentario gustó a la joven, se le dibujó una gran sonrisa en su rostro. Era muy bonita, pero sonreía poco. Estaba preciosa.

Mi habitación era muy confortable: espaciosa, con un gran baño, cama grande y el armario ocupaba toda una pared. Tenía un balcón, me asomé, daba a un cuidado jardín con una piscina de diseño en un lateral. Enseguida reconocí el jardín, era el que aparecía en el cuadro del retrato de Anne; el lugar donde pintaron a la muchacha debía de ser una de aquellas habitaciones que daban a este.

Me aseo rápido y me cambié de ropa, hacía mucho calor así que opté por un vestido blanco, de tirantes, y me recogí el pelo en una coleta. Me miré al espejo y me di el aprobado, la verdad es que así parecía una muchacha de edad similar a la Rose.

Bajé las escaleras y fui al encuentro de Alice.

Los pasillos eran largos, no se oía ningún ruido, solo el cantar de los pájaros, diversos sonidos de animales y algún murmullo en las caballerizas, ya que también tenían caballos y, por lo tanto, cuadras.

Descendí por las escaleras y volví a encontrarme enfrente del cuadro que había visto al entrar, me volví a fijar en ella, me percaté de su semblante triste. La joven debió de ser muy desgraciada o, al menos, por la expresión de sus ojos, esa era la impresión que daba. Estaba tan centrada en el cuadro que no percibí la presencia de la anciana Windsor a mis espaldas.

—¿Le gusta el cuadro?

Era la voz de una mujer, me giré con rapidez. Ante mí me encontré a una dama de unos ochenta años, alta, delgada y con unos bonitos ojos verdes, aún a su edad era muy atractiva, se parecía mucho a Henric, enseguida supe que era la abuela de Rose.

—Sí —le contesté—, la calidad de su pintura, las expresiones de los rostros están muy logradas.

—Me gusta que aprecie nuestros cuadros, aquí tenemos muchos. A los antepasados de los Windsor les encantaba retratarse en lienzos. —Hizo una pausa—. Si no me equivoco es usted la profesora de Rose —asentí—. Yo soy Clare, su abuela. Por favor, sígame, vayamos al salón de té, me gustaría

charlar con usted.

La seguí por una serie de salas hasta que llegamos a un pequeño saloncito que daba a un porche y este a su vez al bonito jardín que yo veía desde mi balcón.

—Sentémonos en el porche, con este calor se está mejor fuera, al menos nos llega la brisa del mar y de la montaña.

Estaba todo preparado, una mesa junto a unas cómodas sillas. La señora Windsor tocó una especie de campanilla y enseguida vino una mujer del servicio a la que la señora dio unas instrucciones para que nos trajesen té y pastas.

—¿Ha estado alguna vez en Capri?

—No, nunca he estado en la isla y estoy fascinada por lo bonita que es. El viaje ha sido maravilloso.

—Sí, la verdad es que es una isla realmente bonita. Nosotros veraneamos aquí todos los años. —Nos quedamos en silencio mientras servían el té y las pastas—. ¿Qué opina usted de mi sobrina? — En ese momento su tono de voz cambió, la notaba interesada y al mismo tiempo preocupada por ella.

—Rose es una joven muy despierta y observadora, le cuesta relacionarse con las otras alumnas del colegio. Es introvertida, pero es una niña encantadora.

—Me comentó mi hijo Henric que no ha sacado muy buenas notas en general y, en particular, en la asignatura que usted imparte.

—Sí, así es, en mi opinión está desmotivada por todo, nada despierta interés en ella.

Clare hizo una pausa, se le notaba preocupada por su nieta. Intuía que había algo que yo desconocía y que en realidad le angustiaba.

—¿A qué cree que se pueda deber ese desinterés, señorita?

—Bueno, quizás yo no sea la más indicada para opinar al respecto.

La señora Windsor depositó su taza de té sobre la mesa y me miró con interés, su mirada tan penetrante me recordó a Henric.

—Por favor, le pido que sea sincera, necesito que las personas que estén cerca de mi nieta sean claras conmigo.

No sabía si decirle todo lo que veía y pensaba o callarme la mitad de las cosas, pero pensé que por el bien de Rose debía comentarle mis impresiones.

—Hay varias cosas que, en mi opinión, agobian a Rose y no le permiten centrarse en sus estudios. En primer lugar, está obsesionada por su compromiso con un hombre por el que no siente nada y con el que no quiere casarse. —Clare centró su mirada en mí, no se esperaba que le dijese aquello, su expresión cambió y se volvió más dura, pensé que me iba a interrumpir pero no lo hizo, así que yo continué, imaginé que después de mi sinceridad me mandaría de vuelta al internado, pero alguien tenía que decirles que eso era inhumano, que iba en contra de la libertad de las personas y que pertenecía a épocas pasadas, no al siglo XX—. Ella quiere sentirse libre para casarse y comprometerse con una persona por la que sienta verdaderamente algo profundo. Es muy romántica y sueña con poder tener plena libertad para elegir con quién quiere casarse. En segundo lugar, se la ve apenada porque nunca está con sus padres, siente verdadera envidia por otras alumnas que ven a sus familiares y están con ellos durante todas sus vacaciones de verano. Estoy convencida de que desea pasar más tiempo con ellos y compartir experiencias junto a su padre y su madre. —Finalicé mi discurso y me sentí muy liberada después de haber dicho todo lo que pensaba. Clare suspiró, tomó un sorbito de té y me miró con interés.

—Desde luego que nunca pensé que cuando le he dicho que fuese sincera iba a serlo tanto. Me gusta, me gusta que lo haya hecho, aunque eso no quita que lo que me haya comentado me agrade. En nuestra familia siempre se han concertado los matrimonios, pero no solo en la nuestra, también en muchas otras de la aristocracia inglesa, que es a la que pertenecemos. No nos podemos casar con personas fuera de nuestro entorno social. Yo me casé con un hombre sin estar enamorada de él y después, con el tiempo, llega el cariño. Es una obligación de nuestra familia y un respeto hacia nuestros antepasados.

—Pero... y disculpe que me entrometa en esto, Rose se puede casar y comprometer con alguien de su entorno que no tenga que estar ya seleccionado.

La señora Windsor me interrumpió, su expresión empezaba a tornarse severa, con un gesto que me hizo entender que ese tema no era de mi incumbencia.

—Eso es así y siempre será así, nosotros lo sabemos y nadie vendrá aquí para cambiarlo. Respecto a lo de sus padres... es cierto, mi hija y su marido pasan largas temporadas fuera y la ven muy poco. Pronto estarán aquí, en Capri, y podrá disfrutar de ellos. —Aunque parecía no haberle afectado mis palabras, se la veía seria y preocupada. Cambió de tema—. Me alegro de que esté con nosotros, y en especial con Rose, ella necesita hablar bien español, pronto partirá para España, es más, su futuro marido vive allí por motivos de trabajo y ella tendrá que pasar largas temporadas en ese país. Bueno, tiene hasta el otoño, que es cuando va a tener lugar la boda.

Me sorprendí, Rose no me había comentado nada de que la boda estaba ya fijada, ahora comprendía más la tristeza y amargura de la joven, empezaba a sentir cariño y lástima por ella. Continuamos hablando de otros temas trascendentales. Estaba deseando terminar esa especie de entrevista y marcharme al lado de Rose, me alegraba poder estar allí con ella, al menos para que tuviese a alguien con quien desahogarse y charlar.

Rose me encontró de camino a mis aposentos.

—¡Ana! Ponte el bañador que nos vamos a la playa, le he dicho a Alice que nos prepare un pícnic. Ya está todo listo, solo faltas tú.

Debido a su insistencia me di mucha prisa en cambiarme de ropa y salir con la joven. Estábamos muy contentas, Rose estaba diferente, se la veía más feliz e ilusionada que en el colegio.

A la playa por la que me guiaba Rose se accedía por un caminito agreste y estrecho, nos íbamos riendo. Después de ver vegetación y árboles a nuestro alrededor me maravillé cuando ante mí se abrió una pequeña explanada con el

mar a nuestros pies y la arboleda a nuestras espaldas, en el horizonte se veían barcas y veleros que coloreaban las aguas cristalinas. Nos sentamos y nos pusimos a contemplar entusiasmadas el movimiento de las olas. Rose rompió el silencio.

—¿Qué has hablado con mi abuela? —Decidí serle sincera, pensé en que era la única manera de ganarme la confianza de la joven.

—Sobre ti, me ha preguntado el porqué de tu desgana en los estudios.

—¿Qué le has dicho?

—Lo que pienso, que estás agobiada por tener que casarte con un hombre al que no amas, por no sentirte libre. También le he explicado que estás triste por no poder pasar más tiempo con tus padres.

—Pero... ¿por qué le has dicho eso? Yo te lo dije en confianza, no para que se lo dijeras a mi abuela, ella es muy estricta y tajante. A veces me dan miedo sus reacciones.

—¿Y por qué no? Alguien tiene que decirle la verdad. Además, ella me pidió sinceridad. Rose, es injusto que te obliguen a casarte con un hombre al que no amas, lo calificaría para estos tiempos de prehistórico. Respecto al tema de tus padres alguien les tiene que decir que no viajen tanto y que se den un respiro. Aunque tu abuela ya me adelantó que en una semana estarán aquí contigo.

—¿Y para qué? Es como si no estuvieran, apenas los veo, entre fiestas, encuentros con amigos y otras historias nunca encuentro un hueco para charlar con ellos como lo hago contigo. Las conversaciones que tengo con ellos son pocas, banales, muy superficiales, apenas me escuchan. —En aquel momento sentí verdadera lástima por Rose, esa jovencita estaba amargada, su vida no tenía color; decidí hacer todo lo posible para que las cosas pudiesen cambiar en su destino, al menos la relación con sus padres—. ¡Qué fuerte! Seguro que mi abuela ha tenido que contar hasta diez para no perder los estribos cuando le estabas hablando sobre los matrimonios concertados. Ya me la imagino. ¡Ja, ja, ja!

—Pues no sé si ha contado tanto, pero desde luego ha tomado un sorbito de té y ha esperado hasta tomar la palabra. —Ambas nos reímos y suspiramos. Nos tumbamos mirando al sol.

—¿Sabes? —dijo Rose— Me alegro mucho de que hayas venido conmigo. Al menos a ti te puedo hablar de mis temas. Hubo una antepasada mía que se reveló, ya sabes a quién me refiero, no quería casarse con quien le habían impuesto, en realidad ella estaba enamorada de otro hombre, creen que era el pintor que la retrataba, aunque eso nunca se supo. Imagínate, fue un auténtico escándalo, se enfrentó a toda su familia e incluso dijo que renunciaba a la herencia pero que no se casaría con ese hombre. Ella es mi heroína. Anne... todos los días repito varias veces su nombre. —Solo mencionarla me produjo un escalofrío, me puse tensa e intenté que Rose no lo notase.

—¿Qué pasó con ella? ¿La desheredaron? —De sobra sabía que no fue así y que apareció muerta, pero necesitaba escuchar la versión de Rose, que imaginé que sería la de la familia.

—No, por lo visto el día en que desapareció, su madre tuvo una discusión muy fuerte con ella. Anne se mantuvo en sus trece de no seguir adelante con el matrimonio, este era muy importante para mis antepasados, ya que con su casamiento no solo adquiriría la familia poder político, sino también mucha riqueza, con lo cual ella no podía echar marcha atrás. Aquel día discutió y amenazó a su madre con que se iba a ir de casa con su amante. Algo más le debió decir, ya que ella sufrió un ataque de nervios. El caso es que Anne desapareció y el pintor también, por eso se piensa que él era su amante, aunque nunca se pudo comprobar. Pasaron varias semanas cuando ella apareció muerta en esta misma playa, justo ahí, entre esas rocas. —Rose señaló un rincón de la playa donde se agrupaban varias rocas—. El suceso supuso un duro golpe para la familia. Solo se hablaba de ello. Se dijo que fue un suicidio. Mi familia buscó al pintor por todas partes pero fue como si se le hubiese tragado la tierra. Al final, de lo único que se habló fue de que ambos se adentraron en el mar al ver que nunca podrían ser libres para amarse. ¿A

qué es una historia curiosa? ¡Estás pálida!

Me había quedado sin palabras, cuanto más oía ese relato, más me intrigaba y más ganas tenía de averiguar lo sucedido.

—Es una historia muy triste, Rose. Si te fijas bien en los cuadros donde ella aparece siempre se la ve abatida, ella no era feliz.

—Pues entonces como yo. Pero a mí me parece que fueron unos valientes y se suicidaron para ser libres.

—Pero el suicidio no es la solución, si tú quieres ser libre tienes que luchar contra todo y todos los que se oponen a ello, eso sí que es ser valiente.

Nos quedamos en silencio y después de un rato decidimos darnos un chapuzón. No podía apartar mi mirada de las rocas donde apareció muerta la joven. Echaba de menos a mi tío Manu, quería contarle todo lo que había descubierto.

Los días pasaban y yo no dejaba de pensar en dos cosas: en Henric, al que por más que lo intentara estaba siempre presente en mis pensamientos; y en Anne, quería descubrir realmente aquello que le sucedió.

Ya había pasado una semana desde que fui a Capri, esa mañana no iba a estar con Rose, sus padres llegarían ese mismo día a Roma y Rose se había marchado con su abuela a la capital de Italia para hacer unas compras y esperarles, así que tenía dos días enteros para mí. Decidí ir a la biblioteca, necesitaba tener un libro en mi mesilla de noche.

La biblioteca era muy espaciosa, había numerosas estanterías distribuidas y alineadas. Me llamó la atención un fichero situado a la entrada de esta, donde se registraba la catalogación y ubicación de cada libro. No sabía por dónde empezar, decidí omitir el fichero y pasearme por las estanterías para ver cuál me podía interesar. Me fijé en un libro en concreto, *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen, me decidí por esa novela. El libro pesaba y tenía bastante grosor, yo creía recordar que esta era una novela de menos páginas. Después me fui directamente a las cocinas y le dije a Marcela, la jefa de cocinas, que no iba a comer allí, y que, por favor, me preparasen un pícnic, pasearía por los

alrededores; Marcela me preparó una cesta con alimentos variados y exquisitos, pero en realidad más que para una persona había para un regimiento, allí deposité mi libro y emprendí mi marcha. A la entrada estaba Alice, siempre me la encontraba en los momentos más inoportunos, esa mujer me imponía respeto.

—¿Se va, señorita?

—Sí, Marcela me ha preparado un pícnic, estaré por los alrededores. Llegaré al atardecer.

—¡Qué disfrute de su paseo! —dijo, marchándose con mucho sigilo como era habitual en ella.

Por fin sola, haciendo lo que tanto me gustaba, pasear por la naturaleza. Decidí recorrer la parte de bosque que estaba cercana a la finca, me la recomendó Adrián, el chico de las cuadras, un joven muy agradable, del que me había fijado que miraba mucho a Rose y esta, por su parte, también le correspondía.

Era difícil perderse, pues la casa se veía por todas partes y había caminos accesibles.

Una vez me adentré entre la vegetación me detuve a observar el maravilloso paisaje que tenía ante mí, cerré los ojos y respiré en profundidad, necesitaba oxigenarme.

El paisaje era exótico, por una parte la montaña y sus bosques verdes y abundantes, y por otra el contraste con el mar. El camino estaba preparado para pasear, incluso había bancos en rincones estratégicos. Después de una hora caminando por aquel paraje paradisíaco decidí sentarme en un banco ubicado bajo un árbol cercano a un pequeño acantilado, todavía era temprano para almorzar, además, no tenía apetito así que decidí sentarme a leer mi libro. Me sentía feliz en ese momento, no había pensado en Henric durante toda la mañana. Eso es una buena señal, pensé. Abrí el libro y empecé a leerlo, seguía pensando que pesaba bastante y era demasiado grueso pero no le di más importancia:

«Es una verdad universalmente reconocida que todo hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita esposa».

Aquella frase... ya no la recordaba. Estuve tan concentrada en la lectura que tardé en percatarme que no estaba sola, el ruido de un caballo me sobresaltó, lo escuchaba muy cerca y era muy perceptible, una avispa intentó posarse en mi rostro, me puse muy nerviosa, tenía pánico a estos insectos, empecé a manotear y, al final, me caí del banco asustada de que me picase. Unos brazos fuertes me levantaron con rapidez del suelo, me había rozado las rodillas ya que llevaba pantalones cortos. Cuando alcé la vista para ver quién era mi salvador no me pude creer lo que estaba viendo: era Henric. Me puse muy contenta de verle, él lo debió notar.

—¡Ja, ja, ja! —reía.

—¡Henric! ¿Qué haces aquí? —Él no me contestó, solo me observaba, me sujetaba con suavidad por los hombros.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—Sí, estoy bien, gracias. La avispa y el ruido de un caballo...

—Sí, lo siento, el del ruido he sido yo, este es mi caballo Trac.

—No, en realidad la culpable ha sido una avispa. —Ambos reímos.

Estaba feliz de que estuviese allí, y él se había percatado de ello. Henric tampoco ocultaba su alegría por verme.

Tantos días pensando en él y ahora estaba en aquel lugar, junto a mí. Me parecía un sueño hecho realidad. Nos quedamos un rato mirándonos en silencio hasta que yo rompí el hielo.

—¿Cuándo has venido?

—Acabo de llegar, hace unos treinta minutos aproximadamente. Alice me informó de que mi sobrina y mi madre se habían marchado a Roma para esperar a mi hermana, también me comentó que tú estabas aquí y que te habías ido de pícnic por los alrededores, así que preferí salir en tu búsqueda a quedarme solo en la casa.

—Pues tienes suerte, porque Marcela ha hecho comida para satisfacer a un

regimiento.

—Sí, ella siempre echa de más, prefiere que sobre a que falte. ¡Ven, Ana! Vámonos de aquí no sea que vuelva la avispa —, me guiñó un ojo —. Te voy a llevar a un sitio estupendo, ideal para nuestro pícnic y para que lo conozcas.

Me ayudó a montar en su caballo, después él, con gran agilidad, de un salto, se montó tras de mí. Me atrajo con fuerza contra su cuerpo y con una mano agarró las riendas y con la otra mi cintura. Parecía como si estuviera en un sueño del que no quisiera despertar. Cabalgamos en silencio, disfrutando del paisaje tan espectacular que nos ofrecía la isla: el mar, esa vegetación, pequeños riachuelos e incluso alguna pequeña cascada; a todo eso se unía la magia de estar junto a él, era maravilloso, no deseaba que ese momento terminase.

Henric me llevó a un lugar idílico, había una especie de merendero, cubierto y resguardado del sol por altos y frondosos árboles, a nuestro lado había un pequeño riachuelo, estábamos rodeados de flores de variados colores. Nos encontrábamos a tanta altura que los barcos parecían puntitos blancos en el inmenso azul del agua.

—Es bonito, ¿verdad? Recuerdo cuando vine con mis padres la primera vez a Capri, me fascinó. Este lugar era mi refugio, siempre que estaba enfadado y necesitaba pensar me venía aquí.

—¡Vaya! —dije—, así que me has traído a tu refugio. —Aquello le hizo gracia, entonces me miró con interés y centró su atención en mí.

—Sí, ya te he revelado mi mayor secreto, ni siquiera mi hermana sabía de este lugar. El primero fue Trac, tú eres la segunda que lo conoce.

—¡Qué honor! —le sonreí.

—Creo que desde que te conocí, nunca te he visto sonreír tan distendidamente como ahora, señorita misteriosa —dijo mientras me tocaba con su dedo índice la punta de mi nariz.

—¿Misteriosa?...

—Sí, jamás hablas de tu vida, cuéntame... Qué es lo que te martiriza, Ana.

—La verdad es que mi vida no es tan interesante como la de la familia Windsor. — Guardé unos segundos de silencio—, yo ni he ido a islas de vacaciones ni tengo casas que son mansiones, eso sí, he vivido con unos padres maravillosos que me han enseñado a saber valorar las cosas.

—Parece que me estás regañando más que otra cosa.

—No, esa no es mi intención. —Le miré y sonreí, estaba encantada de estar junto a él y me daba igual que lo notase—. Todo era divertido, tenía a mi hermano, al que quería con locura hasta que se marchó a la guerra y esta se lo llevó, me dejó muerta por dentro, a mí y a mis padres. Mi hogar empezó a convertirse en una cárcel...

—Sí, me lo imagino.

—Desde entonces empecé a cuestionarme aspectos de la vida sobre los que, hasta ese momento, jamás había reflexionado. No sentía ilusión por nada. Mi padre, a causa de todos los acontecimientos que sucedieron en nuestras vidas, nos alejó de su mundo, y mi madre... se sumió en una profunda depresión. Yo me sentía como un pájaro enjaulado, sin expectativas en la vida y sin ninguna esperanza... —La voz comenzó a entrecortarse. Henric cambió de conversación y empezó a contarme pequeñas anécdotas de su niñez y juventud, me hizo reír y olvidarme de aquel suceso tan triste que marcó mi vida.

—¿Y cómo es Ana? —me dijo mientras todavía tenía la sonrisa en mi rostro sobre las situaciones divertidas que él me había contado—. Me encantaría conocer tu alma —me sonrió.

—¿Mi alma? Lo veo difícil, soy muy reservada.

—Eso ya lo sé. Aunque no lo creas, te conozco bastante. Te gusta la soledad y aparentar que no necesitas a nadie en tu vida, pero sé que no es así, solo es un escudo que te pones para que nadie te haga daño... ¿Por qué? Eso me tiene intrigado desde el momento en que te conocí. También veo bajo esa apariencia de querer controlar todas las cosas que te rodean a una joven noble, aventurera... Una mujer que está deseando vivir una historia emocionante, como la de ese libro que guardas en la cesta. —Sonreí.

—Vaya, creía que no era tan transparente.

—Pero aún así, deseo conocer tu alma.

—¿Y por qué? —me hice la interesante.

—Porque intuyo que quien conozca tu alma será dueño de tu corazón. —Me sonrojé.

—Se está haciendo tarde y Alice empezará a preguntarse si nos hemos perdido o nos ha sucedido algo —comenté. Henric posó su mano sobre la mía y la sostuvo con dulzura.

—¿Por qué te preocupa tanto lo que piensen los demás, querida Ana? —Él no dejaba de sonreírme.

—En realidad me da igual lo que piensen los demás, pero en esta ocasión es tarde, querido Henric, y es hora de regresar. —Le guiñé un ojo. Me puse en pie.

—Como tú mandes. —Me hizo una reverencia. De un salto se incorporó con rapidez, me había olvidado de lo alto que era. Sin darme tiempo a reaccionar me cogió entre sus brazos y me subió al caballo, acto seguido se montó tras de mí, su brazo me atrajo hacia él y con el otro cogió las riendas de Trac. No me dio tiempo a reaccionar.

—¿Por qué siempre eres tan impulsivo? —le increpé. Soltó una risotada.

—Mi querida Ana, no me niegues que te gusta que sea así.

No supe qué contestar, en realidad me encantaba que fuese así. Su masculinidad, acompañada de su caballerosidad y ese arranque impulsivo le hacían muy atractivo. El resto del camino estuvimos en silencio, disfrutando del paisaje y de la compañía.

—Ya hemos llegado, ya puedes estar tranquila por Alice —me susurró al oído.

Al igual que me subió al caballo, me bajó, pero en esta ocasión me retuvo unos segundos entre sus brazos, me sonrojé y lo debió notar pues mostró esa sonrisa pícaro que no me gustaba nada. No podía controlar mis reacciones y cada vez me costaba más ocultar mis sentimientos, pero tenía que hacerlo, ya

que recordaba las palabras de Rose definiendo a su tío como un hombre mujeriego y libertino.

Henric me acompañó a mi habitación y me dijo que esa noche me invitaría a cenar en un restaurante muy de moda en la isla; como estábamos los dos solos, no haríamos trabajar a Marcela. La invitación me gustó, la verdad es que me apetecía salir de la casa. Desde que llegué había estado ahí metida y necesitaba oxigenarme, como yo solía calificar ese tipo de situaciones. Apenas pude descansar, mi mente no paraba de pensar en lo que me pondría para la cena.

Henric me estaba esperando en la entrada, iba muy guapo: con una camisa blanca de manga larga remangada hasta el antebrazo que realzaba más su moreno y sus intensos ojos verdes, y unos pantalones azul marino. Yo, al final opté por un vestido corto, azul celeste, de tirantes, también realzaba mi moreno; me dejé el pelo suelto, los rizos se deslizaban por debajo de los hombros, me vi correcta. El verano y el moreno sientan bien a todo el mundo, me dije a mí misma.

Henric me sonreía y, a la vez, me observaba con interés mientras bajaba por la escalera.

—Querida Ana, estás muy guapa esta noche —dijo, me ruboricé otra vez, parecía una chiquilla de quince años.

—Muchas gracias, tú tampoco estás nada mal. —Nos reímos.

A la puerta de la casa estaba el Audi de Henric, me abrió la puerta y me ayudó a entrar en el coche, con gran agilidad él se montó en su asiento y nos pusimos en marcha.

Estaba muy animado, hasta entonces no le había visto tan distendido como lo estaba en ese momento. Me observaba y sonreía. Me llevó a un restaurante ubicado en un extremo de la isla, sobre un acantilado rocoso, tenía una terraza amplia iluminada por las velas de las pequeñas mesas que la bordeaban, toda esta daba directamente al mar, el cual estaba iluminado no solo por la luz de la luna que se reflejaba en sus aguas, sino por las pequeñas luces de los barcos y

veleros que surcaban las aguas.

Henric había reservado una mesita en un rincón de la terraza, era un lugar muy romántico, estábamos más apartados que el resto de comensales, iluminados por la luz de las velas, y con un collar de guirnaldas que nos pusieron a la entrada adornando nuestros cuellos. Un artista tocaba una canción romántica autóctona. Henric se ofreció para pedir los platos típicos del lugar y esperamos a que nos sirvieran.

—¿Sabes lo que dice la letra?

—No, pero la música es preciosa.

—Habla de un marinero que salió un día a la mar, esa noche hubo una tormenta y su barca, frágil, volcó. Las olas lo empujaron hasta lo más profundo del océano, pero una bella sirena le salvó del horrible final, le dejó en la orilla de la playa no sin antes darle un beso, él desde entonces deseó volver a verla, se había enamorado de ella. Todas las noches acudía a la playa para ver si la veía. Una noche de tormenta, tal era su desesperación por encontrar al amor de su vida que decidió lanzarse al mar, quería reunirse con ella.

—¿La encontró? —le pregunté por curiosidad.

—Nunca más le vieron, pero la leyenda cuenta que algunos pescadores que salieron esa noche de faena al mar, en mitad de la tormenta, vieron a una sirena en los brazos del marinero.

—¡Vaya! ¡Qué triste!

—Yo no creo que sea tan triste el final —comentó Henric—. Al fin y al cabo él quería estar con la mujer que amaba y en vista de que ella no acudía a él, este decidió ir a buscarla. Es romántico.

—El final es trágico, la realidad es que él muere y no se sabe si encontró a la sirena o fueron alucinaciones de unos pescadores presos del pánico. — Henric soltó una carcajada y me miró a los ojos.

—¡Qué práctica eres, Ana! Existen muchas canciones populares en Capri cuyo origen son las leyendas que se han transmitido oralmente desde hace muchos siglos. Todas son canciones de amores imposibles difíciles de

alcanzar. —Nos trajeron el primer plato—. Los lugareños son gente muy amable y acogedora, pero también muy supersticiosos y desconfiados, creen en leyendas, incluso hacen rituales durante las noches de luna llena.

—¿Rituales? Pero eso parece más bien brujería —le contesté intrigada.

—Sí, son muy dados a hacer ritos que nosotros catalogaríamos de brujería. Es más, a veces, en algunas playas poco concurridas de la isla, se han encontrado animales muertos y otra serie de objetos manchados de sangre. Nunca se ha perseguido a los culpables de esas hazañas. No obstante, todo son habladurías, yo tampoco he visto nunca nada de lo que se comenta.

La velada fue muy agradable, Henric hablaba sin parar y me comentaba anécdotas de la isla y sus lugareños, incluso historias de su familia. Una vez que terminamos la cena, bajamos por una escalinata a la piscina del restaurante, allí la gente se sentaba en unas hamacas alrededor de esta y se tomaba una copa mientras charlaba o bailaba. Henric me condujo a una esquina un poco apartada de la piscina, donde se seguía viendo el mar, pero esta vez también divisábamos la montaña iluminada por los farolillos de las casas ubicadas en sus laderas. Estábamos sentados muy juntos, uno al lado del otro, en silencio, contemplando el paisaje mientras esperábamos a que nos trajesen la bebida. Mientras yo contemplaba la belleza de lo que me rodeaba, Henric me observaba sin apenas pestañear.

—Eres preciosa, Ana —me dijo. Le miré, estaba desprevenida, no supe qué contestar, me quedé observándole como una tonta—. ¿Sabes? Me estoy enamorando de ti. Desde que te conocí no he podido apartarte de mis pensamientos. Deseaba que vinieses a Capri, no podía imaginarme estar sin ti durante las vacaciones estivales.

—Pero... me dijiste que era por Rose... —Henric me interrumpió, me cogió de la mano, me acariciaba con suavidad, yo no intenté retirarla.

—Fue una excusa, la verdad es que Rose va a necesitar hablar perfectamente español, pero fui un egoísta, no podía pensar en no verte. — Intenté desviar la conversación, empezaba a ponerme nerviosa.

—Sí, ya me imagino, necesita español para su futuro matrimonio de conveniencia. —Henric se quedó serio, no esperaba mi respuesta—. No entiendo cómo en pleno siglo veinte se puedan concertar matrimonios sin el consentimiento de, al menos, las dos partes. Henric, ¿acaso sabes si tu sobrina es feliz con este enlace? —Retiré mi mano de entre las suyas—. Ella se siente infeliz, no quiere casarse con ese hombre. —Él llevó su dedo índice a mis labios y los cerró con suavidad.

—Querida Ana, no estropeemos este momento con estos temas, por favor.

En realidad tenía razón, no me apetecía entrar en una discusión con él esa noche. En ese momento nos trajeron las copas. Otra canción popular comenzó a sonar, la música era preciosa.

—¿Bailamos? —dijo Henric sin permitir que le contestase. Directamente me forzó a incorporarme y cuando me quise dar cuenta ya estaba entre sus brazos.

—¿Siempre eres así de impulsivo?

—Sí, siempre —me guiñó un ojo.

—¿Qué dice esta canción? —le pregunté.

—Habla de una mujer muy bella que tenía atormentado a un hombre que estaba enamorado de ella. La muchacha le amaba pero, por alguna razón que él no entendía, se resistía a ser sincera consigo misma y a entregarse al hombre que quería. Ahora cantan: «*mi amore... mi amore...*».

Observé a Henric, estaba embriagada por el vino, la noche y por estar junto a él, deseaba que me abrazase y me besase.

—Cantar no es lo tuyo —le bromeé.

—No, no es lo mío. ¡Ja, ja, ja! —Henric me sonreía, sus pupilas estaban fijas en las mías. Levantó mi mentón hacia él, estuvimos unos segundos contemplándonos, después sus labios se fueron acercando a los míos, nos besamos, yo no intenté separarme de él, deseaba tanto que lo hiciese... Ya no escuchaba la música, solo sentía la excitación de sus besos, sus fuertes brazos rodeándome la cintura y atrayéndome con fuerza hacia él. La música cesó y

Henric me cogió con suavidad de la mano y me llevó hasta nuestro rincón.

—Me estoy enamorando de ti, Ana —me susurraba mientras me besaba.

—¡Henric! —Una voz femenina nos interrumpió.

Henric se incorporó y saludó con entusiasmo a la mujer. Era una dama de unos treinta y cinco años, bastante atractiva. Llevaba un vestido negro, largo y muy ajustado que contorneaba su bonita figura. Iba acompañada de un hombre mucho más joven que ella.

—¿No me presentas a tu joven acompañante?

—Por supuesto que sí. —Henric me ayudó a levantarme de la butaca—. Te presento a Ana. Esta es Fabiola, una antigua amiga.

—No mientas, Henric, no soy tan antigua.

Ambos se echaron a reír, el joven acompañante de Fabiola y yo nos miramos sin entender a qué venía tanta risita.

El resto de la velada estuvimos con ellos, Henric y Fabiola se divertían mientras nos comentaban sus anécdotas de juventud. Nos despedimos y partimos hacia la casa. Durante el trayecto permanecemos en silencio. Yo no dejaba de pensar en todo lo que había pasado durante la cena y suponía que a Henric le ocurría lo mismo.

Llegamos a la casa, las luces del porche de la entrada principal iluminaban la magnífica fachada de esta. Henric me ayudó a salir del coche, no me soltaba la mano, después subimos las escaleras y me acompañó hasta mi habitación, cuando ya me iba a despedir me atrajo hacia él y me empezó a besar apasionadamente, en esta ocasión me resultó imposible rechazarle, deseaba sus caricias. Se retiró y me sonrió.

—Hasta mañana, Ana. —Sus labios rozaron los míos—. Me estás volviendo loco —me susurró.

Entré en mi habitación y cerré la puerta. Me apoyé sobre esta y suspiré. Estaba acalorada, todavía podía sentir sus labios sobre los míos.

A la mañana siguiente me desperté con una sonrisa, mi primer pensamiento fue para Henric. Me vestí con rapidez, miré por el balcón y noté algo extraño,

veía más servidumbre de lo habitual por el jardín, un ir y venir de mujeres y hombres del servicio, todos con mucha prisa. Observé mi aspecto por última vez en el espejo antes de bajar a desayunar, aunque por la hora que era tomaría solo un café. No podía olvidarme de lo sucedido la noche anterior, una sonrisa se dibujó en mi rostro al recordarlo, me sentía feliz.

Mientras bajaba las escaleras era evidente que algo ocurría, había más gente en la casa. Salí a la terraza. Ruth, una camarera joven y dicharachera, me sirvió un café con leche, me apoyé en la balaustrada de la terraza y me dediqué a observar el precioso jardín. Estaba tan concentrada en mis pensamientos que no me percaté de que Henric acababa de entrar y estaba tras de mí, contemplándome. Me asió de la cintura y me dio la vuelta al mismo tiempo que me besó. Sentí que mis mejillas ardían, todo mi ser reaccionaba a su beso. Le sonreí.

—Buenos días, ¿has dormido bien? —Me guiñó un ojo.

—Muy bien —le sonreí.

—¿Te he dicho que estoy enamorado de ti? —Me volvió a besar. Sus palabras me sorprendieron. Me ilusionó y encantó escucharle decir eso. ¡Estaba enamorado de mí! Me sentía feliz.

—Henric —le susurré—, nos van a ver y no creo que te interese que el servicio se entere de lo nuestro, ¿no?

—Quiero que todo el mundo lo sepa. Me siento feliz. —Me tocó con su dedo índice la punta de la nariz.

—Yo también estoy feliz —le sonreí —, pero por el momento debemos ser discretos. Además, hoy hay mucho movimiento en la casa.

—Han llegado mi madre, mi hermana, mi cuñado y mi sobrina. Se acabó la tranquilidad.

—¿Tan pronto? —dije. No pude evitar que se me notase el disgusto. Se habían adelantado un día. Él sonrió y acarició mi mejilla con ternura.

—Sí, un día antes. Mi hermana, Rose y mi cuñado están en las cuadras, esperándonos. Les he dicho que cuando despertases nos uniríamos a ellos. Van

de excursión a caballo al Monte Solaro, desde allí verás unas vistas extraordinarias. Así que cámbiate mientras yo le pido a Marcela la comida y la merienda para el pícnic. Estaremos fuera prácticamente todo el día. Quiero que seas testigo de las vistas desde las alturas, te va a encantar. —Hice ademán de irme pero me asió del brazo y me atrajo hacia él—. Mi querida Ana... —Acercó su rostro al mío mientras acariciaba mi pelo y sus labios rozaron los míos haciéndome sentir especial y amada—. No sé cómo voy a aguantar todo el día sin poder acariciarte ni besarte.

Le sonreí, le devolví el beso y me marché. Me sentía la mujer más feliz del mundo.

La verdad es que no tenía ropa para montar a caballo. No era muy buena amazona pero mi tío, que siempre le había gustado la equitación, en sus ratos libres nos enseñó a mi hermano y a mí este deporte. Me puse unos pantalones cortos, una camiseta de tirantes, unas zapatillas, me recogí el pelo en una coleta y me coloqué mi gorra blanca.

Cuando bajé, todos me estaban aguardando en las cuadras. Rose se acercó hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ana, cuánto te he echado de menos! —me susurró mientras me abrazaba.

—Yo también a ti, Rose.

Henric nos observaba con cariño. Rose se acercó a su tío.

—A ti también —dijo Rose a Henric, quien la estrechó entre sus brazos.

—Sí, dijo él, te ha echado mucho de menos, Rosita —la sonrió.

—¡Vaya! —dijo la hermana de Henric—. Usted debe ser Ana, la profesora de español de la que tanto habla Rose.

—Sí, así es.

—Yo soy Diana, su madre. Rose no ha dejado de hablar de usted desde nuestro encuentro. Le admira, es su referencia para todo.

—La verdad es que su hija tiende a exagerar las cosas. Pero sí, somos muy buenas amigas. Ella es una buena alumna.

La madre de Rose me analizaba, me incomodaba su mirada. Era una mujer

muy atractiva, se parecía a Henric, aunque su pelo era claro y sus ojos oscuros. El padre de Rose, Adolf, me rescató de esa situación incómoda, se puso entre medias y se presentó. Él era diferente a ella, Diana tenía un semblante serio, una mujer de carácter, dominante y posesiva, quizás como su madre; mientras que Adolf parecía conformista y de una personalidad débil.

Nos pusimos en marcha, Henric me ayudó a subir al caballo y se posicionó junto a su hermana y cuñado, Rose y yo íbamos tras ellos. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos para no escuchar lo que hablábamos, Rose empezó a relatarme su estancia en Roma.

—¡Cuántas ganas tenía de verte, Ana! Te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti, Rose. El primer día creí que se me iba a caer el mundo... Menos mal que llegó tu tío. —La voz se me quebró, no quería que Rose notase nada raro, era muy observadora.

—Mi tío siempre salva todas las situaciones, yo también me alegré al saber que estaría aquí con nosotros. Sin mi tío nada es lo mismo.

—¿Qué tal en Roma? —le pregunté.

—Aburrido, mis padres no estuvieron apenas conmigo, vamos, lo de siempre. Mi abuela enfermó y por eso nos hemos venido antes.

—¿Qué le pasa a tu abuela? —le pregunté preocupada, Henric no me había comentado nada.

—Son bajadas de tensión que le dan de vez en cuando. Pasa tres días con mal cuerpo y dolores fuertes de cabeza, encerrada en su habitación, y al cuarto día ya está estupenda.

Henric no paraba de mirar hacia atrás para echarnos un vistazo, entonces nos guiñaba el ojo y nos sonreía.

—¿Qué tal con mi tío? —me preguntó Rose.

Aquella pregunta me puso muy nerviosa, no sabía qué contestarle, intenté disimular para que la joven no notase una reacción extraña.

—Muy bien, tu tío es un hombre muy divertido y, la verdad, no me he aburrido con él.

—Sí, es sensacional, siempre está alegre y te hace pasar buenos ratos.

Notaba a Rose inquieta, como si quisiera contarme algo y no supiera cómo empezar.

—¿Qué te ocurre, Rose? ¿Estás bien? Te noto nerviosa.

—Bueno... —titubeó—. Es mi madre, a la vuelta de Roma me dijo que se iba a adelantar mi boda, así que en vez de estar dos meses en el internado solo voy a estar uno, ¿te imaginas? No solo voy a perder mi libertad de elección casándome con ese hombre al que detesto, sino que me quitan un mes más en el colegio, mi vía de escape a todo esto. ¡Es horrible, Ana! Tienes que ayudarme, no sé si podré soportar toda esta presión. No quiero casarme y no sé cómo decirlo.

—No te preocupes, Rose, ya verás como al final todo se soluciona.

—¿Cómo? Yo cada vez lo veo más difícil.

—Debes empezar comentándole a tu madre que no quieres casarte con ese hombre, que prefieres elegir tú a la persona con quien quieres estar el resto de tu vida.

—Eso no es tan fácil, ya has visto cómo es mi madre, una mujer con carácter que no aguanta que nadie le lleve la contraria.

—Pues tendrás que ser tú la primera. Al fin y al cabo eres su hija, te escuchará.

—He pensado que lo ideal sería huir de todo esto, marcharme.

—¡Rose! Eso no es la solución, eso es dar la espalda al problema, en esta vida hay que plantar cara a los obstáculos que nos vamos encontrando. Si huyes siempre tendrás esa presión en tu interior; además, cuando te surjan otros problemas en la vida no sabrás cómo afrontarlos. Huir de todo y todos solo te traerá desgracias. Tienes que enfrentarte a tus problemas, Rose. Ármate de valor y dile a tu madre que no te vas a casar con ese hombre, que no estás dispuesta a hacerlo. Por cierto, ¿le conoces? ¿Has hablado con él alguna vez?

—No, solo lo he visto en una fiesta hace ya dos años. Físicamente no está mal. Pero me pareció arrogante, altivo. No me dedicó ni una sola mirada, ni se

acercó a hablar conmigo, me ignoró por completo.

Henric se apartó de los padres de Rose y nos esperó para estar con nosotras, se puso en medio de ambas.

—¿Os estáis fijando en el paisaje tan maravilloso por el que estamos pasando?

Las dos habíamos estado tan centradas en nuestra conservación que no nos habíamos fijado. Levanté la vista y vi numerosos acantilados escarpados rodeados de abundante vegetación. Se notaba que estábamos ya a mucha altura.

—¿Cuánto queda, tío Henric?

—Ya estamos llegando. El Monte Solaro es el pico más alto de la isla, desde allí puedes contemplar Capri en todo su esplendor. Cuentan que antaño, en las noches de luna llena, solían ir allí los amantes a jurarse amor eterno.

—¡Qué romántico! —suspiró Rose.

La llegada fue bastante difícil, tuvimos que bajar de los caballos y subir a pie sujetando a los animales de las riendas. Cuando llegamos estábamos agotados, atamos nuestros caballos y nos sentamos a observar el paisaje. Era espectacular, estábamos a bastante altura. Se divisaba toda la isla, sus acantilados encrespados, sus playas, las casitas blancas típicas de la isla, las aguas cristalinas y los yates, barcos y veleros que navegaban por sus aguas, un verdadero paraíso. Noté cómo Henric me cogió de la mano y me la acarició. Está disfrutando de ver mi cara, pensé. Todos estábamos embelesados por el paisaje.

Decidimos almorzar. Henric y Adolf prepararon el pícnic. Rose y yo conversábamos amigablemente. Diana no dejaba de observarnos, en realidad nos estaba analizando, en concreto a mí. Estaba nerviosa. Nos interrumpió.

—Ana, querida, ¿pretendes volver algún día a España?

—Por el momento no, todavía no estoy preparada para regresar a mi hogar.

—¿Preparada? ¿Por qué tienes que estarlo?

—Sucedieron una serie de acontecimientos que todavía no he aceptado y no

he podido olvidar. —Se rio.

—Me gusta tu estilo, Ana. Eres discreta y dices solo lo que quieres. ¿Se puede saber cuáles son esos sucesos?

Henric salió en mi ayuda.

—Querida hermana, ¿no crees que estás siendo indiscreta? Si Ana no te lo ha dicho es porque no querrá contarlo. Ahora vámonos a comer.

Rose se levantó como un resorte y Diana la siguió, yo agradecí con mi mirada a Henric su comentario, él lo entendió.

Pasamos un día muy agradable, la vuelta se hizo más pesada y llegamos para la cena, todos estábamos cansados. Después de cenar nos fuimos a nuestros aposentos.

Yo esperaba con ansiedad que Henric apareciese por la habitación, necesitaba sus besos y saber que todavía seguía sintiendo por mí lo del día anterior.

Me desperté tarde. Llamaron a mi puerta, era Rose.

—¡Ana! ¡Ana! —Rose pasó a mi habitación—. ¿Todavía estás así? ¡Venga, vístete! Me ha dicho Henric que hoy nos vamos los tres a hacer la excursión por las grutas.

—Pero...

—¡Date prisa! Llévate el bikini y la toalla, nos vamos en el yate de la abuela. Ya no te da tiempo a desayunar, por dormilona.

Ante la insistencia de Rose me vestí con rapidez, en cinco minutos ya estaba lista, bajé las escaleras y en la entrada estaban esperándome Henric y Rose, ambos con una amplia sonrisa.

—Buenos días, Ana. Últimamente se te pegan las sábanas —dijo Henric con su típica risilla. Le miré con reproche.

Bajamos por las escaleras que conducían al pequeño embarcadero donde nos dejó el primer día el barco familiar. Rose se adelantó a nosotros y Henric aprovechó para agarrarme de la cintura y atraerme hacia él, me dio un beso inesperado lleno de pasión y de deseo, me ruboricé. Después seguimos

caminando al encuentro de Rose.

El yate era bastante grande, Henric lo conducía mientras Rose y yo nos tumbamos en la proa a tomar el sol. Hacía un día extraordinario.

—Ya hemos llegado —nos indicó una pequeña gruta entre las rocas—. Yo solía venir aquí mucho de joven, las llamaba las grutas de los inocentes, ya que en su día fueron muchos los que desconociendo el mar y la propia naturaleza se adentraron en ellas y, después, atrapados por las aguas marinas, les fue imposible salir de allí. Como veis, esta isla está llena de leyendas e historias.

Cogimos una pequeña barquita que llevaba el yate y nos adentramos dentro de esta. Jamás había visto ninguna por dentro y realmente era espectacular, el agua era tan azul que parecía tintada, limpia y cristalina, en su interior había pececillos pequeños asustados de nuestra visita. Las formaciones rocosas internas adornaban la gruta dándole un aspecto encantador, como si de un cuento se tratase. Nuestras voces hacían eco.

—Resulta un lugar estratégico para esconderte —comentó Rose.

—Sí, pero ya sabes que es peligroso, así que es mejor que no se te ocurran esas ideas, querida Rose —la reproché.

Pasado un tiempo volvimos al yate. Allí, en la playa estuvimos disfrutando de un día de sol y baño. Llegamos al atardecer.

—Por cierto —dijo Rose—, ¿no es hoy la gran fiesta de la familia Hens?

—Sí, es verdad —contestó Henric.

—¡Estamos invitados! No nos va a dar tiempo a arreglarnos.

—Bueno, Rose —contestó Henric—, no te preocupes, si llegamos más tarde nadie lo va a notar.

—Ana vendrá, ¿verdad, tío?

—No, querida —contesté—. A mí no me han invitado, esas fiestas son para las familias selectas de la zona...

—Claro que vendrá, Rose. —Le miré seria, no quería asistir a esa fiesta, me sentiría fuera de lugar—. Es mi acompañante —sentenció Henric.

—No creo que sea lo correcto, yo... —contesté.

—Tú serás la pareja de mi tío. —En ese momento Rose y Henric se miraron y se rieron.

Me hacía gracia observarles, en muchos rasgos de su carácter eran muy parecidos, se reían igual y en sus miradas había cierta complicidad entre ambos.

—Pero... ¿qué dirán tu madre y tu abuela, Rose? No lo permitirán.

Henric me tapó con suavidad los labios con su dedo índice.

—No te preocupes por ellas. Ponte guapa y solo piensa en divertirte —me dijo, sonriéndome con dulzura—. Además, mi madre no irá, así que solo te tienes que preocupar por Diana.

—Y ella —continuó hablando Rose—, estará tan centrada en los chismes con las señoras de la clase vip que no reparará en ti.

Estaba aturdida; por una parte deseaba ir a esa fiesta, sabía que la preparaba una de las familias más ricas de Capri y sentía curiosidad por ver la villa, una de las más lujosas de la isla; pero sabía que me iba a sentir fuera de lugar, al fin y al cabo yo no pertenecía a la misma clase social que ellos.

Me puse mi vestido azul, largo, de palabra de honor, era el único un poco más elegante que había traído.

Rose golpeó con insistencia mi puerta y, como solía hacer, la abrió con brusquedad sin esperar a que yo le autorizase a hacerlo.

—¡Vaya! Estás guapísima, Ana.

—Tú sí que estás guapa —le contesté.

Estaba muy bonita, llevaba un vestido color malva, de tirantes y bastante ajustado, le sentaba fenomenal, resaltaba su tez sonrosada y sus bonitos ojos verdes.

Bajamos las dos hasta la entrada, allí estaban todos esperándonos menos la abuela de Rose. Diana me miró con desprecio y de una forma altiva, no hizo

ningún comentario. Imaginé que no podía soportar que yo, una joven de clase inferior, fuera a ir con ellos, logró acomplejarme con su mirada en cuestión de unos segundos. Por suerte se subió en otro coche. Nosotras fuimos con Henric. El no dejaba de observarme, en cuanto encontró un hueco me susurró unas palabras al oído:

—Ana, estás preciosa. —Le sonreí.

—Tú tampoco estás nada mal, señor Windsor. —Le guiñé el ojo.

La villa era preciosa, coches lujosos se agolpaban a la entrada y varios aparcacoches se dedicaban a distribuirlos por el terreno de la finca destinado a ello. El jardín de la entrada estaba adornado con numerosas guirnaldas de flores de variados colores, todas ellas colgando de pequeños farolillos que iban iluminando tenuemente el camino de la entrada, en el centro de esta había una réplica en miniatura de la Fontana di Trevi.

Estaba impresionada ante tanto lujo, no estaba acostumbrada a este tipo de fiestas. Rose se reía al ver mi cara de asombro mientras Henric se ubicaba en medio de las dos y nos cogía a ambas del brazo.

La entrada estaba presidida por los señores de la villa, que nos saludaron con cordialidad. Nos guiaron hasta un gran salón. En un lateral existía una terraza muy espaciosa que daba a una bonita piscina y desde donde se podía ver el mar y el Monte Solaro iluminado. Todo resultaba espectacular y más para mí, una humilde profesora.

Comenzó el baile, los jóvenes danzaban y Henric, sin ningún tipo de reparos, me asió con fuerza de la mano y me llevó hasta la pista.

—No sé bailar esta danza, voy a hacer el ridículo —le dije.

—Mi querida Ana —se rio a carcajadas—, no temas, yo te guiaré, soy un buen bailarín y un estupendo profesor. —Me guiñó un ojo.

—No, Henric soy muy mala en este arte.

—¡Ja, ja, ja! No es un arte complicado.

—Voy a hacer el ridículo.

—¿Ridículo? Nadie te mira por que estés bailando, y si lo hacen es porque

les pareces muy bonita.

Dicho aquello me cogió de la cintura me atrajo hacia él y comenzó a guiarme en el baile.

—¿Sabes? —me susurró al oído—. En este momento soy la envidia de muchos hombres que te contemplan con deseo.

—No digas tonterías, Henric —le contesté.

—¿Por qué te valoras tan poco, Ana? Eres una mujer muy bonita, por dentro y por fuera, es normal que por tu físico atraigas, es más, a nadie le resultas inadvertida.

—Por favor, Henric, conseguirás ruborizarme.

—Quiero estar bailando toda la noche contigo. No pretendo separarme ni un segundo de ti —me dijo.

—Bueno, creo que no va a ser posible, ahí veo a tu amiga Fabiola mirándote con anhelo. Desea que finalice el baile para acercarse a ti.

Así fue, en cuanto acabó la música, Fabiola se aproximó a nosotros.

—Querido Henric, ya veo que sigues muy bien acompañado, pero estoy convencida de que a tu amiga no le importará que baile contigo unos segundos.

No dio tiempo a que contestáramos ninguno de los dos, cogió a Henric del brazo con decisión y se lo llevó al centro de la pista. Esa situación me disgustó, Henric no hizo ademán de separarse de ella, al contrario, se sentía cómodo, al menos eso es lo que parecía. Me disgustaba verles bailar. A Rose no la veía por ninguna parte, así que decidí salir a la terraza y contemplar el paisaje. Henric ni se percató de mi huida del salón, eso es lo que me pareció en ese momento.

Sabía que en la oscuridad de la terraza pasaría más inadvertida. Respiré en profundidad, allí en la soledad de la noche me dio por pensar lo que había evitado todo el tiempo que estuve con él. Sabía que estaba comprometido con otra mujer y que había planes de boda, así me lo confirmó Rose. Qué era yo para él, pensé. No paraba de convencerme a mí misma que él me amaba y, la verdad, él me lo hacía creer en todo momento, no quería separarse de mi lado

nunca, pero... hasta qué punto yo sabía que sus palabras y forma de actuar eran sinceras. Lo que no dejaba de pensar era en la posibilidad que yo fuese otro de sus caprichos, que en el momento que se cansase de mí me abandonaría con muy buenas palabras y me dejaría en mi miseria, enamorada de un hombre para el que nunca significué nada. No quería ser el segundo plato de nadie y tampoco el entretenimiento del heredero de los Windsor. Esos pensamientos me estaban amargando la velada. Estaba decidida a que no fuese así, me centré en los invitados que estaban en la terraza para apartar esos pensamientos de mi cabeza. No pude evitar observar a un joven que me analizaba con interés, aparté mi vista de él, disimulé. El hombre comenzó a aproximarse a mí, era alto, de complexión fuerte, rubio y atractivo.

—¡Hola! Perdona pero no he podido evitar mirarla. ¿Cómo es que a la mujer más bonita de la fiesta nunca la he visto por la isla? —No le respondí—. ¿Dónde se ha escondido durante todo este tiempo?

—Nunca he estado aquí —dije.

Deseaba que se fuese y me dejase sola, pero él no tenía ninguna intención.

—¡Ya decía yo! —sonrió—. Perdona mi descortesía, me llamo Mauricio. —Esperé a obtener una respuesta mía, pero al ver que yo permanecía en silencio comenzó a contarme historias del ejército—. Ahora estamos intranquilos por los conflictos que están sucediendo en Yugoslavia.

—¿Yugoslavia? —le pregunté

—Sí. —Me miró extrañado—. ¿Tiene familia allí?

—En realidad soy la profesora de español de Rose Windsor. Estoy invitada a pasar las vacaciones de verano para que la joven perfeccione su español. Trabajo en un colegio para señoritas en Yugoslavia —le contesté.

—Vaya, así que es la profesora de la pequeña de los Windsor —se rio—. Señorita...

—Mi nombre es Ana. ¿Le hace gracia mi comentario? —le respondí con seriedad.

—¡Claro que sí! En este círculo cerrado de aristócratas altivos y

fanfarrones con ganas de aparentar lo que no son, un toque de sinceridad resulta gracioso ya que es como encontrar un ratón en un nido de serpientes.

—¿Y usted? ¿Pertenece al nido de serpientes o al de ratones? —le increpé, estaba molesta por su risa y observaciones; además, me ponía nerviosa la forma en que me miraba.

—Bueno, pues yo nací en un nido de serpientes pero me encantan los ratoncitos. —Acercó su mano a la mía pero yo la retiré con rapidez—. Ana, eres una mujer bonita, seguro que Henric Windsor se ha dado cuenta de ello. Es imposible que *el gran conquistador* no haya reparado en tu belleza.

Cada vez estaba más próximo a mí, ese hombre me inquietaba, no me gustaba nada la forma en que me hablaba. Era poco respetuoso y bastante desagradable.

—Me va a disculpar, pero voy a volver al salón de baile, Rose debe estar buscándome.

—¿Rose o Henric? —Soltó una risotada, estaba bebido.

Yo hice ademán de marcharme pero él me sujetó con fuerza del brazo para impedírmelo, me hacía daño y empecé a forcejear, él se reía, aquello le divertía. Me atrajo hacia él pero yo luchaba por mantener las distancias. Henric vino a rescatarme de esa situación que empezaba a incomodarme. Retiró con fuerza su mano de mi brazo y le empujó contra una de las butacas cercanas, cayó sobre estas, estaba sorprendido.

—Creo, Mauricio, que te has excedido. Debes una disculpa a la joven por tu comportamiento.

Mauricio se levantó con una ligera sonrisa en los labios y haciendo una reverencia se disculpó.

—Perdóneme, *milady*, la bebida hace que me comporte como un auténtico bruto. — Acto seguido se marchó hacia la zona de la piscina.

Henric se giró para observarme, estaba serio.

—¿Estás bien, Ana? ¿Te ha hecho daño ese impresentable? —dijo con un tono de preocupación.

—No, no me ha hecho daño, estaba bebido y se ha descontrolado —le dije quitándole importancia, pero la verdad es que me había asustado por su reacción.

—Tienes que alejarte de ese hombre siempre que le veas, le gusta armar broncas y siempre está metido en todas las peleas. Además, tiene mala fama entre las mujeres.

—Ya me he dado cuenta.

—Está visto que en cuanto te pierdo un momento de vista te acercas a los más indeseables —dijo sonriéndome, mientras me agarraba con ternura por los hombros y me atraía hacia él—. ¡Te quiero tanto! Si alguien te hace daño no sé lo que sería capaz de hacer. —Me acarició la mejilla con suavidad y me besó con ternura.

—Henric —le dije mientras me apartaba de él con lentitud—, nos van a ver, eres muy impulsivo y un día...

Me tapó los labios con su mano y después me volvió a besar.

—Me da igual que nos vean, estoy harto de esconderme y ocultar mis sentimientos, te quiero, estoy enamorado de ti y quiero que se enteren todos.

Fuimos hacia el salón en busca de Rose, no la habíamos visto durante toda la noche y ya la echábamos de menos. Ella apareció por la zona de la piscina, justo a la hora que nos teníamos que marchar, tenía las mejillas sonrojadas, y estaba muy contenta y diferente. Henric también lo percibió, hizo una mueca cogió a su sobrina del brazo y cuando estuvimos en el coche la interrogó. Me hacía gracia esa preocupación que tenía hacia la joven, era como si la quisiera proteger de las maravillas del amor.

—¿Dónde has estado toda la noche? No te he visto por ningún sitio —preguntó Henric—. Rose titubeó, no sabía qué decir.

—He estado con la señora Albin en la zona de la piscina.

—Pues habéis estado muy escondidas porque no se te ha visto el pelo.

Rose no le replicó, estaba en su mundo, miraba por la ventana del coche a un punto indefinido, con una gran sonrisa en su rostro.

Cuando llegamos a la casa, Henric se despidió de mí y ya no le volví a ver en toda la noche, en el fondo esperaba y deseaba que viniese a buscarme a mi habitación, me apetecía estar con él, la despedida había sido muy fría para lo que él me había acostumbrado. Me tumbé en la cama, apenas pude conciliar el sueño. A la mañana siguiente estaba en la misma posición en la que me había acostado de madrugada, mi primer pensamiento fue Henric, estaba nerviosa. Era más temprano que en otras ocasiones. Bajé a desayunar, en el comedor solo estaba Diana tomándose su té con leche. Me observaba con mucho interés.

—Hoy ha madrugado. La verdad es que después de la hora a la que llegamos ayer no me esperaba a nadie en el desayuno.

—Sí, me costaba continuar durmiendo, así que he pensado que la mejor opción era bajar a desayunar.

—Yo tampoco podía conciliar el sueño y más después de lo ocurrido con Henric.

—¿Henric? —pregunté. Diana me miró con interés y pensé que sabía lo nuestro.

—Sí, ¿no se lo dijo él? —Aquella pregunta iba con intención.

—¿El? ¿Qué me tenía que haber dicho?

—No se ponga a la defensiva, querida Ana. Como últimamente se llevan tan bien... pensé que se lo había comentado antes de marcharse.

Intenté que no se me notase mi incertidumbre e inquietud por saber más. Diana no tardó en desvelarme lo sucedido.

—Ayer por la noche, de regreso de la fiesta, le estaba esperando un telegrama de su futuro suegro. Su prometida, Lili, ha intentado suicidarse y está muy grave, además le informaba de que la situación política en Yugoslavia se estaba descontrolando. Todo eso le preocupó y se marchó esta madrugada para regresar a Londres. Por cierto, me resulta curioso, pero me ha dejado una carta para que se la diese. —Diana introdujo la mano en el bolsillo de sus pantalones de lino blancos y extrajo un sobre, me lo dio, no sin antes

hacerme un comentario que me reveló lo que sospechaba, intuía que éramos algo más que amigos—. Querida Ana, no sé lo que le explica Henric en esa carta, pero no se ilusione con él, es un conquistador, siempre ha tenido muchas amigas de las que se ha enamorado durante un tiempo y, después, con mucha cortesía las ha abandonado, se encapricha con facilidad de mujeres bonitas. En cuanto finalice el verano él se casará con su prometida, no la abandonará, su padre es un político y aristócrata muy influyente, y a él, créame, su futuro profesional le importa más que una mujer. Le conozco y es capaz de olvidarse del amor por tener un hueco en la política, hágame caso y olvídense lo antes posible de él.

Dicho esto se marchó. Allí me dejó, sumida en una tristeza muy profunda con ganas de retroceder en el tiempo y cambiar el viaje a Capri por París con Monique, ¡cuánto la echaba de menos en aquel momento! Era capaz de contagiarme siempre su alegría. Cogí la carta con firmeza y me fui a la playa donde Rose me explicó que apareció el cuerpo muerto de Anne. Me senté en la arena y, mientras las lágrimas recorrían mi rostro, abrí con lentitud el sobre.

Querida Ana:

Ha surgido un imprevisto, tengo que marcharme con urgencia a Londres.

Perdóname por no haberme despedido como solo tú te mereces, pero la gravedad y urgencia del asunto así lo reclaman.

Disfruta los días que te quedan de estar en Capri.

Nos veremos pronto.

Te quiere,

Henric

La carta me dejó peor, estaba claro que yo solo era un entretenimiento. Debía olvidarme de él tal y como me había dicho Diana, pero sabía que eso ya iba a ser imposible, le amaba, estaba enamorada de él y la pena tan grande que

sentía en mi pecho era muy difícil de curar. Quería llorar, gritar con todas mis fuerzas, entonces la voz de Rose me sorprendió.

—¡Ana! ¡Ana!

Me limpié con disimulo las lágrimas que habían mojado mi rostro, ella no podía notar nada.

—¿Qué haces aquí a estas horas? Es muy pronto. Marcela me dijo que te había visto venir en esta dirección. Tengo que contarte una experiencia.

Al principio prestaba poca atención a Rose hasta que empezó a relatarme algo que me preocupó.

—Ayer conocí a un hombre maravilloso, no vi a mi tío ni tampoco a ti, así que salí a la zona de la piscina, me senté en una butaca alejada de la multitud. Estuve mirando las estrellas, la luna, ¡la noche era tan bonita! En mitad de la oscuridad él apareció, estaba serio, como enfadado, por eso me fijé en él, pero me pareció ¡tan atractivo! Fue entonces cuando me miró y no supe qué hacer, así que desvié la mirada, entonces vi por el rabillo del ojo cómo se acercaba a mí, y sin darme cuenta estaba muy próximo al lugar donde me encontraba. Mi corazón latía con celeridad. Empezó a hablarme, a decirme lo bonita que era y muchas más cosas, me encontraba muy a gusto hablando con él, hubo un momento en el que me acarició la mano y después, sin saber cómo ni cuándo ya nos estábamos besando. ¡Es maravilloso!

—La verdad que sí que lo es —le dije a Rose alegrándome por ella, se la veía radiante—. No vi a ningún joven como tú en la fiesta, debía ser de los pocos que había anoche.

—¡No! —me respondió riéndose—. Mauricio tendrá la edad de mi tío.

—¿Mauricio? —No podía ser él mismo, en ese momento sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Le conoces? —me preguntó con curiosidad.

—Sí, creo que sí, y para serte sincera pienso que es muy mayor para ti, además; él ha tenido ya muchas aventuras con mujeres. Tú necesitas conocer a un joven de tu edad.

—¿Para qué? —me preguntó con gran tristeza—. ¿Para después casarme con un hombre al que no conozco de nada? No me importa que sea mayor que yo, tampoco que tenga muchas tablas en el terreno sentimental, a mí me gusta y le voy a volver a ver. Venía a decirte que si me acompañabas a montar a caballo con Mauricio, pero ya veo que no te gusta la idea de que me sienta feliz y enamorada.

—¡No es eso! —intenté calmarla, pero estaba tan rabiosa por mi comentario que ni me escuchó, se levantó con agilidad y se marchó—. ¿Rose? —grité—. ¡Solo quiero lo mejor para ti! ¡Vuelve, hablaremos!

En ese momento eché de menos a Henric, deseaba que estuviese conmigo, seguro que él hubiese solucionado este asunto. Hablaría con Mauricio para prohibirle que viese a Rose, temía por ella. Aunque no me apetecía nada ir con ellos porque aquel hombre me inquietaba, decidí acompañarla para protegerla de las malas intenciones de él.

Busqué a Rose por todas partes, no la vi, no sabía por dónde se había metido, fui a las cuadras temiéndome lo peor.

—Hola, Adrián, ¿has visto a Rose?

—Sí —me contestó—, ha tomado a su yegua y ha dicho que se iba a dar un paseo.

Estaba preocupada por ella, sabía que se había ido con ese impresentable. Decidí subir a mi habitación, estaba triste por lo de Henric y preocupada por lo de Rose, así que decidí leer el libro que tomé de la biblioteca para que distrajesse mi mente.

Lo cogí del armario y fui tan torpe que se me cayó nada más tocarlo, temía que se hubiese roto la tapa o algunas páginas interiores, pero lo que me encontré al cogerlo fueron unas hojas de papel escondidas por el lateral de este, estaban guardadas en la tapa interior del mismo y cosidas bajo una fina tela. Sentí curiosidad por esas hojas escritas con letra infantil, leí con interés y con dificultad lo que ponía en la página principal, ya que tanto la tinta como el propio papel estaban desgastados por el paso del tiempo:

Mi diario, Anne Windsor.

Me quedé pálida, era el diario de la joven del cuadro, de la muchacha que encontraron muerta en la playa. Las manos me temblaban, me senté en la cama y pasé la primera página:

Querido diario, puesto que no importo a ningún miembro de mi familia y no puedo hablar con ninguno de ellos, ya que me ignoran como se ignoran entre ellos, he decidido hacer lo que me ha dicho mi niñera Mon, escribir un diario. Al menos para desahogarme y poder contar mis pensamientos, sentimientos y todo lo que me apetezca.

1 de junio

Acabo de llegar a Capri, ya estoy de vacaciones, pero para mí venir aquí es más una cárcel que descanso. Mi madre está constantemente recriminándome aptitudes mías que le disgustan. Siempre que nos vemos, que es en pocas ocasiones, estamos discutiendo, no la soporto, es más, la odio. No deja de recordarme que voy a ser la esposa de sir Winder, un hombre muy mayor, viudo y con cinco hijos, el más pequeño es de mi edad. No quiero casarme con él y no lo voy a hacer, ya le he dicho a Mon que cuando llegue el momento voy a marcharme a tierras lejanas, tengo algo de dinero ahorrado y lo haré. Mon ha dicho que se vendría conmigo, pues ella nunca me abandonaría. Ella es como mi madre, la quiero mucho.

Ya lo tenemos todo planeado, ella dirá que yo soy su hija y nos vamos a buscar fortuna a Australia, diremos que es viuda, su marido le dejó algo de dinero y queremos emprender una nueva vida. Nos divertimos mucho mientras hablamos de nuestra huida.

El caso es que Mon no ha podido venir en esta ocasión a Capri, vendrá unas semanas más tarde. ¡Cuánto la echo de menos!

2 de junio

Hoy he bajado a la playa. Mi madre no quería que fuese, pues, como dice ella, una señorita decente nunca debe estar sola, pero yo no le he hecho caso, sé que cuando regrese me castigará a no salir de mi habitación pero me da igual, necesitaba respirar aire puro, notar la brisa del mar sobre mi rostro, contemplar las olas y sentarme en la arena. Estaba observando las aguas cristalinas cuando he visto al chico de las cuerdas, la verdad es que no sé cómo se llama, estaba montando a uno de nuestros caballos. ¿Cómo nunca me he fijado en él? ¡Es muy atractivo! Él también se ha percatado de mi presencia, sabe quién soy y enseguida ha bajado la mirada. Yo me he levantado y he ido hacia él, hemos estado charlando, me ha dicho que se llama Fabio y vive en Capri. Mañana me va a llevar a un lugar poco conocido por los veraneantes, iremos a caballo. No sé cómo voy a engañar a mi madre y a ese odioso pintor. Les diré a ambos que me encuentro mareada o algo similar, ya me inventaré una excusa.

Quedaré con el pintor por la tarde. No lo soporto, está haciéndome un retrato, me mira de una forma extraña, y no sé cómo se las apaña para acercarse demasiado a mí y rozar su mano contra la mía, siento repulsión hacia él.

3 de junio

Estoy enamorada de Fabio. Hoy mentí a mi madre y a ese odioso pintor y me marché con él. Me llevó a un lugar encantador desde donde se veía todo Capri. Estuvimos hablando y nos divertimos mucho. Me he sentido muy a gusto con él y con sus explicaciones sobre la isla. Deseaba tanto que me besaría... Estoy impaciente por verle mañana, me va a llevar a una playa que está aquí cerca, dice que lo más singular de ella es que hay dos rocas en la orilla que parecen dos amantes.

Lo peor del día ha sido ese pintor, ya no solo se acerca demasiado a mí y se toma ciertas ligerezas, sino que hoy me ha dicho que nunca antes había visto a una joven tan bella como yo. Le he cortado enseguida, he cambiado de tema, pero él seguía hablando de mí como si pretendiera declararse o, al menos, esa es la impresión que me ha dado. Tengo que evitar volver a estar sola con él, me vigila constantemente y eso me pone muy nerviosa.

Dejé de leer, era muy tarde y todavía no había vuelto Rose, escuché un ruido por el pasillo y decidí ver si era ella. Ví que entraba en su habitación, estaba dispuesta a hablar con ella, estaba preocupada.

—¿Rose? ¿Puedo entrar? —dije en voz baja.

—Sí, entra, por favor.

—Has llegado muy tarde, estaba intranquila.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí, Ana?

—Desde que has empezado a formar parte de mi vida, Rose. Te quiero, y no soportaría que te pasase nada malo. Es normal que te preocupes por las personas a las que tienes cariño —le dije.

—Perdona, Ana, tienes razón.

—¿Qué tal tu cita? —le pregunté.

—¡Muy bien! Creo que estoy enamorada de él. Deseaba tanto que me besase y al final... lo ha hecho, ha sido maravilloso.

Rose me relató toda su tarde con Mauricio, estaba fascinada por él, se la notaba en la mirada y en su manera de actuar. Yo estaba asustada, no sabía qué hacer. Decidí que lo mejor era tenerla de mi lado, así sabría en todo momento dónde estaba. Intentaría acompañarles a todas partes. Echaba de menos a Henric, él cortaría de un plumazo su relación. Decidí que debía hablar con Mauricio, asunto que me irritaba y me ponía tensa, pero pensaba que era lo mejor, aunque no sabía cómo orientarlo. Estaba claro que para él Rose era un capricho, como yo fui para Henric.

A la mañana siguiente acompañé a Rose a la playa, ahí estaba él, con su

semblante altivo. Miró sorprendido, estaba claro que no me esperaba, pero su cara no fue de disgusto, al contrario, pensé que le divertía la situación.

—¡Vaya! —dijo, mirándome con una amplia sonrisa—. Si es la profesora de español.

—¿La conoces? —preguntó sorprendida la joven.

—Sí —le contesté—, nos vimos en la fiesta.

—Así es —respondió Mauricio—, mantuvimos una conversación breve pero intensa. —Me miraba de una manera desafiante.

—Pues mejor, así me ahorro las presentaciones.

Rose estaba tan entusiasmada por aquel hombre que ni siquiera se daba cuenta de lo farsante que era, tenía que hacer algo antes de que ocurriera una tragedia.

—Dentro de una semana volvemos al internado —comentó Rose.

—Y yo —dijo él mientras la miraba— estaré muy cerca para poder seguir viéndonos. —Su comentario entusiasmó a la joven—. Aunque las cosas por Yugoslavia no están muy bien.

—¿A qué se refiere? —le pregunté.

—Están produciéndose muchos disturbios, los serbios quieren el poder, los croatas la independencia. Ha habido bastantes brotes violentos por el país, la situación es bastante preocupante. Europa teme que esto desemboque en una guerra.

—¡Una guerra! —exclamé.

—Sí, todo apunta a que es muy probable, aunque no os preocupéis, señoritas, antes de que eso suceda ya estaréis fuera del país. Por el momento existen algunos conflictos pero se están apaciguando y no hay por qué inquietarse.

Rose cambió de tema, aquello le aburría, prefería hablar de otras cosas; pero yo estaba preocupada, sus palabras me habían intranquilizado. ¡Una guerra!, pensé. Echaba de menos a mi tío y a Monique, deseaba intercambiar pareceres sobre ese asunto. El resto de la mañana estuvimos en la playa.

Aproveché un momento, probablemente el único que se me presentaría, en el que Rose estaba bañándose en el mar para hablar con Mauricio.

—Tenía ganas de mantener una conversación a solas con usted —le dije.

—Por favor, Ana, no me llames de usted, creo que ya nos conocemos lo suficiente como para tutearnos. —Su mirada y la forma de tratarme me irritaba.

—Ambos sabemos —continué— que el interés que usted pueda tener por Rose es simplemente un capricho de una noche. Le voy a ser sincera, por el bien de ella y el de usted deje esta farsa y deje a la niña tranquila.

—¡Vaya, vaya, con la profesora! Me está dando órdenes... Pues déjame decirte, querida Ana, que no voy a hacerte caso, esa chiquilla me atrae bastante, me gusta estar con ella, tú ya me entiendes. —Me guiñó un ojo.

Sus palabras y la expresión de su mirada me hicieron temblar, sabía a lo que se refería. Una joven sin experiencia en temas del amor le gustaba bastante a ese tipo de sátiros.

—No, no es una orden, está claro que usted hará lo que le conviene, pero creo que no le interesará que la madre de Rose y su abuela se enteren de que ella está manteniendo un romance con usted. —Me miró con seriedad, había captado su atención—. Ya sabe que Rose está comprometida desde hace mucho tiempo con un gran político, es más, en breve contraerá matrimonio con él. A ellos al igual que a la familia de la joven este romance les causaría un gran problema y preocupación, y quién sabe, a lo mejor le obligan a ciertas cosas que no sean de su agrado. Usted sabe el poder de su familia, y yo le aseguro que el de su prometido es aún mayor.

—¿Y cómo se enterarían, querida Ana? ¿Se lo diría usted? —dijo en tono de burla.

—Si es necesario sí —le dije con rotundidad. Rose nos interrumpió, llegaba empapada, cogió la toalla y se secó.

—Ya veo que estáis de confianzas.

Esa noche llamaron a mi habitación, y como siempre que era Rose, entró sin

esperar a que yo le dijese algo desde el otro lado de la puerta. Estaba llorando, triste. Temí que aquel impresentable le hubiese hecho daño.

—¿Qué te pasa Rose? ¿Te ha hecho daño Mauricio? ¿Se ha aprovechado de ti?

Rose tenía lágrimas en sus ojos. No podía hablar. Me tendió la mano, en ella llevaba un papel. Lo tomé y leí.

Querida Rose:

He recibido malas noticias de Londres, asuntos familiares. He de marcharme hoy mismo. Te ruego que me perdones por no poder despedirme de ti personalmente. Siempre te recordaré.

Tuyo, siempre.

Mauricio.

Suspiré, mis palabras habían surtido efecto. Miré a Rose y le abracé.

Cuando Rose se marchó a su habitación me sentía abatida por todos los acontecimientos que habían sucedido durante el día. Me acordé del diario y retomé la lectura.

20 de junio

Hace mucho que no escribo en mi diario, han sucedido muchas cosas en el transcurso de todos estos días. Fabio... es increíble, maravilloso, pasamos muchos momentos juntos pero siempre a escondidas, huyendo de todo el mundo en especial de mi familia. Por otro lado está ese pintor, me vigila constantemente, hoy ha pretendido otra vez besarme, me he apartado de él furiosa, no se ha disculpado, lo único que ha hecho es sonreírme.

24 de junio

Hoy no he visto a Fabio, estoy triste por ello. He tenido una discusión muy fuerte con mi madre, me ha llamado para, según ella, charlar conmigo, pero el único objetivo era poner fecha a mi boda. Me he enfrentado a ella, le he dicho que jamás me casaría con ese hombre, ella me ha amenazado con que me desheredaría pero yo la he respondido que me da igual, después me ha abofeteado con fuerza. No he derramado ni una sola lágrima; es más, le he dicho que estaba enamorada de otro hombre. Después me he marchado.

Estoy triste. Necesito ver a Fabio.

25 de junio

Hoy tampoco he visto a Fabio. El mozo de las cuadras me ha dicho que mi madre lo ha despedido, y todo ha sido por culpa mía.

26 de junio

Hoy he visto a Fabio. Mientras el pintor terminaba mi retrato él estaba en el jardín, esperándome, escondido entre los arbustos. He tenido que disimular mi alegría y fingir que necesitaba salir al jardín a respirar porque me ahogaba. Nos hemos besado, el reencuentro ha sido muy bonito. Voy a huir con él. Lo tenemos todo planeado. Fabio me va a esperar donde hoy, entre los arbustos; después de la sesión con el pintor bajaré a reunirme con él. He decidido llevarme los brillantes que mi abuela me regaló en mi último cumpleaños, seguro que vamos a necesitar dinero.

Debo disimular mi felicidad, mi madre me observa.

Hoy he notado algo extraño, cuando Fabio se ha ido me he quedado un rato más en el jardín, los árboles ocultaban mi presencia, en ese momento he escuchado pasos y voces, me he acercado para ver de quiénes se trataba. Me he sorprendido al ver al pintor hablando con mi

madre, él la hablaba con desprecio, discutían sobre algo que no alcanzaba a entender con claridad, la agarró con fuerza de los brazos y la zarandeó con violencia, mi madre le suplicaba, pero él, frío y sin ningún sentimiento hacia ella ni respeto, se marchó dejándola postrada en el suelo, llorando, triste. No quería que me viese, me oculté aún más entre los árboles. En ese momento observé que ella tenía una llave que miraba con interés, esta era de color negro, me resultó muy familiar, la forma de la llave... ¿dónde la he visto? Sé que tarde o temprano lo recordaré. Me fijé que la llave tenía un símbolo que jamás olvidaría, un trébol azul. Había escuchado hablar mucho sobre el significado de este entre las doncellas, decían que era la insignia de los rituales de magia oscura, aquellos en los que se invocaba el mal. Cada vez que entre ellas mencionaban al trébol azul se santiguaban tres veces y huían despavoridas del lugar donde estaban.

La luz que penetraba por los ventanales del balcón me despertó, era tarde, me incorporé con rapidez, provocando que las hojas del diario que reposaban sobre mi pecho cayesen a un lado de la cama. Me había quedado dormida leyendo. Las agrupé y guardé en el interior del libro, que escondí después en el armario. Me vestí con rapidez. Se escuchaba mucho silencio en la casa, tan solo se oía el trinar de las gaviotas. Bajé las escaleras y me quedé observando el retrato de Anne, lo analicé con interés, la mirada de la joven era viva, parecía muy real, era el reflejo de sus sentimientos, su alma. La expresión de sus ojos era de tristeza. El pintor debió hacer primero ese retrato y a posteriori el que estaba en Siaten. La imagen retratada era tan real que incluso, en ese momento, tenía la sensación de que ella me quería decir algo con su mirada. Estaba tan centrada en el cuadro que no me percaté de que no estaba sola.

—Ella trajo la desgracia a esta familia. —Me giré con brusquedad, asustada. Era Alice.

—Se la ve triste —dije.

—La muerte y el mal siempre estuvieron con ella —dijo Alice sin dejar de mirar el cuadro.

—¿Por qué dice eso, Alice?

—Su muerte marcó la vida de los Windsor y la de los habitantes de esta isla. Ella venía del mal. —Guardó unos segundos de silencio—. Su espíritu sigue vagando por la playa en donde se encontró su cuerpo. Todas las desgracias de esta isla se deben a ellos. —Alice me ponía nerviosa.

—¿Ellos? ¿Se refiere a los Windsor? —No me respondió, clavó su mirada en la mía y se marchó hacia la planta superior.

Busqué a Rose, estaba en la piscina tomando el sol. En cuanto me vio se incorporó con agilidad y vino a mi encuentro.

—Ha llamado mi tío y ha preguntado por ti, pero como te levantas tan tarde... —Me observaba con una amplia sonrisa en su rostro.

—Me quedé leyendo hasta muy tarde —disimulé—. ¿Qué te ha dicho tu tío...?

—Quería hablar contigo. Llamará por la noche.

—¡Ah!

—¿Ah? ¿Eso es lo único que vas a decir? —dijo Rose.

—¿Y qué quieres que diga?

—Pues... por ejemplo qué es lo que hay entre mi tío y tú. —No pude disimular mi asombro, me puse nerviosa.

—¿Qué insinúas, jovencita?

—Lo sabes, Ana. Os he observado y sé que a mi tío le gustas y a ti él también.

—Eso son imaginaciones tuyas, Rose.

—¡Ja, ja, ja! Disimulas muy mal. —Cambié de tema:

—Rose, te voy a pedir un favor. ¿Tú sabes dónde se pintó el retrato de tu antepasada Anne? —Sabía que había cambiado de conversación adrede.

—Claro, esa habitación está cerrada desde que ella murió. Nadie la ha ocupado, ni se ha usado para otros menesteres, permanece tal cual estaba.

Cuando su cuerpo apareció sin vida en la playa se corrió el rumor entre la servidumbre que su espíritu permanecía vivo en la sala de pintura.

—¿Me podrías llevar hasta ese lugar? —La expresión de Rose cambió, se tornó seria.

—Nadie ha entrado allí, Ana. Las doncellas limpian el polvo una vez al mes y salen siempre asustadas, como si hubieran visto a un fantasma.

—Pero eso son tonterías, jovencita. Bueno, tú solo acompáñame.

—Está bien, pero yo no entraré contigo. —La noté nerviosa. Asentí—. Y después me tienes que contar lo que hay entre mi tío y tú.

—No hay nada, ya te lo he dicho —disimulé muy mal.

La sala estaba en la última planta, al final del pasillo. Rose me indicó dónde era y se marchó tal y como me dijo. Me acerqué a la puerta, la abrí con sigilo y me adentré en la sala, avancé unos pasos y la puerta se cerró de golpe, di un respingo y me giré con rapidez, me había asustado del portazo. Respiré para tranquilizarme. «Aquí no hay nadie, no tengo por qué tener miedo», hablaba sola. La sala estaba muy iluminada, había grandes ventanales con vistas al jardín. Avancé con lentitud, tenía la sensación de que ella estaba allí, próxima a mí, queriéndome decir lo que ocurrió en su vida. Podía imaginar el lugar donde el pintor se sentaba con su caballete, le veía a él, me le imaginaba un hombre sórdido, de tez pálida y mirada obscena; y a ella, quien posaba con paciencia deseando que terminase la sesión para poder reunirse con Fabio, que la observaba desde el jardín. Intuía que Anne tenía miedo a ese hombre. Sentí un escalofrío y noté una ráfaga de aire frío, observé en la sala pero las ventanas estaban cerradas y la puerta no se había abierto, respiré para tranquilizarme. La madera rechinaba conforme avanzaba por la estancia. Había un caballete apoyado sobre la pared y un taburete de madera. Me acerqué, toqué los bordes del soporte, observé los pinceles colocados de manera desordenada en el suelo, así como la paleta de colores, sucia, de un color indefinido. Daba la sensación de que el pintor se hubiese marchado de ese lugar con rapidez. Cogí los pinceles para colocarlos sobre el taburete e

hice lo mismo con la paleta de colores. En ese momento me sorprendí, ya que bajo este objeto había un pañuelo de mujer sucio por el paso de los años, el color era marrón, pero podría haber sido sangre en su día. ¿Cómo es que después de tanto tiempo nadie ha entrado en la estancia y se ha deshecho de todos esos objetos?, pensé. No lo entendía. Cogí el pañuelo, lo observé, tenía gravadas dos iniciales: *TA*. Lo coloqué debajo de los utensilios de trabajo del pintor. Volví a centrar mi atención en el caballete, entonces lo vi, en uno de los laterales también estaban gravadas las iniciales *TA*. ¿Qué significará *TA*?, pensé. Observé los ventanales desde ese lugar, me dirigí allí, pero en ese momento sentí como si no estuviera sola, me giré con rapidez en dirección hacia la puerta, esta seguía cerrada. Estaba incómoda, las maderas rechinaban sin yo dar ningún paso, el miedo empezó a apoderarse de mí y decidí marcharme e ir otro día.

Estuve esperando la llamada de Henric pero esa noche no sonó el teléfono. Clare me observaba desde la sala de la biblioteca. Cuando desistí en esperar más a la llamada, me levanté con intención de irme a mi habitación pero ella quería conversar conmigo.

—Por favor, Ana, me gustaría hablar con usted. Acérquese y siéntese frente a mí. —Obedecí, pero no me apetecía mantener una charla con ella. Estaba pálida, su salud no había mejorado, seguía encontrándose mal—. ¿Por qué no está Rose con usted? Hoy he echado en falta a mi nieta a la hora de la cena.

—Esta mañana estaba en la piscina, pero después se encontraba indispuesta. —Tenía un fuerte dolor de cabeza y mal cuerpo, así que llevaba prácticamente todo el día encerrada en su habitación.

—Sí, me lo dijo Alice. ¿Sabe usted si está triste por la partida de sus padres a Londres? —La verdad es que yo no sabía que se habían marchado, no había reparado en ello, aunque me extrañó no verles en todo el día.

—Lo lamento, no sabía que sus padres se habían ido, aunque ella no me lo mencionó. Hablaré con Rose mañana e intentaré sacar el tema.

—Se lo agradezco, es una joven muy reservada, solo tiene confianza con

Henric y ahora con usted. ¿Y dónde ha estado usted durante la mañana? Tampoco la he visto. —Decidí sacar el tema de la sala de pintura, quizás ella sabría más acerca de su antepasada.

—He estado en la planta de arriba, en la sala donde se pintó el retrato de su antepasada, Anne. —Su expresión cambió, se puso seria y apenas pestañeaba.

—Nadie puede pasar a esa habitación.

—Disculpe, no lo sabía, pero sentía curiosidad.

—Esa habitación está maldita.

—¿Maldita? —pregunté con la intención de que siguiese hablando.

—Cuando Anne apareció muerta su madre ordenó que no se tocara esa habitación y que nadie entrara allí. Desde entonces las doncellas que iban a limpiarla escuchaban ruidos extraños. Yo misma de pequeña oía ruidos en la planta superior todas las noches, el último piso no está ocupado por nadie, permanece aislado del resto, pero yo escuchaba sonidos extraños, al igual que otros familiares míos.

—Pero... lo que no entiendo es cómo nunca se han deshecho de los objetos que hay allí.

—Todo permanece tal cual estaba, esa fue la voluntad de la madre de Anne, decisión que se ha respetado de generación tras generación. Tampoco venimos tanto a Capri. Cuando yo era joven pasábamos largas temporadas aquí, pero cuando me casé solo visitábamos Capri durante las vacaciones de verano, y, la verdad, había tantos entretenimientos que no reparábamos en la sala del pintor. ¿Por qué el retrato despierta tanto interés para usted?

—Es su mirada, es tan real... A veces tengo la sensación de que la verdad se esconde en los ojos de Anne.

—Lo mejor es que se olvide de ese asunto. Nunca se supo cuál fue la verdadera causa de su muerte. El cuerpo que apareció en la playa estaba desfigurado y no pudieron identificarla, lo único que confirmó que se trataba de mi antepasada fue un colgante que llevaba puesto y que le había regalado su madre. Todo lo que rodea a la muerte de Anne es un misterio, jamás nadie

sabr  la verdad. Solo ella, y se lo llevó a la tumba. Bueno, querida, es muy tarde y una anciana como yo necesita ya descansar. No me encuentro muy bien.

Me despert  en mitad de la noche, sudando, asustada por la pesadilla que acababa de tener: Subí las escaleras despacio hasta la sala donde fue retratada Anne, era de noche y tenía mucho frío, sentía la humedad penetrar en mis huesos. La puerta de la sala estaba semiabierta, y conforme yo me acercaba se iba abriendo más. Entr  y esta se cerró de golpe, tenía miedo, pero en el interior no había nadie. Anduve hasta el lugar donde había dejado el pañuelo manchado con lo que yo intuía era sangre, lo cogí, en ese momento escuch  decir mi nombre, me gir , asustada, y all  estaba ella, frente a mí, con su tez pálida, su mirada perdida, vestida de blanco. De repente se puso más cerca de mí, podía sentir el frío que desprendía su cuerpo, acercó su rostro al mío y me susurr : « m rame!».

Había sido tan real... Esa palabra estaba gravada en mi mente. «Mírame», repetí. Estaba asustada, observ  mi habitación y encend  con rapidez la luz de la mesilla de noche. Tard  en tranquilizarme y convencerme de que solo había sido un sueño, pero ya era imposible seguir durmiendo, me había desvelado, así que decidí continuar con la lectura del diario.

27 de junio

Ha sucedido algo extraño, cuando he ido a coger mi diario, este estaba ubicado en otro sitio; es como si alguien lo hubiese abierto y colocado de manera distinta a como yo lo hago. Se lo he contado a Fabio, él cree que son alucinaciones mías, aunque yo estoy segura de que alguien ha estado en mi habitación, tengo que buscar otro escondite para mi diario.

Mon sigue sin venir. Estoy preocupada por ella, recibí una carta suya en la que me decía que partía para reunirse conmigo. Han pasado demasiados días, ya debería estar aquí. La echo de menos.

28 de junio

Mañana nos vamos.

29 de junio

Ha sido él, el pintor vio y leyó mi diario, le odio. Fabio estaba esperándome entre los arbustos mientras me retrataba, yo llevaba en mi mano la pequeña bolsita de brillantes. Estaba deseando que la sesión finalizase, pero justo en ese momento ha aparecido mi madre, me ha contado que sabía lo que iba a hacer y él, ese horrible hombre, me ha confirmado mis sospechas, él leyó mi diario y se lo relató todo a ella. Mi madre me ha encerrado en mi habitación. Fabio...

30 de junio

He vuelto a tener otro enfrentamiento fuerte con mi madre. Me ha dicho que le dijo a Fabio que si se marchaba de Capri y se olvidaba de mí le daría bastante dinero para vivir como un señor, él ha cogido lo que ella le ha ofrecido. Estoy triste... Cómo me ha podido traicionar así, yo le amo y él... Todo ha sido una mentira.

Necesitaba salir al jardín y llorar sin que nadie me viese, pero no estaba sola, otra vez he encontrado a mi madre discutiendo con el pintor, he escuchado que por la noche ella acudiría al Monte Solaro, ¿por qué mi madre irá allí? He decidido que la voy a seguir.

1 de julio

No he podido dormir en toda la noche. Son las seis de la madrugada y necesito escribir todo lo que ha pasado. Estoy muy asustada y no doy crédito a lo que he visto. Seguí a mi madre, iba sola, con una capa

oscura a pesar del calor de la noche, andaba con rapidez subiendo con dificultad el camino que lleva a Monte Solaro. Conforme nos acercábamos al monte, yo a cierta distancia de ella para no ser descubierta, vi las hogueras que había en la cima. Me quedé escondida entre la vegetación, observando. Había unas trece personas, todas ellas con capas negras y ocultos sus rostros con las capuchas. Me percaté de que en todas las capas había bordado un trébol azul. Doce de ellos se disponían en semicírculo alrededor del fuego. En el centro, junto a la hoguera se encontraba el decimotercero, portaba una caja de madera, mi madre se acercó a él mientras los demás hacían un ritual con sus manos dibujando símbolos en el aire. Mi madre extendió una de sus manos y le dio la llave que yo había visto. Este abrió la caja y extrajo un puñal, dándoselo después a ella, quien lo tomó y se lo ciñó a su cintura. Entonces el decimotercer miembro empezó a hablar en una lengua desconocida para mí, se giró hacia donde yo me encontraba y señaló el lugar donde me escondía. Mi corazón latía con celeridad, mi respiración era agitada, en ese momento me aparté con mucho sigilo de ese lugar y corrí hacia la casa. Me metí en mi habitación y cerré la puerta. Me tranquilicé, y ahora pienso que es imposible que me hayan visto y me señalasen a mí.

Mi madre todavía no ha llegado.

Me desperté, me había parecido escuchar la voz de Henric. Me incorporé con rapidez y observé por el balcón, no había nadie en el jardín. Estaba ilusionada con la idea de que no hubiese sido un deseo de que él estuviera allí. Me vestí, no podía evitar sonreír, bajé las escaleras como si la vida me fuera en ello, busqué por todas partes, hasta que encontré a la abuela de Rose en la biblioteca con un hombre elegante, parecía inglés.

—Ana, querida, ven. Quiero que conozcas al padre del prometido de Rose.
—En cuanto me lo presentó me escabullí, ya que lo único que quería era encontrarme con Henric.

Salí al jardín, allí no estaba. Empecé camino hacia la playa, iba tan deprisa que me choqué con alguien, me centré en la persona que estaba a mi lado. Era Alice, llevaba una capa negra.

—¿Qué hace por aquí, señorita? —me preguntó, seria.

—Estoy buscando a Henric.

—El señor no está aquí, sigue en Londres.

—Pero he escuchado su voz —dije.

—Se lo ha imaginado, señorita. —Dicho esto, ella se alejó y la perdí de vista. Me sentía triste, abatida. Le echaba de menos, le necesitaba, tenía que aclarar muchas cosas con él.

Rose seguía indispuesta, así que preferí ir a mi habitación y continuar con el diario de Anne.

20 de agosto

Confirmado, estoy embarazada.

Mi vida ya no tiene sentido. Estoy enamorada de un hombre que me ha abandonado por dinero y, además, estoy esperando un hijo de él. Estoy prometida a un ser que desprecio y que casi no conozco, con el que no quiero contraer matrimonio.

¿Cómo puedo ser tan desgraciada?

1 de septiembre

A Mon le ha pasado algo, hace mucho tiempo que tenía que estar aquí.

Hoy me ha ocurrido algo muy extraño, cuando he ido a pasear por el puerto de Capri, un pescador ha venido en dirección hacia donde yo estaba. Sabía mi nombre, aunque en la isla todo el mundo sabe quiénes son los Windsor, lo que me ha extrañado es que me ha preguntado si la señora llegó bien a la mansión, entonces le he preguntado qué señora y por la descripción que me ha hecho juraría que se trataba de Mon. En

ese momento no podía hablar más, pero me ha comentado que estaría por la noche en la playa para preparar la barca para la pesca nocturna y que si yo podía acudir allí él me daría más detalles de la señora.

Estoy esperando a que todos se acuesten para ir a la playa...

Escucho pasos en el pasillo, alguien se ha detenido en mi puerta, estoy muy asustada...

Me quedé sobrecogida, ¿qué habría pasado? Ya no había ninguna hoja más escrita por Anne.

Esa noche no pude conciliar el sueño. Estaba muy afectada por lo que le había ocurrido a la joven, muchas incógnitas rodeaban su vida y su muerte, lo que tenía claro es que ella no se había suicidado, algo ocurrió. Estaba deseando regresar a Dubrovnik y contemplar el retrato de la galería, necesitaba saber qué era lo que le había pasado esa noche. La verdad, tenía la esperanza de poder encontrar las respuestas en esa pintura.

Capítulo 5

La guerra

Durante el viaje de vuelta Rose y yo estuvimos mucho tiempo en silencio, las dos teníamos bastante en qué pensar. El regreso no fue como la ida, se hizo más pesado. Rose estaba ausente y, por más que intenté hablar con ella, no había manera de sacarle ninguna palabra.

Cuando llegamos al internado se me dibujó una gran sonrisa, estaba deseando ver a mi tío y a Monique, incluso a la directora, pero tenía la sensación de que algo pasaba, se notaba tensión en el ambiente. Recordé la situación política por la que estaba atravesando Yugoslavia. Al llegar al puerto de Dubrovnik vimos a muchos militares, se respiraba miedo. Los habitantes tenían en sus rostros expresión de preocupación, no mostraban esa gran sonrisa que yo recordaba.

En el internado parecía que este escenario no afectaba al alumnado, las cosas seguían igual que siempre; no obstante, nada más ver a mi tío, noté que la situación era grave, su cara me lo delató.

—¡Querida Ana! —dijo corriendo hacia mí con una gran sonrisa. Cuánto había necesitado verle, con él me sentía segura y protegida—. ¿Qué tal por Capri? ¿Te ha gustado la isla? ¿Te ha dado mucha guerra esa niña consentida?

Le estuve contando todas las anécdotas que me habían ocurrido, incluido el descubrimiento del diario, aunque no le di muchos detalles sobre ese asunto. Le describí la isla, estaba fascinado con mi relato. Por supuesto que no le dije

nada acerca de Henric, además había decidido borrarle de mi memoria y mis recuerdos, pasar página. Él me estuvo contando sus vacaciones, me habló de mis padres y de su visita a París. Me sorprendí, ya que sabía que si había ido a París no había sido por hacer un viaje a una de las ciudades más bellas del mundo, sino por ver a Monique. Después su expresión se tornó más seria.

—No sé si sabes las circunstancias por las que está atravesando Yugoslavia.

—Algo he escuchado.

—En Croacia han ganado los nacionalistas, esto no ha gustado nada a los serbios y, por lo visto, estos últimos se niegan a que el presidente croata acceda a la presidencia federal, se comenta que en Croacia las milicias del HDZ —Unión Democrática Croata—, partido nacionalista, han comenzado a perseguir a la minoría serbia, algo que va a traer consecuencias muy negativas como no se detengan todos estos movimientos.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Esto puede acabar en una guerra? —le dije preocupada.

—Sí, el país puede entrar en guerra si esta situación no se soluciona pronto; no obstante he hablado con Margaret, se va a empezar a realizar el desalojo de las alumnas, se han comenzado a escribir cartas a sus padres y en breve empezaremos a ver cómo estas se marchan de Siaten. Nosotros, si las cosas siguen así, también nos iremos; además, Henric Windsor ha dado instrucciones claras y tajantes a la directora de que quiere el desalojo completo del centro lo antes posible, hasta que la situación no se normalice, el internado no volverá a abrir sus puertas.

Ambos nos despedimos, me dirigí a mi habitación no sin antes pasar a ver a Monique. Por la tarde, Margaret nos había convocado a una reunión. El hecho de que mi tío hubiese mencionado el nombre de Henric me había hecho ponerme nerviosa. ¿Estaría por aquí?, pensé. Una parte de mí deseaba verle pero otra prefería no encontrarse con él cara a cara.

El encuentro con Monique fue muy emotivo, nada más vernos nos abrazamos

e incluso derramé unas lágrimas, había echado mucho de menos a mi amiga.

—¡Pero Ana! Cualquiera diría que llevas sin verme una eternidad.

—A mí me lo ha parecido —le dije abrazándola de nuevo.

—¿Es que no te lo has pasado bien en la maravillosa isla de Capri? —me preguntó mirándome a los ojos.

—Sí, me lo he pasado bien, pero os he echado mucho de menos.

Monique me conocía a la perfección y supe por su mirada que sabía que mentía, que había algo que no quería contarle.

Me estuvo relatando el encuentro con su familia en París, así como la visita de mi tío y, aunque ella quería aparentar alegría, se notaba tensa, supuse que sería por los acontecimientos que estaban ocurriendo en el país. Ambas nos despedimos. Yo necesitaba descansar, el viaje se me había hecho muy largo, estaba agotada.

Aquella tarde, antes de acudir al salón de actos donde nos esperaba Margaret vi a Rose, que venía a mi encuentro.

—Ana, tengo que hablar contigo. —Estaba muy nerviosa y alterada.

—Ahora no puedo, Rose, tenemos una reunión con la directora.

—¡Por favor, Ana! —me suplicaba con lágrimas en los ojos.

—Bueno —le comenté—, espérame en la biblioteca a eso de las seis, creo que para entonces ya habremos terminado.

La directora tenía un semblante serio, estaba sentada en el centro de la sala, a lo lejos vi a mi tío Manu y a Monique, fui hacia ellos. Tras de mí escuché que alguien entraba pero estaba tan centrada en ubicarme al lado de mi tío que no reparé en ver quién era. La señorita Endin se levantó y fue hacia la persona que había entrado tras de mí, mi corazón empezó a latir con celeridad, era Henric. No daba crédito, no esperaba verle tan pronto, todavía no me sentía fuerte como para hacerle frente.

—Te has quedado pálida —me susurró Monique—, ni que hubieses visto a un fantasma.

No pude contestar. Henric me miró de soslayo, lo que me hizo confirmar la

indiferencia que sentía hacia mí. Margarte comenzó a hablar:

—Como sabéis, la situación política que está atravesando Yugoslavia se está complicando por momentos. Existe un enfrentamiento cada vez más preocupante entre serbios y croatas, ambos quieren poder, y esto está llevando a conflictos internos muy graves; es más, ya ha habido agresiones violentas por parte de los croatas a las minorías serbias, y los serbios se están empezando a movilizar. No sabemos en qué va a desencadenar esto, lo que sí que tenemos claro es que es muy probable que acabe en un conflicto armado.

Henric tomó la palabra.

—Como muy bien ha explicado Margaret, la situación es grave y preocupante. El objetivo primordial de la escuela es poner a salvo al alumnado, a los profesores y demás trabajadores del centro, por tanto vamos a proceder al desalojo. Muchas alumnas van a marcharse en las próximas horas y queremos que vosotros hagáis lo mismo en breve. Os rogamos que, con la mayor rapidez, compréis vuestros billetes y pasajes para salir del país, pues a lo mejor en unos días resulta imposible hacerlo. Si tenéis alguna pregunta estoy a vuestra disposición.

Todos estábamos asustados. A la salida, Henric se quedó hablando con la directora. Mi tío Manu nos dijo a Monique y a mí que iba a investigar para ver si conseguía unos billetes de avión o barco para irnos lo antes posible, Monique dijo que le acompañaba. Yo no daba crédito a lo que estaba sucediendo, recordaba la primera vez que vislumbré el bonito puerto de la ciudad de Dubrovnik, una ciudad tranquila, con las gaviotas revoloteando por los altos tejados de las casas, la alegría de sus habitantes, el movimiento de sus calles, me resistía a pensar que la violencia pudiese terminar con esa paz, alegría, y que la ciudad fuese a ser destruida, la guerra no era la solución.

Recordé que había quedado con Rose en la biblioteca.

Estaba sentada en una mesa, con la mirada perdida. Me preocupaba, no había sido la misma desde que volvimos a Dubrovnik. Me miró.

—Ana, mi tío Henric ha venido hoy a mi habitación y me ha dicho que me

marcho a España, estoy segura que es porque se va a adelantar la boda. —Me miró, la expresión de sus ojos era triste, estaban cubiertos de lágrimas—. ¡No quiero irme! Prefiero que me maten los serbios o croatas a tener una muerte en vida.

—Rose, no va a ser así, pregúntale a tu tío.

—Eso no es posible, Ana, él solo está pensando en que me vaya de Siaten lo antes posible.

—Rose, ahora no es el momento de rebelarse, cariño, tenemos que huir de este país. No pienses en la boda ni en tu compromiso, piensa que hay que salir de aquí, después ya veremos cómo solucionamos este problema. Además, tú tienes la última palabra, y si no quieres casarte solo di no, no te pueden obligar a hacerlo.

—¿Tú crees?

—Sí, tienes que ser fuerte y no tenerles miedo. Debes enfrentarte a tus padres y a quien haga falta. Es tu felicidad, cariño, no la de ellos. Fíjate en sus vidas, tu madre no es feliz con tu padre porque también la forzaron a casarse con un hombre que no amaba, y a tu padre le ocurre lo mismo. Tienes que aprender y practicar el decir no. —La sonreí y ella me respondió.

Le di un beso y la acompañé a su habitación. Allí, en la puerta, estaba Henric esperando a su sobrina, nos miró con curiosidad.

—¡Vaya! Así que estabais las dos juntas. Rose, quiero que hagas las maletas inmediatamente, tienes que irte lo antes posible, dentro de dos días tus padres estarán esperándote en el aeropuerto.

Rose me miró con cara de resignación y entró en su habitación. Cuando estuvimos solos, Henric se centró en mí, me sonrió y me abrazó.

—Mi querida Ana, qué ganas tenía de estrecharte entre mis brazos. —Fue a besarme pero me aparté.

—Yo también tengo que hacer las maletas. —Me retiré y me dispuse a ir a mi habitación pero sentí su mano que me sujetaba el brazo impidiendo que me alejara de él.

—¿Qué te ocurre, Ana?

En aquel momento reaccioné como una jovencita de quince años dispuesta a soltar todo lo que llevaba dentro sin pensar antes de hablar.

—¿Que qué me ocurre? Ya te dije, Henric, que yo no era capricho de nadie, ni tampoco el segundo plato. Me utilizaste, te aprovechaste de mi debilidad, mis sentimientos y después te marchaste, ni una explicación, nada de nada. Esperé tu llamada día tras día ¿Tú sabes cómo me sentí? Esperaba, al menos, en los días sucesivos recibir alguna noticia tuya y no fue así. Y ahora te presentas con todos tus encantos como si nada hubiese pasado. Además, eres un hombre comprometido con mucho pasado de faldas. No, Henric, no estoy dispuesta a soportar que me hagas daño... Déjame tranquila, por favor, y búscate otro entretenimiento.

Me alejé corriendo. Me sentí un poco decepcionada al ver que él no acudía tras de mí, en el fondo lo deseaba tanto...

Habían transcurrido dos días, en Siaten solo se respiraba caos y miedo ante la nueva situación. De la noche a la mañana, todo había cambiado, nada volvería a ser como antes. Monique llamó a mi puerta.

—No hay vuelos, solo hemos conseguido tres pasajes en barco hasta Nápoles, pero tenemos que esperar hasta mañana por la tarde. No te puedes ni imaginar cómo estaba el puerto, se nota tensión.

Me asomé por la ventana, vi a numerosas alumnas desfilar con maletas, entre la multitud me pareció ver a Rose, se dirigía al bosque. Volví a fijarme bien y ya no la vi, intenté no dar importancia a ese pequeño detalle, aunque estaba preocupada por ella, después de la conversación que mantuvimos en la biblioteca no la había vuelto a ver.

—Estoy asustada, Ana, esta gente es muy radical, he oído en el puerto que el ejército federal, apoyado por los serbios, ha acudido a Croacia a ayudar a los serbios oprimidos. Como consecuencia de esto, Tudman, el fundador del partido nacionalista en Zagreb, ha proclamado la independencia de Croacia. También se rumorea que los serbios han bombardeado el palacio presidencial

de Zagreb. La más perjudicada es la población civil, sometida a atrocidades inimaginables. Tenemos que irnos lo antes posible, Ana, esto ya es una guerra.

Llamaron a la puerta, era Henric. No lo había vuelto a ver desde nuestro último encuentro, estaba pálido, con cara de preocupación.

—Buenos días, Monique. Disculpad que os interrumpa, ¿por un casual habéis visto a mi sobrina Rose?

—No —le contesté—, ¿por qué lo preguntas?

—No está en su habitación, no ha hecho la maleta y no la encuentro por ningún sitio, es como si se hubiera evaporado.

—Te ayudaré a buscarla —le dije.

Monique también se ofreció a ayudarnos. Recorrimos todos los rincones de la escuela, así como los alrededores. Después recordé que me pareció haberla visto entre la multitud y dirigirse hacia el bosque, se lo dije a Henric y ambos nos fuimos hacia allí. Por más que la buscamos esta no aparecía. Cuando regresamos a la escuela le conté a Henric la conversación que tuve con ella, ambos nos negamos a pensar que había huido, aunque sentimos miedo de que hubiese hecho alguna locura.

—Yo no iba a consentir que ella tuviera esa vida, Ana —se sinceró Henric—. Sabía que era una atrocidad obligar a una joven a casarse con alguien que ni conoce, yo sé lo que es pasar por eso y no estoy dispuesto a que ella... Pensaba impedirlo.

Conforme avanzaba la tarde, Siaten se fue quedando prácticamente vacío, solo quedábamos la directora, mi tío Manu, Monique, Henric, el personal de servicio y yo. Rose seguía sin aparecer y Henric estaba decidido a no dejar Dubrovnik sin llevarse a su sobrina con él.

Margaret salía en un barco a primera hora de la mañana del día siguiente hacia Roma.

Todas las ventanas de la escuela estaban cerradas y el colegio tenía un aspecto siniestro.

Durante la cena no vi a Henric, supuse que estaba buscando a su sobrina. En

realidad la quería mucho, yo lo sabía, era como su hija, y el hecho de pensar que se podía encontrar en peligro le estaba matando por dentro.

A la mañana siguiente me encontré a Henric en la biblioteca, estaba muy preocupado, al verme se levantó y vino hacia mí.

—¡Ana! Rose no está, me he pasado toda la noche buscándola por los alrededores, se ha marchado.

—¿Se lo has comentado a tu hermana?

—No, no quiero que se preocupe, prefiero que ellos se pongan a salvo. He mandado a un mensajero para que le comunique que Rose y yo nos iremos unos días más tarde por razones de seguridad. Espero que me haga caso y se marchen.

—¿Qué vas a hacer, Henric? No puedes quedarte aquí, sabes que es peligroso.

—No, Ana, no me marcharé sin encontrarla. Puede volver para refugiarse a este lugar y yo quiero estar aquí para protegerla y marcharnos juntos.

—Yo también me quedaré, Henric, tampoco estaría tranquila marchándome y sabiendo que ella puede estar en peligro.

Henric me miró, esta vez había una expresión de ternura en sus ojos, me sonrió, se levantó y fue hacia mí, me cogió de la mano y me la acarició.

—No, Ana, tú te vas con tu tío. Si te quedas, ya no solo estaría preocupado por mi sobrina, sino que también lo estaría por ti, una doble preocupación para un solo hombre. Tienes que irte, quiero que estés a salvo.

—No, Henric, yo...

—Te vas. —Su voz sonó tajante.

Yo no estaba dispuesta a marcharme, no solo por Rose, sino también por él. Le amaba y no iba a abandonarle, si tenía que elegir entre ir a España y él, prefería hacer lo segundo, aunque pusiese mi vida en peligro.

—Hay muchos asuntos que tengo que dejar solucionado en Siaten. Se están llevando los cuadros que tenemos en la galería a Capri, se van a transportar por barco.

—¿El retrato que estaba restaurando mi tío?

—Ese cuadro ya está de camino a la residencia de Capri. —Recordé el diario de Anne. Desde que regresé, con el avance de los acontecimientos no me había dado tiempo a ver el cuadro otra vez.

Henric se levantó y se puso frente a mí, me cogió las manos y me las apretó con ternura.

—Ana, entiendo que te hayas hecho esas ideas falsas sobre mí. No hemos hablado de ello y nunca te di una explicación. Es cierto que estaba comprometido, pero era un enlace destinado al fracaso. Jamás tuve la intención de contraer matrimonio con ella, ya te lo expliqué en una ocasión, pero ahora sé que no me creíste y me juzgaste. Mi madre sabía que no me iba a casar con esa mujer, y la dama en cuestión también lo sabía, yo ya lo había dejado claro. No me iba a casar con una mujer solo por ascender puestos en mi carrera política, es algo que tenía y tengo muy claro. Pero mi madre y mi supuesta prometida se empeñaron en seguir con la farsa. Respecto a mi fama de mujeriego, sí, lo reconozco, me gustan las mujeres y he tenido mis aventuras, pero nunca he estado enamorado de ninguna de las mujeres con quien he mantenido idilios amorosos, al igual que ellas tampoco lo han estado de mí. —Sus pupilas se clavaban sobre las mías—. Cariño, yo te amo. Me enamoré de ti el primer día que te vi, dormida en la arena de la playa. Me enamoré de tu sonrisa, de tu sencillez y de tu mirada. Me volviste loco, eras y eres diferente a todas las mujeres que he conocido. Si no hubiese sentido todo esto por ti, jamás te hubiese dado esperanzas. Eres como un libro abierto, amor mío, se descubren enseguida tus sentimientos —me sonrió; le amaba—. Quiero que vengas a Londres, quiero que seas mi esposa, mi compañera. —No me lo esperaba; me sorprendí, mis pupilas brillaban, estaba emocionada—. Me hubiese gustado pedírtelo de otra manera, organizar una cena romántica y darte el anillo de compromiso pero las circunstancias lo han adelantado.

—Henric, lo siento.

—¿El qué sientes?

—Haberte dicho todas esas cosas horribles el otro día.

—Mi preciosa española, es normal que pienses todo eso de mí —me dijo guiñándome el ojo—. Tengo que decirte algo importante... —Yo no le presté atención a su última frase.

—Yo te juzgué... —Entonces él me interrumpió.

—Ana, ¿quieres casarte conmigo? —Clavé mis pupilas sobre las suyas. No podía reaccionar—. ¿Vas a decirme algo o piensas estar callada durante mucho tiempo? —sonreía.

—Sí —dije con la voz entrecortada.

—¿Sí qué, mi amor? —se divertía, sabía que estaba emocionada.

—Sí, quiero —le sonreí. Me acercó hacia él y me besó. Cuánto había deseado sus besos. Me miró y me retuvo entre sus brazos.

En ese momento Monique vino a mi habitación.

—¡Ana! ¿Por qué no estás preparada? Te estamos esperando.

—No voy, Monique, no sabiendo que Rose está en algún sitio cercano y puede regresar.

—¡Ana, eso es una tontería! tú no puedes hacer nada. Además, Henric ya se encargará de ello. Ana, por favor, tienes que venir con nosotros.

—No, Monique, tú no lo entiendes, no puedo hacerlo.

Fui con ella a la entrada para despedirme de ellos, mi tío no estaba dispuesto a dejarme allí.

—Ana, por favor, recapacita, sin ti yo tampoco me voy, sobrina.

—Tío, tengo una cuenta pendiente, tú sabes que desde que murió mi hermano mi vida se vio destruida, ahora necesito hacer esto, me siento viva por primera vez después de aquello. Como tú siempre dices, la libertad es el mejor regalo que tenemos y yo me siento libre y decido quedarme, tengo que hacerlo. —Manu me miró a los ojos.

—¿De verdad quieres quedarte? Tu madre me matará.

—Sí, tío, quiero quedarme. Dile a mamá que la quiero mucho.

Nos despedimos con gran efusividad, mi tío me dio el pasaje por si me

arrepentía y decidía irme. Monique lloraba y yo también, no sabía si volvería a verlos, era consciente de que debía quedarme allí, ya que de lo contrario jamás me lo perdonaría.

Observé cómo se alejaban de la escuela hasta que desaparecieron de mi vista. Cuando me giré para regresar a mi habitación, Henric estaba tras de mí. Me miraba con dulzura, me atrajo hacia él y sus labios sellaron los míos con ternura, después me habló.

—Ana, te tienes que ir con ellos —dijo con seriedad.

—No, Henric, ya he tomado la decisión y no me voy.

—Sí, Ana, no estoy dispuesto a perder a la mujer que amo, nunca me lo perdonaría, mi vida dejaría de tener sentido. ¡Vámonos! Te llevo.

—No, Henric, no te voy a dejar, ni a ti ni a Rose.

Sin poderme defender, Henric me cogió como si fuese un saco de patatas, me metió en su coche, cerró por dentro y se dirigió hacia el puerto.

—¡Qué haces! —le gritaba—. No quiero marcharme, quiero estar contigo, Henric, no quiero abandonarte. ¡No me hagas esto!

Henric permaneció en silencio durante todo el trayecto, su semblante era serio, estaba decidido a embarcarme. Sabía que no tenía nada que hacer, él era aún más terco que yo.

Mientras nos acercábamos al puerto hubo un resplandor acompañado de una gran detonación. Estábamos asustados, había sido una bomba.

Conforme nos aproximábamos al lugar, el caos era mayor, la gente corría aterrorizada, yo estaba preocupada por Monique y mi tío, Henric dio media vuelta con el coche.

—Es tarde, Ana, tenemos que huir de aquí, están bombardeando Dubrovnik.

Dejamos el coche en el internado, cogimos algo de ropa de abrigo, comida y agua, y nos dispusimos a adentrarnos por las montañas, anoecía y eso nos favorecía. Muchos habitantes de la ciudad también se dirigían a las montañas. Sabíamos que si permanecíamos allí nuestras vidas correrían peligro. Había que huir.

Apenas podíamos caminar en la oscuridad, teníamos claro que no debíamos descansar si queríamos ponernos a salvo. Henric no tenía muy claro hacia dónde dirigirnos, lo que era evidente era que si subíamos monte arriba tendríamos más posibilidades de sobrevivir al ataque. Estábamos desorientados y pensativos, caminábamos en silencio, Henric delante de mí, cada dos por tres miraba hacia atrás para asegurarse de que yo le seguía. Solo podía pensar en mi tío y Monique, las lágrimas rodaron por mi rostro. Deseaba con todo mi corazón que no les hubiese pasado nada.

No recuerdo el tiempo que pasó hasta que hicimos el primer descanso, nos sentamos solo para coger aliento. Henric me ofreció agua y algo de comer, después me atrajo hacia él y me acunó como si fuese un bebé, deseaba estar siempre así, entre sus brazos, me sentía protegida. Pasaron unos minutos y volvimos a ponernos en marcha.

—No podemos detenernos más tiempo —me dijo—. Lo entiendes, ¿verdad, Ana?

—Sí —respondí.

Por aquel monte no se veía a nadie, ni siquiera se escuchaba el ruido de las bombas y tiroteos, solo el sonido de los animales.

Estaba amaneciendo cuando sucedió un encuentro desafortunado, Henric me señaló en la lejanía a un hombre vestido con ropas militares andando por el monte, este no nos había visto. Henric me hizo una señal para que permaneciese en silencio. Enseguida reconocí a ese hombre, era Jorge, el profesor de Historia, me sorprendió verle allí, es más, a la vuelta de las vacaciones no recordaba haberle visto por Siaten. Inocentemente pensé que él era una persona de confianza.

—Es un profesor del colegio —le dije a Henric, y haciéndole caso omiso llamé a Jorge.

Al principio este no me escuchó, después me vio y me reconoció, una sonrisa se dibujó en su rostro. Pero la expresión de sus ojos conforme se acercaba a nosotros no me gustó, tampoco a Henric, que estaba tenso; además,

Jorge llevaba un rifle en sus manos que no dejaba de apuntarnos.

—¡Vaya, si es Ana! La guapa profesora de español con el aristócrata inglés.

—Jorge —dije—, ¿no te dio tiempo a huir?

—No, querida, yo no huyo —dijo sin dejar de mirar a Henric—. Estoy al servicio de una causa: la independencia y el poder de los serbios frente a los croatas.

—Jorge, no te entiendo.

—Está muy claro, querida. Toda mi familia es de Belgrado, yo nací allí, pero mis padres con mucho esfuerzo pudieron darme una educación y unos estudios. Eso sí, siempre aguantando los desprecios y desaires de la familia Windsor. —Se quedó mirando con intención a Henric, este me cogió de la mano y empezó a apartarme con mucho cuidado de su lado; la situación empezaba a no gustarme—. Mi padre no soportaba esos desprecios y humillaciones constantes y se suicidó, sí, señor Windsor, se suicidó. Desde ese momento mi familia sufrió lo que no está escrito. Yo, gracias a mis contactos pude labrarme un futuro y decidí vengarme, mi momento llegaría, y llegó cuando conseguí el puesto de trabajo en su internado. Después me apunté a las milicias serbias y, ahora, después de tanto esperar y buscar al señor Windsor por todas partes le encuentro frente a mí. Por fin podré vengarme, querida Ana. ¿Tú me entiendes, verdad? Además, una vez que él esté muerto, nosotros... —no terminó la frase—. Quién sabe...

No daba crédito a lo que estaba oyendo. Miré a Henric, él observaba a Jorge, parecía estar loco, jamás le había visto en ese estado. Ese hombre estaba trastornado.

Jorge no paraba de apuntar a Henric con el rifle.

—¡Apártate, Ana! Tengo que zanjar una deuda —me dijo Jorge.

—¡No! —grité—. No, Jorge, no dispaes, las cosas se solucionan hablando, no por medio de la violencia.

—Retírate, Ana —dijo Henric empujándome hacia un lado.

Henric empezó a avanzar y a hablar a Jorge, este se estaba poniendo

nervioso al ver sus movimientos. Se escuchó un ruido por el monte, Jorge cada vez estaba más inquieto, Henric se acercaba más a él, Jorge levantó el rifle y apuntó a su pecho, yo no podía permitirlo, amaba a Henric y si moría él mi vida dejaría de tener sentido; me levanté con gran agilidad y corrí hacia Henric, me puse delante de él. Recuerdo un dolor muy fuerte en mi brazo, Henric gritó y me sujetó entre sus brazos. «¿Por qué, Ana, por qué lo has hecho?», repetía mientras me retiraba la tela del vestido, después vi como unos hombres forcejeaban con Jorge y se oyó otro disparo, esta vez Jorge caía sin vida al suelo.

Unos muchachos, parecían campesinos, se acercaron a nosotros. Henric improvisó un vendaje con tela de su camisa en mi brazo, yo fingía estar con fuerzas para poder caminar pero lo cierto es que el dolor era cada vez más fuerte.

Llegamos a un pequeño llano en mitad del bosque, allí había unas cuantas familias. Al verme herida, una mujer mayor, de unos 75 años, se dispuso a lavarme la herida y curármela con una especie de barro que tenía entre sus manos, después volvió a vendármela con otro trozo de tela un poco más limpio.

—Al menos esto te aliviará un poco el dolor —me dijo.

—Gracias —le respondí.

—¿Quiénes sois? —preguntó uno de los hombres que nos salvó de Jorge.

—Huimos de los bombardeos de Dubrovnik —contestó Henric—. Íbamos sin rumbo, monte arriba.

—Nosotros también huimos de la guerra, vamos a Medjugorje, si queréis venir y acompañarnos hasta allí, con mucho gusto os guiaremos. La Gospa nos protegerá.

—Por supuesto —contestó Henric—, queremos ponernos a salvo.

—¿Medjugorje? —pregunté a la mujer que me estaba poniendo la venda.

—Sí, ¿no has oído hablar de la aldea? Ella anunció que allí no llegaría la guerra.

—¿Ella? —volví a preguntar.

—Sí, la Gospa, la Virgen de la Paz. ¿Es que no has oído hablar de los milagros de Medjugorje?

—Bueno, sí, una vez escuché a un cura decir que iba a Medjugorje, pero no sabía el porqué, la verdad.

—Es la ventana del cielo, así la llaman. Son muchos los que aseguran haberla visto, y muchos milagros lo que se han producido allí. —Mientras ella hablaba, su mirada se iluminaba.

Yo hacía mucho tiempo que había dejado de creer, pero prefería ir a Medjugorje con los campesinos que quedarme allí, en ese monte.

Capítulo 6

Medjugorje

El camino hasta Medjugorje fue duro, Henric estaba muy pendiente de mi estado, me sujetaba de la cintura y cargaba con mi peso, sabía que estaba muy preocupado por mi herida, cada vez tenía peor aspecto, estaba claro que me tenían que extraer la bala, pero la mujer que me la limpiaba todos los días le aconsejaba que hasta que no llegáramos a Medjugorje no lo hiciéramos, ya que con la suciedad que había por los caminos y sin agua hervida ni paños limpios podía infectarse.

Faltaba poco para llegar a la aldea.

—Eres muy cabezota, Ana, ¿por qué lo hiciste? Yo era el que tenía que haber recibido esa bala, no tú.

—Por favor, Henric —le contesté, a ti no te hubiese herido, a ti te hubiera matado, no lo podía permitir. Te amo. —Henric me cogió entre sus brazos y me besó.

Cada vez me encontraba con menos fuerzas, perdía mucha sangre y la herida tenía muy mal aspecto, empecé a tener fiebre. Henric se empezó a alarmar. Intentaba lavarme la herida muy a menudo y hacía jirones su camisa para poder vendármela, pero eso ya era insuficiente, el final del tramo hasta Medjugorje Henric tuvo que cargar conmigo, estaba sin fuerzas como consecuencia de la fiebre y la infección.

Por fin llegamos a Medjugorje, lo único que recuerdo de aquello es que era

de noche, había mucho movimiento por la aldea, me llevaron a una casa del lugar y allí me lavaron la herida, me dieron a beber algo amargo que me dejó en un estado de inconsciencia y después ya no sentí ni vi nada más.

Debieron transcurrir varios días hasta que desperté, cuando abrí los ojos me alarmé al no saber dónde me encontraba, después le vi a él, sentado en una silla de madera al lado de mi cama, con los ojos cerrados, estaba durmiendo. Le observé, tenía ojeras, barba de varios días, el pelo desordenado, se le notaba cansado. Extendí mi mano y logré acariciar la suya, ese ligero contacto le hizo despertar. Le sonreí, una expresión de alegría se dibujó en su rostro. Cogió mi mano, la besó y me acarició la mejilla.

—¡Por fin te has despertado! Temía que nunca lo hicieras —me dijo con una gran sonrisa.

—¡Qué ingenuo eres! ¿Pensabas que iba a abandonarte con tanta facilidad? —Le guiñé un ojo—. ¿Qué ha pasado, Henric? ¿Dónde estamos? —le pregunté.

—Estamos en Medjugorje. Unos aldeanos nos ofrecieron su casa y dos habitaciones para poder dormir y alojarnos hasta que podamos salir del país. Te extrajeron la bala y has estado una semana muy grave, pero ayer ya no tenías fiebre. Pensaba que te perdía para siempre, Ana. Pero vino una mujer de mirada dulce y sonrisa cálida, me dijo que rezara y se lo pidiera a Ella, a la Gospa. Yo, hombre de poca fe y pocas creencias me aferré a Ella, recé, le pedí por ti, y bueno... empezaste a mejorar, ya no tenías fiebre y ahora ya estás aquí, conmigo.

Besó mi mano y se puso a llorar. Aquel gesto me conmovió, le acaricié el pelo, la cara. Quería hablarle pero todavía no tenía fuerzas para decir nada, le sonreí. Al poco volví a quedarme traspuesta. No sé cuánto tiempo volví a estar ausente de la vida real, cuando abrí por segunda vez los ojos ya no vi a Henric sino al sacerdote que conocí en el barco dirección a Dubrovnik.

—Hola, Ana, no sé si te acuerdas de mí, soy Alberto, nos encontramos en el barco que te trajo hasta Dubrovnik—. Asentí sonriéndole.

—Tienes que coger fuerzas para poder recuperarte con más rapidez, así que Mirka, la propietaria de esta casa, te ha preparado un caldo caliente que te reconfortará.

Hice un gran esfuerzo por tomármelo, sabía que el padre tenía razón, estaba débil y tenía que fortalecer mi organismo, recuperarme de la pérdida de sangre, así que con la ayuda de Mirka me tomé aquel exquisito caldo, me reconfortó y volví a quedarme dormida. Por la tarde desperté, no había nadie junto a mi cama, estaba sola en la habitación, se escuchaban ruidos de pasos y cierto movimiento. Me encontraba mucho mejor, decidí levantarme y asomarme por la ventana, me sentía débil hasta para eso, pero me agarré a todo lo que encontraba por el camino hasta llegar a la ventana, necesitaba ver la luz. Esa luz era especial. ¿Qué tenía aquel lugar? Miré al cielo y un haz de aquel intenso reflejo invadió todo mi cuerpo, fue muy breve, pero sentí una alegría inmensa, ocurrió en unos segundos, pero algo misterioso, un calor espiritual me abrasó por dentro. Estaba mareada y caí al suelo, en ese momento entró Henric en la habitación.

—¡Ana! —corrió hacia mí, me cogió en brazos y me volvió a llevar a la cama.

—Me he mareado, pero estoy bien, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? Has estado al borde de la muerte, estás muy débil y a ti se te ocurre agotar tus pocas fuerzas en asomarte a la ventana. Y todavía me dices que no me preocupe. —Estaba enfadado y eso me hizo gracia.

—Henric, estoy bien, me encuentro mejor.

Conforme pasaban los días iba recuperando mis fuerzas, Henric se tomó muy en serio retenerme en la cama hasta que el médico de la aldea no dijese lo contrario. Por fin llegó el día en que me permitió levantarme y andar un poco, sin excesos. Henric estaba contento por mi evolución, pero al mismo tiempo le notaba inquieto, algo le preocupaba.

—¿Qué te pasa, Henric?

—Nada, ¿por qué lo preguntas?

—Henric, creo que te conozco lo suficiente para saber que algo te inquieta.
—Me miró con seriedad, me cogió de las manos y se dispuso a hablar.

—Ana, tengo que marcharme, hay que encontrar la forma de salir del país, no podemos seguir aquí, tú necesitas más cuidados para recuperarte del todo. Además somos extranjeros en tierra extraña, como los serbios lleguen a esta aldea a los primeros que van a matar es a nosotros.

—¡No! Yo me voy contigo, no me quedaré aquí sin ti —le dije con lágrimas en los ojos.

—Ana —me dijo con dulzura mientras me acariciaba el rostro—, mi bella Ana, esta vez no puedes acompañarme, no solo te pondrías en peligro, sino que yo también lo estaría. Es más fácil avanzar y moverme si estoy solo, lo tienes que entender.

—Pero...

—¡Esta vez no! —dijo con rotundidad—. De madrugada me iré, en unos días volveré aquí y nos marcharemos. Ten fe, querida, saldremos de esta situación. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. No quería marcharme sin explicarte lo que sucedió en Capri. La noche que me marché, recibí un telegrama, era del padre de Caroline, mi exprometida. Había desaparecido y tenía que ir con urgencia a Londres. No me lo pensé, esa situación podría complicar los planes que yo tenía contigo, había decidido hablar con ella para volverle a explicar que jamás me casaría con ella y que no estaba dispuesto a que dijese mentiras en todos los encuentros sociales de Londres sobre un compromiso que se rompió hace tiempo. Su desaparición y el conflicto de Yugoslavia me obligaron a marchar a Londres. Así que esa misma noche partí para allá, tenía que solucionarlo lo antes posible, sabía que si no era así podría perderte por los rumores que llegarían hasta tus oídos, y eso no me lo perdonaría en la vida. Ya en Londres me di cuenta de que ella solo intentaba llamar la atención, pero en ese momento yo tenía la mente en Yugoslavia, la situación empezaba a ser muy grave. Te llamé, de hecho le di el recado a Alice para que llamas a un número de teléfono de mi casa en Londres, pero

parecía que habías perdido todo interés en mí. Ahora me doy cuenta de que Alice no te dio mis mensajes.

—No, no me dijo nada. ¿Por qué no me lo contaste antes, Henric?

—No me dejaste hacerlo, ya me habías juzgado. Te amo, esa es la verdad.
—Su sinceridad me conmovió, me acerqué y le besé.

—Yo también te amo, Henric.

A la mañana siguiente, cuando desperté, él ya no estaba allí, la silla junto a mi cama estaba vacía, una gran tristeza se apoderó de mí, se había ido, y lo peor de todo es que no sabía si lo volvería a ver, y esta vez era para siempre, temía por su vida.

Alberto vino a verme, me animó a que saliese con él a dar una vuelta, así que me vestí y le acompañé.

—¿Por qué viniste a Medjugorje? —le pregunté.

—¡Medjugorje! —me miró—. Solo pronunciar su nombre suena a celestial... Hace bastante tiempo que había oído hablar de los milagros que se estaban produciendo en esta aldea, de las apariciones de la Virgen a unos jóvenes croatas; yo, creyente convencido y seguidor de Jesús, me resistía a creer en aquello, en lo más profundo de mi corazón siempre se me planteaba la duda, así que después de mucho papeleo y gestiones me vine a este lugar maravilloso. Cuando conocí a cada uno de los videntes, unos jovencitos que brillaban frente al resto de personas, me di cuenta de que algo grande estaba ocurriendo allí y le di gracias a Dios por haberme concedido la dicha de estar en este lugar. Después llegaron los milagros: personas que se curaban de enfermedades graves, apariciones, movimientos extraños del sol... y ahora el goteo de sangre por la pierna del Cristo esculpido, así como lágrimas de sangre de la imagen de la Gospa. Nadie tiene una explicación para ello. La Virgen da mensajes continuamente a los videntes para que los transmitan a la población y al mundo entero.

—Sí, muchos milagros, pero ¿por qué no acaba con esta guerra, padre? Yo no entiendo nada. Si Dios es capaz de todo y lo puede todo, ¿por qué no

termina con este enfrentamiento? Así dejarán de morir muchas personas y de sufrir otras tantas.

—Hija, si acaso Dios terminase con esta guerra ¿tú creerías en Él? ¿O simplemente lo justificarías y dirías que ha sido por la labor de los políticos? Dios nos da libertad para hacer y deshacer, nos dio la tierra y todas las maravillas de esta, pero también nos mostró la maldad y las crueldades que podíamos alcanzar en ella si elegíamos el camino equivocado. La libertad de Dios es el amor verdadero, sin imposiciones; es el hombre el que por ansias de poder, ambición, envidia y todos los pecados capitales va siempre por el camino erróneo. Dios nos ayuda si acudimos con verdadera fe a Él. Él nunca abandona a sus hijos, pero el problema es que el hombre se ha alejado tanto que ya no recurre a su gran poder, se ha olvidado de seguirle y solo acude al Señor cuando tiene problemas. Medjugorje es su ventana, la Gospa nos da ánimos, nos habla a través de mensajes y nos dice el camino que tenemos que seguir para conseguir la paz y la verdadera felicidad, pero el hombre no hace caso de los mensajes.

Ambos nos quedamos en silencio, hacía mucho que había dejado de creer, pensaba que Dios me había abandonado a mí y a mi familia cuando murió mi hermano.

—¿Quieres que te enseñe la sangre que emana de las heridas del Cristo? — Asentí. Alberto me llevó hasta una pequeña plaza donde se estaba levantando una iglesia, en un lateral estaba un Cristo en su cruz, nos acercamos. Alberto me señaló la pierna de la escultura con el dedo, caían unas gotitas por la pierna, las toqué. Era sangre. Me quedé tan sorprendida que no daba crédito a lo que estaba viendo, miré a Alberto, él me observaba con interés, después alcé la vista y vi el rostro de la imagen, esos ojos... Parecía como si me estuvieran diciendo algo, una mirada fija, penetrante, y volví a sentir la misma sensación de amor, paz y libertad que había sentido unos días antes mirando al cielo desde mi ventana, enseguida bajé la vista, no podía soportar aquellas sensaciones tan fuertes, no pude evitar llorar. Alberto se acercó a mí y me

abrazó.

—No te preocupes, Ana, estas experiencias las hemos tenido todos al llegar a Medjugorje, y todos, sin excepción, hemos llorado. Jesús te está hablando, te está llamando para que vuelvas a su lado. Esta guerra es cruel, hija, la fe nos sostiene y nos ayuda a afrontar todo el mal que se ha esparcido por el país.

Sus palabras me reconfortaron, me sentía bien, en paz. La vida es tan frágil y solo somos conscientes de ello cuando vemos que podemos perderla.

Esa noche acompañé al padre Alberto a la oración que se celebraba en el monte de las apariciones con una de las videntes.

Todo el mundo permanecía en silencio, escuchando las oraciones que decía el sacerdote. Yo observaba y escuchaba. Entre el gentío que había rezando, me fijé en una joven, estaba embarazada de unos cuatro meses a juzgar por su vientre. Me resultaba familiar, estaba muy lejos de mí. Me acerqué despacio entre las personas que estaban orando hasta posicionarme muy cerca de ella, me quedé sorprendida al reconocer a Rose, ¡era ella! ¡Y estaba embarazada! Me quedé horrorizada al pensar que esa criatura solo podía ser de Mauricio y la aventura que ambos vivieron en Capri. Me esperé a que terminara la oración para acercarme a ella.

—¡Rose! —le susurré al oído. La joven se dio media vuelta y al verme se sorprendió, enseguida noté cómo intentaba cubrirse la tripita para que no me percatara de aquello.

—¡Ana! —Me abrazó—. ¿Qué haces aquí? Yo pensaba que todos habíais huido. ¿Y mi tío?

—No lo sé, lo cierto es que ya no sé dónde está —dije con tristeza.

Le expliqué por lo que habíamos pasado.

—Si llego a saber que ibais a pasar todo esto por mí nunca me hubiera marchado.

—No digas eso —la regañé—, a lo hecho pecho. Creo que tienes algo que contarme. —Rose agachó la cabeza, estaba avergonzada.

—No te avergüences, Rose. —La agarré del brazo y nos dirigimos hacia un

banco.

—Es de Mauricio —me dijo—. Al poco de regresar al internado supe que estaba embarazada, el mundo se me cayó encima, menudo escándalo, ¿te imaginas? Pensé en abortar, había una anciana que se prestaba a ello, pero después de todo no fui capaz de hacerlo, quería tener al bebé; entonces conocí a Francesco, el jardinero del internado, nos enamoramos en muy poco tiempo, es más, le dije lo de mi embarazo y a él no le importó, dijo que diríamos que era suyo. Después, cuando vino mi tío y me dijo que hiciera las maletas para ir a España me agobié, salí al encuentro de Francesco y ambos decidimos que lo mejor sería huir. Con el estallido de la guerra vinimos a parar a Medjugorje, él tiene familia aquí, nos han acogido con mucho cariño.

—Me alegro mucho por ti, Rose, pero nos lo tenías que haber dicho.

—Lo siento, Ana, os he puesto a los dos en peligro y me arrepiento por ello. Nos abrazamos. La verdad era que estaba muy contenta de haberla encontrado.

Pasaban los días y Henric no regresaba, cada vez tenía menos esperanzas en volverle a ver, temía por su vida y eso me entristecía. Intentaba refugiarme en Rose y, sobre todo, en mis nuevas experiencias espirituales. Decidí ir a rezar al monte de las apariciones de la Gospa, necesitaba hacerlo, y quería refugiarme en Ella para pedir por Henric.

Ya había pasado un mes desde que él se marchó, empezaba a desesperarme. Veía a Rose todos los días, cada vez estaba más gordita, se le notaba muy feliz al lado de Francesco. Alberto ofició una día una ceremonia de boda, sencilla, en la que solo asistimos la madre de Francesco y yo. Rose estaba radiante y feliz, las cosas, al final, habían acabado bien.

—¿Qué te pasa, Ana? ¿Te noto muy triste? —me comentó el padre Alberto un día cuando bajaba del monte de las apariciones.

—Henric no viene, me temo lo peor.

—Ten fe, hija. Él vendrá.

—No sé, cada vez estoy más convencida de que le han detenido o algo peor.

—Todo saldrá bien.

Pasaron meses, perdí la noción del tiempo. Una noche Alberto vino a verme, traía una carta en la mano. Sabía que algo había ocurrido.

—¡Ana! Esta tarde ha venido un joven a mi casa, venía de parte de Henric, me ha dicho que te entregase esta carta.

Cogí el sobre, estaba muy nerviosa pensando en él.

—¿Por qué no ha venido él a entregármela personalmente? —le pregunte.

—Por prudencia y precaución, hay guerrillas por todas partes, ambos bandos cogen prisioneros. Hay muerte en cada esquina. —El sacerdote tenía una expresión triste.

El padre Alberto se marchó, con rapidez me encerré en mi habitación y abrí el sobre.

Mi querida Ana:

No te puedes ni imaginar cuánto te echo de menos, amor mío. He logrado encontrar apoyos y ayuda para salir del país, así que te pido encarecidamente que cumplas con exactitud todo lo que te digo en esta carta.

Mañana, de madrugada, irás al monte de las apariciones, allí habrá un joven, espérate a que él se acerque a ti. Tú reza como si estuvieses allí por ese motivo. Cuando él se aproxime y diga tu nombre, tú te levantarás y le seguirás, sin hacer preguntas, en silencio, iréis monte arriba, calculo que tardaréis como una hora, después llegaréis a una explanada y allí estaré yo esperándote con un helicóptero y un piloto que nos llevará a Londres.

Ten cuidado, Ana, hay muchos grupos de asesinos por los alrededores, personas sádicas que se aprovechan de la guerra para hacer crueldades.

Te quiero. Mañana te veo, amor mío

Henric.

Aquella noche fui a ver a Rose, no podía marcharme sin ella. Rose se

sorprendió al verme.

—¿Qué pasa, Ana? ¿Qué ha ocurrido?

Le expliqué todo, confiada en que vendría conmigo.

—Yo no voy, Ana, mi vida está aquí, en esta tierra.

—¡Pero Rose! Esta tierra está en guerra y quién sabe si lleguen los soldados hasta Medjugorje.

—Aquí no llegarán, tú lo sabes como yo, esta aldea la protege la Gospa. No voy a ir, Ana.

—Rose, estás embarazada, piensa en ese niño.

—En eso pienso, Ana, no estoy dispuesta a ir con mi familia, no quiero que mi hijo crezca en un ambiente hostil, dictatorial y frío como en el que crecí yo. Quiero que nazca en libertad y viva en ella. En estas tierras algún día habrá paz, y en ellas mi hijo crecerá libre.

Sabía que no podía hacer nada, Rose había madurado mucho, ya no era la chiquilla indecisa que necesitaba consejos y apoyo en todas sus acciones, tenía las ideas bastante claras. Nos despedimos con un cariñoso abrazo.

—Te veré pronto, Ana.

A la mañana siguiente seguí las instrucciones de Henric, estaba nerviosa. Me puse a rezar y al cabo de unos segundos un hombre susurró mi nombre al oído. Me levanté y le seguí. Durante el recorrido no hablamos nada, íbamos en silencio, sabía que existían peligros y por ello había que ir con sumo cuidado. Anduvimos una hora. Nos detuvimos para hacer un descanso, el hombre me dio un poco de agua y pan, y comimos. Pasados unos segundos escuchamos un ruido a nuestras espaldas, ambos nos giramos con rapidez, cuando nos quisimos dar cuenta yo tenía un arma apuntándome en la sien y alguien me sujetaba por el cuello, estaba asustada, hablaba en un idioma que no entendía, chillaba y sus movimientos eran nerviosos y violentos, el hombre que iba conmigo le respondía, ambos se gritaban y yo estaba en medio. El muchacho que me acompañaba sacó una bolsa que tiró al suelo, por el ruido que hizo al caer debía contener dinero, el hombre que me sujetaba me soltó y se precipitó

sobre la bolsa, momento que aprovechó el joven de confianza de Henric para agarrarme del brazo e indicarme que había que salir de allí, corrí con todas mis fuerzas, tenía ganas de llorar. No sé el tiempo que estuvimos huyendo, pero lo que sí que recuerdo es el momento que llegamos a una explanada, allí, en medio de esta había un helicóptero, junto a él un hombre alto y fuerte, era Henric. El hombre me indicó que fuese allí sin demora, él se escondió entre los árboles. Yo corrí con todas mis fuerzas, le abracé y me puse a llorar entre sus brazos, me sentía feliz. Henric me besó y sin mediar palabra me ayudó a subir al helicóptero y nos fuimos de allí.

—¡Cuánto has tardado en venir a buscarme, amor mío! —le dije.

—¿Acaso lo dudabas? No he dejado de pensar en ti ni un segundo. Deseaba este momento como nunca he deseado otra cosa. —Me besó con ternura y permanecimos abrazados.

—Por cierto, Ana, me han confirmado que tu tío y Monique están a salvo, lograron coger el barco a tiempo.

Me sentía feliz, miré por la ventana del helicóptero, dirigí mi vista al cielo azul y di las gracias a la Gospa de la Paz.

Capítulo 7

Londres

Me desperté con brusquedad, otra vez la misma pesadilla, siempre la guerra, los disparos, la sensación de miedo, el resplandor del fuego, no podía apartarlo de mi mente, y, aunque por el día esas imágenes intentaba no recordarlas, por la noche venían una y otra vez a mi mente.

Había pasado un año desde que huimos de allí y las noticias eran desalentadoras. Cada vez que escuchaba los informativos me acordaba de Rose, rezaba para que estuviese bien. Cuando llegamos a Londres le conté a Henric todo. Él me alquiló un piso y encontré trabajo en un colegio impartiendo clases de español. La intención fue casarnos nada más llegar a Londres, pero Claire enfermó y falleció, y la familia tuvo que guardar luto, además se unía la vergüenza por la que tuvieron que pasar Diana y Adolf por la nueva situación de su hija.

No me adaptaba a la sociedad londinense o, al menos, a la alta sociedad con la que se codeaba Henric. Intentaba no acudir a las fiestas a las que iba la familia Windsor y representantes de la política y aristocracia, no era mi lugar, no me veía allí.

Faltaba un mes para ser exactos para que Henric y yo nos casáramos y tenía que irme acostumbrado a mi nueva situación. Me había pedido que le acompañase a la celebración que se hacía para la puesta de largo de señoritas de la alta sociedad. No me apetecía mucho pero si le amaba a él tenía que

soportar esas fiestas que tanto detestaba.

Henric iba a venir a buscarme, apenas nos veíamos, ya que viajaba con asiduidad. Por más que le preguntaba adónde iba y por qué tenía que viajar tanto, no obtenía respuesta. No sabía en realidad lo que hacía, a veces tenía la sensación de que me iba a casar con un auténtico extraño, claro que todas las dudas se me pasaban en cuanto le veía, miraba a sus ojos y sentía esa sensación de paz y amor que él me proporcionaba.

Una mañana recibí una carta de Monique, estaba en España viviendo con mi tío, tenía muchas ganas de verles. Me confirmaba que vendrían a la boda, algo que me hacía mucha ilusión. Encontrarme con ellos era un motivo de gran felicidad.

Me vestí con rapidez, a Henric le gustaba la puntualidad, como buen inglés. El vestido negro no me favorecía mucho pero poco pude elegir, tenía que ir elegante, de largo y fue el único que encontré con el que me sentía cómoda para la ocasión. Me dejé el pelo suelto y esperé la llegada de Henric, se estaba retrasando, algo inusual en él. Escuché ruido en el ascensor, abrí la puerta pero no era él. En ese momento llamaron al teléfono.

—Ana, mi amor, no voy a poder ir a recogerte. —Era Henric—. Va a ir mi chófer.

—¡Vaya! ¿Qué ha pasado?

—Se ha retrasado el vuelo, iré directamente a Saint James Palace. Te estaré esperando en la puerta, mi amor.

—Henric... —No me gustaba la idea de llegar sin él.

—Te quiero, te he echado mucho de menos. Estoy deseando tenerte entre mis brazos. —Una sonrisa se dibujó en mi rostro al escuchar sus palabras.

—Yo también te quiero.

El chófer no tardó en llegar. Mientras íbamos camino del palacio de Saint James no dejaba de pensar que ese no era mi lugar, yo no estaba acostumbrada a tanto lujo y protocolo. Estaba nerviosa. Atravesamos el parque de Saint James, enseguida pude apreciar la imponente puerta de entrada con sus cuatro

pisos, las torres octogonales y el reloj que siempre me trasladaba a la época Tudor. En la entrada vi a Henric, esperándome. El chófer me abrió la puerta y Henric me rodeó con sus brazos y me besó, el contacto con la suavidad de sus labios hacía que todo mi cuerpo temblase.

—¡Cuánto he deseado este momento! —me susurró.

—Esta vez has estado fuera mucho tiempo, no sé si te lo perdonaré. —Me sonrió. Su boca retenía la mía. Se detuvo y me miró.

—Me perdonarás, ¿verdad?

—Sabes que sí —le sonreí; me guiñó un ojo.

—Estás lista para entrar. —Le divertía esa situación.

—No, ya sabes que no me gusta.

—Por cierto, amor mío, estás preciosa —me sonrió, y entramos por la gran puerta.

Primero tenía lugar una cena de gala y, tras esta, el esperado baile. El salón donde cenaríamos era de grandes dimensiones, con mesas dispuestas de manera circular por toda la estancia. Grandes lámparas y mucho lujo. En cada mesa había hueco para seis comensales. Nos llevaron a la mesa en la que debíamos sentarnos, enseguida observé que la hermana de Henric y su marido estaban con nosotros, también estaba la mujer exuberante que vi en Capri, Fabiola, quien nada más ver a Henric le avasalló a preguntas.

—¡Uff! —suspiré, no pude evitarlo.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—Va a ser una velada muy divertida —dije con cierta ironía que él captó al instante.

—¡Ja, ja, ja!

—A mí no me hacía ninguna gracia.

Nada más sentarnos, la mirada de desprecio de Diana hacia mí fue evidente, no me había perdonado lo de Rose, me echaba la culpa de que ella hubiese huido y se hubiese quedado embarazada. Para ella yo había sido una mala influencia; además, no soportaba que Henric quisiese casarse conmigo. Sabía

que había hecho sus intentos para que él desistiese de ello. Jamás me lo había dicho, pero su madre, apenas regresamos de la extinta Yugoslavia, me confesó en una ocasión las discusiones que ambos hermanos habían tenido sobre mí. Claire me dijo que le gustaba que yo fuese a ser la mujer de Henric, que era la esposa que su hijo necesitaba, pero también fue sincera al informarme de que su hija me odiaba y que jamás tendría una aliada en ella, algo que no me sorprendió en absoluto. Desde el primer momento que la conocí supe que jamás podría llegar a congeniar con alguien como ella. Su forma de pensar y de comportarse y la poca humildad que tenía me hicieron sentir rechazo hacia ella desde el primer momento.

Henric sostuvo mi mano con cariño, percibió la mirada de su hermana y sabía que yo me había dado cuenta de ello.

—Querida —dijo Fabiola—, ¿quién iba a imaginar que nos volveríamos a ver?

—Sí, es cierto, ha pasado mucho tiempo desde la última vez. —Se giró hacia Henric, haciendo caso omiso a mi comentario.

—Henric, no me puedo creer que te vayas a casar. —Me miró—. Disculpa, querida, por el comentario. —Se centró de nuevo en Henric—. Pero ninguna mujer de la aristocracia inglesa ha logrado conseguir que este caballero se enamore.

—Sí, es que Henric siempre ha sentido más atracción por las personas más desfavorecidas y humildes —dijo Diana. Henric la miró con expresión de desaprobación.

—Siempre he sentido predilección por las mujeres inteligentes, sinceras, sencillas, divertidas, y con la que poder conversar de temas variados, no solo de banalidades. —Me miró—. Y con Ana encontré todas esas cualidades y valores que más admiro en una mujer, por eso es la única que ha logrado conquistarme y ha robado mi corazón. —Le agradecí con la mirada su comentario. Cogió mi mano y la acarició.

—¡Vaya! Jamás imaginaría escucharte decir eso. ¡Ja, ja, ja! —dijo Fabiola

—. Querida, te envidio, te llevas al galán más cotizado de la aristocracia inglesa. —La sonreí mientras notaba la mirada fría y de odio de Diana.

La cena transcurrió con normalidad. Hablaron de política y los acontecimientos que estaban sucediendo en la antigua Yugoslavia. Después, una vez finalizada la cena, la música comenzó a sonar, empezaba el baile.

—Querida, no te importará que Henric me obsequie a mí el primer baile —dijo Fabiola.

—Es todo tuyo, la verdad es que no me gusta mucho bailar. —Ella sonrió y se levantó, ambos se miraban, esa complicidad ya la había observado en Capri.

Salieron a la pista de baile y yo observaba cómo reían y ella le abrazaba mientras él la rodeaba la cintura.

—¿Celosa? —preguntó su hermana, quien me miraba con interés. Adolf no paraba de beber, no había abierto la boca durante toda la noche.

—No tengo motivos para estarlo.

—Yo creo que sí, querida. Ellos tuvieron una relación amorosa hace mucho tiempo, jamás he visto a Henric tan enamorado de una mujer como de ella, ni siquiera de ti, y perdona que sea tan sincera. Nuestras familias impidieron su noviazgo, había cuestiones políticas de por medio, pero ellos siempre han estado juntos, jamás se han separado. ¿Por qué crees que Henric nunca se ha casado? Un hombre tan apuesto...

—Se va a casar conmigo y con eso me basta para saber que me ama.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué ingenua eres! ¿Acaso te ha dicho que necesita casarse para recibir una parte de la herencia de nuestra madre? —Debí poner cara de asombro. Se empezó a reír—: ¡Ja, ja, ja! Ya veo que no te lo ha dicho. Pues sí, querida, en el testamento de mi madre ponía claramente que si no se casaba, jamás recibiría la fortuna que le corresponde, ya que mi madre sabía el gusto de Henric por las mujeres y lo que menos quería es que gastase el dinero en cuestiones de faldas. Lo dejó escrito en el testamento. Con ella no se puede casar, es viuda de un viejo ricachón, si ella contrae matrimonio de nuevo

perdería su herencia. Ellos siempre se han visto a escondidas. ¿Por qué crees que está fuera durante tanto tiempo de Inglaterra?

—No te creo —respondí. Esa confesión me había dejado hundida y muy triste, con muchas dudas.

—Bueno, allá tú, querida, yo te he avisado. —Dicho esto se levantó y su marido hizo lo mismo y fueron hacia la pista de baile.

Observé a Henric y a esa mujer, reían, ella apoyaba su mejilla en su hombro y se miraban con intensidad a cada giro que daban. Estaban muy próximos el uno del otro. En realidad siempre me había parecido extraño tanto viaje, apenas estaba en Londres. ¿Sería verdad todo lo que me había contado? Todo lo vivido con Henric no podía ser una mentira. Le preguntaría. No quedaba nada para nuestra boda, le amaba. Sí, eso haría, él me diría la verdad. Finalizó el primer baile y Henric se acercó a mí.

—¿Me concedes este baile, preciosa? —me susurró al oído. Su sonrisa hacía que todas mis dudas se desvanecieran. No podía creer lo que ella me había contado. Me cogió de la mano y me llevó a la pista de baile.

—Ya sabes que no se me da nada bien bailar el vals.

—Lo sé —me sonreía—, pero esto te servirá para practicar para el día de nuestra boda. Déjate llevar por mí, ya sabes que soy tu maestro. —Me guiñó el ojo. Me rodeó con sus brazos.

—Henric, nunca me has contado cómo la conociste.

—¿A quién?

—A ella. —Señalé a Fabiola.

—Nosotros nos conocimos en Capri, nuestras familias veraneaban siempre allí y coincidíamos en muchas fiestas desde nuestra infancia.

—Noto cierta complicidad en vuestras miradas. —Ese comentario provocó su risa.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Tu hermana... me ha dicho que fuisteis novios y que vuestras familias no estuvieron de acuerdo con vuestro noviazgo.

—¿Y que más te ha dicho mi hermana? —dijo frunciendo el ceño.

—Que tu madre dejó escrito en su testamento que si tú no te casabas nunca cobrarías la herencia que te dejó, y...

—¿Y qué más? —Me miraba divertido.

—Y que sigues enamorado de ella.

—¿Y tú te has creído todo lo que te ha dicho? —Sus pupilas estaban fijas sobre las mías.

—Bueno... yo...

—Ana, te amo a ti, por eso quiero casarme contigo, porque deseo pasar el resto de mi vida con la única mujer que me ha devuelto la sonrisa, la alegría y felicidad. Sí, es cierto que fuimos novios, pero fue un verano, éramos muy jóvenes y eso acabó cuando las vacaciones finalizaron. Y respecto a la herencia, eso es algo que mi madre ya me dijo antes de que ella supiese que te amaba, pero yo no estaba dispuesto a casarme solo por recibir una herencia, no necesito el dinero, tengo un trabajo que me permite llevar una vida acomodada. Y sí, es cierto, cuando me case recibiré esa herencia, pero aunque no la recibiese mi decisión de casarme contigo seguiría en pie porque me vuelves loco y sin ti estoy perdido, amor mío. —Le sonreí y él me devolvió la sonrisa, bajó su rostro y me besó—. Nunca pongas en duda mi amor.

—No, no lo haré.

—Y tampoco hagas caso a los comentarios que oigas de mí. Hay muchas envidias y escucharás muchas cosas de tu futuro esposo. Prométeme una cosa.

—¿El qué?

—Que siempre que haya rumores sobre mí me preguntarás directamente.

La fiesta acabó. La hermana de Henric me observaba, perdí a Henric de vista, y esta y Adolf se acercaron a mí.

—Querida, aunque no eres de mi agrado, piensa lo que te he dicho. El amor que sientes por mi hermano es ciego, pero de verdad, créeme, tampoco quiero verte sufrir. —Dicho esto les vi abandonar el lugar.

Henric venía hacia mí, su expresión se había tornado seria. ¿Dónde se había

metido?

—Vamos, Ana —dijo pasándome el brazo por la espalda y llevándome de manera acelerada hacia el coche.

—¿Qué es lo que te ocurre, Henric? —le dije una vez que nos metimos ambos en el vehículo. De repente le notaba nervioso, estaba tenso.

—Nada, cariño, no pasa nada —me dijo mientras me miraba con una sonrisa forzada.

—Henric, estás diferente. —Me acarició la mano.

—Mi amor, no pasa nada. No te preocupes.

Me quedé pensativa, no es que imaginase que me lo iba a pasar bien en el baile, pero tampoco pensé que iba a regresar con esa sensación de angustia en mi interior. Estuvimos todo el camino en silencio. Yo observaba por la ventana mientras él hacía lo mismo por la suya. Llegamos al apartamento, Henric me miraba con intensidad.

—¿Sabes? Si te pasase cualquier cosa yo no podría seguir viviendo —me dijo justo cuando el ascensor se detuvo en nuestra planta.

—¿Por qué dices eso? No me va a pasar nada —respondí. En ese momento él me cogió en brazos—. ¡Estás loco! —dije riendo. Abrí la puerta como pude, entre sus brazos. Iba a encender la luz pero él me lo impidió.

—Sí, loco por ti.

Fue directo a la habitación, me dejó en el suelo, el resplandor de la luna entraba por la ventana, podía percibir el brillo de sus ojos, su mano acariciaba mi mejilla y su mirada pasó de centrarse en mis pupilas a detenerse en mi boca. Bajó su rostro para besarme, sentí la suavidad de sus labios sobre los míos, todo mi cuerpo reaccionó a ese contacto. Una de sus manos retiró mi pelo mientras la otra se deslizaba por mi espalda y desabrochaba con habilidad los botones de mi vestido. Sus labios no se separaban de los míos, mordía con anhelo mi labio inferior mientras todo mi cuerpo reaccionaba del placer que me producía su contacto y proximidad. Mis manos se deslizaban por sus muscudos hombros hasta sus pectorales, fui desabrochando su

camisa hasta que mi mano pudo acariciar su piel. Mi vestido se deslizó hacia el suelo, quedándome en ropa interior. Él me cogió en brazos y me llevó hasta la cama, se quitó los pantalones y su cuerpo atlético y bello quedó frente a mí, ambos nos deseábamos. Henric empezó a besarme mientras acariciaba mis pechos con una mano y con la otra rozaba con sus dedos, poco a poco, todo mi cuerpo. No podía evitar dar pequeños gemidos de placer con sus caricias. Sus labios recorrieron mi vientre y se deslizaban con suavidad haciendo que ardiese por dentro y le necesitase cada vez más. Abrió mis piernas y se puso en medio apoyando sus codos a ambos lados de mí, su boca regresó a la mía mientras nuestros cuerpos se unían, le deseaba, le necesitaba, no podíamos detenernos hasta ser uno. Él entonces me miró y me besó.

—Te amo, Ana —me susurró al oído. Se puso a mi lado y me rodeó con sus brazos atrayéndome hacia su pecho. Yo acariciaba sus brazos. Sentía el calor de su cuerpo, me sentía segura. En ese momento todas las dudas y miedos se habían desvanecido de mi mente.

—Yo también te amo. —Me besó en el hombro, me quedé dormida entre sus brazos.

La intensa luz de la mañana me despertó. Todavía con los ojos cerrados toqué el lado de la cama donde Henric se había acostado. Estaba vacía, abrí los ojos. ¡No puede ser!, dije en voz alta. Me giré con brusquedad, no estaba allí. Me levanté de golpe y me puse la bata que estaba en el perchero. Fui hacia el salón, después a la cocina y ni rastro de él. Entonces me di cuenta que había dejado una nota sobre la mesa del salón.

Amor mío:

Tengo que irme a la embajada de Rusia por temas de trabajo. Estaré contigo para la hora de comer. Si quieres, podemos repetir lo de la noche anterior.

Te quiero,

Henric.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Doblé el papel y lo guardé en uno de los cajones del salón. La verdad es que tenía muchas cosas que hacer, la boda sería en breve y esa mañana tenía la prueba de mi vestido, la penúltima. Me acompañaría Tania, una compañera y amiga del trabajo. Debía darme prisa, ella vendría en breve a buscarme y quería acabar pronto con todo ese protocolo que me agobiaba. Deseaba regresar pronto al apartamento, ansiaba preparar una comida típica española para Henric, quería que aquel momento fuese especial. La prueba resultó estresante.

—No puede seguir adelgazando, señorita —me dijo la modista—. Si no, no vamos a poder ajustarle bien el vestido.

—Lo intentaré —le respondí. No me miró, estaba muy pendiente de ponerme alfileres por la parte del pecho y las caderas. Tania me observaba.

—¡Podrías mostrar más entusiasmo!

—Ya sabes que estos temas me estresan, no puedo disfrutar, me agobian —le respondí. En realidad esa mañana estaba más pendiente de la hora que de otra cosa, deseaba que la prueba finalizase. Cuando terminó, Tania me llevó en coche hasta mi apartamento.

Eran las doce, Henric llegaría sobre la una, debía darme prisa. Me dio tiempo a preparar la comida y decorar la mesa para una velada especial. Me quité el delantal y me puse a observar por la ventana a ver si le veía llegar. Se estaba retrasando. Eran las tres y todavía no había llegado, estuve sentada junto a la ventana toda la tarde, hasta la noche y Henric no llegó. Tenía el teléfono de su secretaria, decidí llamarla, aunque era muy tarde, pero yo sabía que ella trabajaba siempre hasta altas horas.

—¿Diga?

—Buenas noches, Amelie, soy Ana. ¿Está Henric por ahí?

—No, señorita.

—Me dijo que tenía que ir a la embajada Rusa.

—Déjeme que lo compruebe en la agenda. —Me mantuvo unos minutos a la espera—. Efectivamente, hoy tenía una reunión con el embajador ruso. De

todas formas no se preocupe, seguro que ha llegado bien a Moscú.

—¿Moscú?

—Sí, después de la reunión tenía un viaje para Moscú.

—Pero... no lo sabía. —No podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Disculpe, señorita, pensé que el señor se lo había dicho.

—Gracias, Amelie, seguro que me lo comentó y no me enteré. —Colgué.

No podía evitar que las lágrimas rodasen por mi rostro. ¡Me había mentido! ¿Cómo había sido capaz de hacerme esto? ¿Qué significaba todo aquello? En ese momento empecé a dar credibilidad a todo lo que me había dicho Diana la noche anterior. Pero entonces ¿por qué me había dejado esa nota? Esa no era su forma de actuar, él tenía pensado regresar al apartamento y pasar el resto del día conmigo. No tenía sentido. Estuve toda la noche esperando una llamada pero nunca la recibí.

Al día siguiente era sábado, había pensado llamar a Amelie para obtener más información, pero hasta el lunes ya no podría hacerlo. Estaba cansada, apenas había podido pegar ojo pensando en Henric, no entendía nada. Recordé lo raro que estaba la noche anterior de regreso al apartamento. La cabeza me iba a estallar. Tenía que entretenerme en algo. Decidí salir a comprar ropa para nuestra luna de miel.

Pasé todo el fin de semana sin recibir noticias de él. Empezaba a preocuparme, Henric siempre me llamaba. A media tarde sonó el teléfono, fui con rapidez a cogerlo.

—¿Diga?

—Ana. —Era él.

—¡Henric! ¿Se puede saber qué es lo que ha pasado? No entiendo nada, no me dijiste que te ibas a Moscú. Estoy muy preocupada —dije con enfado.

—Cariño, ahora no puedo explicarte nada —me dijo con angustia en su voz.

—Pero...

—¡Ana! —dijo con rotundidad—. Escúchame, por favor, no tengo mucho tiempo. Debes ir a Capri, allí hay unos documentos que me debes enviar a la

dirección que te voy a dar. Coge bolígrafo y papel, ¡rápido, mi amor! —Abrí el cajón de la mesilla y anoté la dirección que él me facilitó—: A la embajada del Reino Unido en Moscú, Smolenskaya Naberezhnaya 10, Moscow, 121099, Rusia.

—¿Pero dónde están esos documentos?

—¿Recuerdas el cuadro de la galería de Siaten?

—Sí —le respondí, ¿cómo no lo iba a recordar?

—Está en la sala donde fue pintado, en Capri, allí encontrarás los documentos, están escondidos.

—¿Dónde? —le pregunté.

—Mi amor, no puedo escucharte, aquí las comunicaciones son muy malas, envíamelo cariño, es muy importante que lo ... —Se cortó la llamada.

Mi corazón latía con celeridad, ¿qué me querría decir? ¿Cómo iba a ir hasta Capri? En realidad no sabía qué quería que hiciese. Doblé el papel donde había escrito la dirección de la embajada y lo guardé. Estaba muy nerviosa e intuía que la vida de Henric podía correr peligro. ¡Dios mío! Tenía que ir a la casa de la hermana de Henric, yo sabía que allí no era bien recibida pero debía hablar con ella. Cogí un taxi, era la hora del té. La casa, de estilo victoriano, estaba en una zona residencial de Londres, una barandilla limitaba el exterior del interior de la casa. Toqué a la gran puertezuela y me la abrieron. Atravesé el bonito jardín con una fuente en el centro y el ama de llaves fue a recibirme a la entrada.

—Señorita —me dijo.

—Buenas tardes, deseo ver a la señora Windsor —le dije.

—Por favor, pase y espere en la salita. —Me fui directa al mirador de guillotina que daba al jardín. La sala de espera tenía una mesa redonda próxima a la ventana junto con dos sillas, también había una chimenea, dos sofás y una pequeña estantería con libros y revistas. Escuché los pasos de ella y enseguida me giré.

—¡Qué sorpresa, querida! —Antes de que yo pudiera contestar, se giró a la

doncella que me había abierto la puerta—. Por favor, trae el té y unas pastas. Centró su mirada en mí—. ¿A qué se debe tal honor? —me preguntó indicándome que me sentara en una de las sillas. Era consciente que no le resultaba interesante mi vista.

—Estoy preocupada por Henric —decidí ir al grano, con esa mujer era mejor no andar con rodeos

—¿Henric? Acuérdate de que ya te lo advertí.

—No es por ese tema. El sábado quedé conmigo para comer, tenía que ir a hacer unas gestiones por la mañana, por lo visto a la embajada rusa. Pero no apareció. Por la tarde llamé a su secretaria y me dijo que se había marchado a Moscú. Hoy me ha llamado, nervioso, apenas hemos hablado porque, según él, no podía, y se ha cortado la comunicación. Me ha dicho que tengo que ir a la casa de Capri a recoger unos documentos y he de mandárselos a Moscú. —En ese momento entró la doncella con el té y las pastas. Permanecimos en silencio hasta que esta se fue. La hermana de Henric había cambiado su semblante a más serio. Guardaba silencio, se echó en el té una cucharada de azúcar. Me miró.

—Tienes que hacer lo que te ha dicho —dijo con rotundidad—. Iremos a Capri. Yo te acompañaré. La semana que viene prepararemos todo para coger el avión. Si mi hermano se ha comportado así es porque se encuentra en peligro y esos papeles deben ser importantes para él. Gracias por contármelo.

—No sabía a quién acudir. Estoy asustada, muy asustada.

—Tranquila, no le pasará nada, él es un superviviente. Nunca he sabido lo que hace mi hermano. Él tiene un puesto importante dentro del Gobierno, pero jamás he podido sacarle ni una palabra de lo que hace. Me encargaré de los billetes y todos los preparativos para ir a la isla.

—Gracias.

—Querida, no tienes que agradecerme nada, lo hago por mi hermano. — Permanecimos en silencio unos minutos, después volvió a hablar—. ¿Has hablado con Rose? —Hacía varios meses que no sabía nada de ella, el país

continuaba en guerra y había sido muy difícil enviar unas cartas a través de varios conocidos que tenía Henric, pero no había respondido a ninguna de ellas. Sabía que los militares interceptaban el correo, pero Henric tenía contactos que nos habían ayudado a comunicarnos con Rose.

—No, hace tiempo que no sé de ella, las líneas telefónicas están cortadas y no responde a mis cartas. Con probabilidad no llega el correo, lo interceptan los militares. —Bajó el rostro—. Deberías escribirle y hacer las paces con tu hija —me atreví a decir, en realidad era lo que pensaba, ella era demasiado orgullosa y tenía que dar su brazo a torcer.

—Gracias, pero no te he pedido tu consejo ni opinión. Y ahora, si me disculpas, tengo una agenda repleta de actividades. —Se levantó y desapareció de la sala.

Faltaban dos días para marcharnos a Capri, estaba en mi casa ultimando los preparativos cuando tocaron al timbre, me extrañé, no esperaba a nadie. Fui a abrir y dos hombres altos, trajeados, uno con el pelo canoso y el otro, más joven, con el pelo rubio, me miraban con interés.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles?

—¿Es usted Ana? —dijo el más joven de los dos.

—Sí, soy yo.

—¿Nos permite pasar, señorita? —Me enseñaron su placa de policía. Asentí, abrí la puerta y les invité a sentarse. Me senté frente a ellos, les miraba con atención, esperando a que dijese sus primeras palabras—. Sabemos que la noticia que le tenemos que dar no va a ser bien recibida por usted, es algo triste y de verdad que lo sentimos mucho. —Me estaba poniendo muy nerviosa.

—Por favor, ¿qué es lo que me tienen que decir?

—Su prometido, Henric Windsor, ha muerto. Estaba en Moscú, en el interior de un edificio, cuando este se incendió. No pudo salir. Desde la

embajada británica de Rusia nos han informado de este percance, van a intentar deportar las cenizas lo antes posible para que su familia disponga de ellas.

—¡Eso no puede ser cierto! Hablé con él hace unos días.

—Lo sentimos mucho, señorita. —Se levantaron—. En cuanto lleguen las cenizas se lo haremos saber. —Se marcharon.

Estaba muerta en vida, no podía creer lo que me acaban de decir. ¡Henric muerto! No, no podía ser. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas, una gran tristeza invadió toda mi alma, quise morirme en ese instante.

Capítulo 8

El archivo Mitrokhin

Habían transcurrido dos meses desde que me anunciaron la muerte de Henric. Decidí pedir una excedencia de unos meses en la escuela de Londres en la que trabaja, necesitaba descansar y cambiar de aires. Mi madre me había dicho que regresase a casa, y mi padre y mi tío Manu también me alentaron a ello; además, coincidía con que Monique y mi tío llevaban un tiempo viviendo juntos en Madrid, mi ciudad natal.

Recuerdo las sensaciones de cuando volví a mi país, la tierra que me vio nacer, estaba emocionada, feliz de regresar después de tanta tristeza por la muerte del hombre al que amaba y las condiciones tan extrañas que rodearon su desaparición.

Llevaba unas semanas en España, estaba pasando unos días con mis padres en su pueblo, Potes, Cantabria. Siempre me había gustado ir allí. Nuestra casa era de madera, pequeña, con vistas a la montaña. El paisaje era bonito, especialmente en verano, que era la época en la que más me gustaba ir. Esa mañana mis padres se habían ido con Monique y mi tío, que estaban con nosotros, a hacer senderismo por los montes. Yo había decidido quedarme allí. Me levanté y decidí pasear por el pueblo, había bastantes turistas. Me detuve a observar el río, en ese momento recordé, como venía siendo habitual, los días posteriores al fallecimiento de Henric. Nos habían dicho que se había quemado su cuerpo y que no había quedado nada de él, solo sus cenizas, que

llegarían en una urna, algo que todavía no había ocurrido. Todo había sido muy extraño, hasta Diana estaba desconcertada por todo lo sucedido y la demora en recibir los restos de su hermano. Me dijo que en cuanto tuvieran las cenizas, las enterrarían en Capri, y me avisaría para que yo estuviera allí. A pesar de lo distanciadas que siempre habíamos estado, la desaparición y muerte de Henric había hecho que nos acercáramos más la una a la otra. Cada vez tenía más claro que lo que le pasó a Henric no fue un accidente, cuando él me llamó estaba tenso y supe, por su voz, que algo le pasaba. Solo recordarle, pensar en su sonrisa, su mirada... me hacía sentir la mujer más desgraciada del mundo. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas.

—A veces necesitamos llorar para poder rehacer nuestra vida. —Era Monique. Me limpié las lágrimas con la palma de mi mano.

—¿No te habías ido a andar?

—No, preferí quedarme aquí y esperar a que te despertases para poder estar contigo a solas, apenas hemos tenido un momento para las dos. Además, tus padres y tu tío caminan demasiado deprisa y yo no puedo seguirles en sus rutas.

—Me alegra que te hayas quedado.

—¿Qué pasó, Ana? Apenas me lo contaste.

Pasé a relatarle todo desde el mismo día en que Henric se marchó. Su expresión era de asombro.

—Todo es muy extraño, Ana.

—Lo sé, él quería que encontrara unos documentos y se los enviara lo antes posible a la embajada inglesa en Moscú. Algo ocurrió.

—¿No te has planteado ir a Moscú?

—¿A Rusia? ¿Yo sola? No. ¿Para qué? Él ya está muerto, si tuviese la más mínima esperanza de que él vive iría hasta allí. Pero fue la propia policía de Scotland Yard la que me informó, tanto a mí como a su hermana.

—Eso es cierto. Cariño, estoy preocupada por ti, te veo muy triste, no quiero que caigas en depresión, tienes que mantener tu mente ocupada en algo.

—Ahora no puedo, Monique. Le amaba, le amo, era el hombre de mi vida. Era mi otra mitad, todo mi ser lo sabía y es como si hubiesen arrancado una parte de mi alma.

—Te entiendo, amiga. —En ese momento Monique me abrazó.

Esa mañana estuvimos paseando y recordando anécdotas de Siaten. La verdad es que necesitaba su compañía, por un instante había sonreído recordando peripecias que nos pasaron en el internado, pero en mi mente siempre estaba su recuerdo.

Transcurrieron los días y mi tío y Monique se fueron a París para estar con la familia de ella. Allí me quedé yo, con mis padres. Apenas veía a mi padre, ya que siempre estaba en la montaña y regresaba al hogar por la tarde, y mi madre tenía mucha vida social con las lugareñas. Así transcurrían los días: ellos con su actividad diaria y yo recordando a Henric a cada segundo del día. Llegó el momento de regresar a Madrid y, desde ahí, a Londres. Mis padres se quedaron en Potes, allí eran felices.

Nunca imaginé que de regreso a Madrid para coger el avión a Londres me encontraría esa carta en el buzón. La abrí enseguida al ver que venía de la capital británica. Era de Amelie, la secretaria de Henric. Dejé mi bolso sobre el sofá y la maleta en mitad del pasillo y empecé a leer.

Querida Ana:

Por indicación de la señora Windsor le informo que las cenizas del señor Henric Windsor ya han llegado a Londres, mañana partirá la señora a Capri para esparcirlas en el mar que tanto le gustaba al señor. Como sé que está usted en España, le ruego que me llame al teléfono de la oficina para confirmar la recepción de la carta.

Un saludo,

Amelia.

Observé que la carta había llegado hacía dos días, tenía que llamar con rapidez. Cogí mi agenda y marqué.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —Una voz seria y femenina.

—¿Amelie?

—Sí, soy yo.

—Amelie, soy Ana... Acabo de leer su carta en la que me informaba de la llegada de las cenizas de Henric.

—¡Ah, sí! ¿Qué tal su estancia en España?

—Bien, gracias.

—Sí, las cenizas ya llegaron y las tiene la señora Windsor. Ella ya ha partido a Capri. ¿Podrá usted ir a la isla?

—Por supuesto. Mañana tengo vuelo para Londres, tengo que estar unos días allí para temas de mi trabajo en el colegio, pero después partiré a Capri.

—Muy bien, entonces avisaré a la señora Windsor para que la esperen antes de esparcir las cenizas. Señorita, necesito verla cuando venga a Londres. Por favor, ¿se podría pasar por la oficina?

—Sí, por supuesto. ¿Pasa algo? —dijo con curiosidad.

—Prefiero no hablar sobre ese tema por teléfono. Es algo que necesito contarle. Por favor, venga a verme en cuanto pueda.

—Así lo haré, Amelie. Gracias por todo.

Nos despedimos. Me dejó intrigada. ¿Por qué querría verme?

Habían pasado tres días desde mi llegada a Londres, ya había solucionado los temas del colegio para después del verano, había sacado mi billete para Capri y esa tarde había confirmado a Amelie que iría a las oficinas de la familia Windsor. Amelie me esperaba. Fue a recibirme con una amplia sonrisa y me invitó a entrar en su sala y a sentarme.

—Señorita, ¡qué ganas tenía de verla! ¿Cómo se encuentra?

—No muy bien, Amelie, todavía no he asimilado la muerte de Henric.

—La entiendo —dijo mientras me miraba con seriedad.

—Amelie, me tiene intrigada. ¿Qué es lo que quería decirme?

—Espere un momento, por favor. —Se levantó y cerró la puerta, después volvió a sentarse y me miró a los ojos—. Hay algo que no me cuadra en la muerte del señor Windsor. ¿Recuerda la última vez que hablamos? —Asentí, claro que lo recordaba—. Esa misma tarde el señor me llamó, me dio una clave para que la guardase en la caja fuerte, insistió en que no se lo dijese a nadie, que solo cuando él me volviese a llamar la enviase al jefe de la policía de Scotland Yard. Insistió en que solo cuando él me lo dijese.

—¿Y qué era esa clave? —la interrumpí.

—Era un nombre ruso —Se levantó, abrió la caja fuerte y me dio el papel que guardaba en el interior. Lo leí en voz alta.

—Mitrokhin

—Sí, es un nombre ruso. Pues bien, la tarde en la que le confirmaron a usted que el señor había muerto, él me llamó. —Me sorprendí, la policía me confirmó su muerte por la mañana—. Yo no sabía que él había muerto, me enteré al día siguiente cuando la señora Windsor me informó. Pero yo hablé con él esa tarde, me dijo que llamase directamente al jefe de policía y que le dijese que llamaba de parte de él. Quería que le deletrease el nombre que él me había dicho por teléfono. También me dijo que usted iba a buscar unos documentos que él necesitaba en Capri, que le ayudase para enviarlo a la embajada Británica en Rusia. Pero después ya supe de la noticia de su muerte y no le comenté nada. —Guardó silencio—. Hace tiempo que quería contárselo, señorita. Henric no estaba muerto cuando la policía fue a su casa para decirle lo del fallecimiento. Hay algo muy extraño en todo esto. —No daba crédito a lo que estaba escuchando, el corazón me latía con celeridad, sentía miedo, alegría, un atisbo de esperanza, confusión—. Además, últimamente he notado que los documentos que guardo en esta oficina no están colocados de la misma manera.

—Amelie, esto es muy desconcertante. Entonces... ¿cabe la posibilidad de que Henric esté vivo?

—Lo único que sé es que él no murió en el incendio, yo hablé con él esa

misma tarde. Y sospecho que las cenizas que han traído después de tanto tiempo de Moscú tampoco son de él. Que esté vivo, ahí no le sé decir, señorita, porque él ya no ha vuelto a llamar, pero sospecho que puede estar vivo en una misión del Gobierno y que no interesa que se sepa que no murió en el incendio. Él estaba nervioso, muy nervioso y algo ocurrió para que se marchara a Moscú de esa manera tan precipitada, a usted le dijo que iría a comer, y a mí me pidió los billetes para el vuelo.

—Tienes razón, Amelie. Voy a intentar encontrar esos documentos. Pueden ser la clave a todo este misterio. Muchas gracias por confiar en mí y contármelo.

—De nada, no podía soportar más esta carga, sobre todo porque yo también pienso que el señor Windsor puede seguir vivo. Por favor, no le comente esto a nadie, ni a la señora Windsor.

—Descuida, este asunto no lo debe saber nadie. Solo tú y yo. Muchas gracias, otra vez.

Recordaba las sensaciones que tuve la primera vez que llegué a la isla, el olor, el sonido de las gaviotas, el cálido calor del sol y la gente tan maravillosa. Pero ese viaje era triste, aunque tenía esperanzas de volver a encontrarme con él. Me había aferrado a la idea de que Henric podía estar vivo. Diana enseguida me recibió en la biblioteca. Iba vestida de negro, luto riguroso desde la muerte de su hermano.

—Querida Ana, me alegro de verte. —Me sorprendió su comentario—. La muerte de Henric me ha afectado mucho. Era al único que tenía, mi gran apoyo, y mi hija... —Se giró para mirarme—. No he podido contactar con ella, no hay comunicación con la antigua Yugoslavia, mi marido siempre está fuera, me siento sola, no me queda nadie.

—Estoy segura de que Rose está bien.

—¿Tú crees? No me perdonaría que le hubiese pasado algo sin haber

hablado con ella. ¿Sabes, Ana? Ahora me arrepiento de no haber sido más comprensiva con Rose y de no haber estado más tiempo con ella. —Me levanté y me puse a su lado.

—No te martirices, tú actuaste como creías en ese momento. Habrá tiempo para que puedas reconciliarte con ella y pedirle perdón. —Me miró.

—¿Lo piensas de verdad, Ana?

—Sí, estoy convencida de ello. Yo he estado en la aldea en la que Rose se ha refugiado. Medjugorje es especial, nadie le hará daño. —Me cogió de las manos.

—Gracias, Ana. Perdona por todo el daño que te he podido hacer. Siento haberte dicho la relación que Henric mantuvo con Fabiola, pero créeme, aunque pareció que lo hice para hacerte daño en realidad era para que estuvieras alerta, no quería que Henric te hiciera daño.

—Eso ya no tiene importancia.

—Sí lo tiene, al menos para mí. ¿Me perdonas, Ana?

—Claro que sí.

En ese momento entró Alice en la estancia, nos miraba seria, ya no me acordaba de ella, esa mujer siempre me producía una sensación de desconfianza cuando la veía.

—Alice, Ana ya está aquí, quiero que le prepares la habitación de invitados —dijo la hermana de Henric. —Alice asintió, me analizó antes de irse.

Estuvimos charlando y después decidí subir a mi habitación y descansar, por la tarde echaríamos las cenizas al mar desde lo alto del monte. Ese lugar me traía buenos recuerdos, mis primeros momentos con él en la isla. ¡Qué momentos! Recordaba todas las historias que él me relató de ese lugar, las sensaciones y sentimientos que él fue despertando en mí.

Por la tarde, un sacerdote amigo de la familia dio un responso. La hermana de Henric abrió la urna y esparció las cenizas por el acantilado. Las lágrimas recorrían mi rostro, tantos recuerdos, le amaba y me resistía a pensar que jamás le volvería a ver, albergaba la esperanza de que él estuviera vivo.

De camino a la casa noté a Diana cabizbaja.

—Fíjate, ni siquiera mi esposo está junto a mí para acompañarme en el dolor que siento. —Yo permanecía en silencio—. Menos mal que mi hija no siguió el mismo ejemplo. —Me miró—. Por favor, me tienes que prometer que si contactas con Rose le dirás que necesito hablar con ella, estoy arrepentida de todo el daño que la he causado.

—Se lo diré.

Cuando llegamos al hogar de los Windsor, Diana se fue a descansar, momento que yo aproveché para ir a la sala de pintura. Sabía que la familia había llevado allí el cuadro de la galería de Siaten, y Henric me dijo que en esa sala encontraría esos documentos. Siempre que subía a la última planta me daban escalofríos, tenía la sensación de que no estaba sola, una percepción extraña. Abrí la puerta, la dejé semiabierta, pero conforme avancé al interior de la sala esta se cerró. Me giré con rapidez, no había nadie. El cuadro estaba junto al balcón, me quedé petrificada, mi tío había hecho un buen trabajo en la restauración. Anne me miraba, parecía que me estaba hablando y me susurraba al oído «¡mírame! Ahí encontrarás la respuesta».

Me acerqué al cuadro despacio, sus ojos brillaban, eran muy reales, si te acercabas podías distinguir una silueta en sus pupilas perfectamente delineada.

—¿Qué quieres decirme, Anne? ¿Qué ocurrió aquel día? ¿Qué te pasó? — Por un momento olvidé el motivo de ir a la sala.

Me concentré en lo que había ido a buscar. Henric me dijo que estaba en el cuadro. Empecé a tocar por la parte de atrás, pero en ese momento escuché pisadas que se acercaban con lentitud hacia la sala de pintura, se detuvieron justo en la puerta y observé cómo el picaporte se giraba con lentitud.

—¿Quién anda ahí? —pregunté, asustada.

El picaporte dejó de girar y yo fui directa a la puerta, quería ver quién estaba detrás. Con rapidez abrí el pomo, no había nadie, ni siquiera el ruido ligero de pasos alejarse.

Cerré la puerta y me dirigí hacia el cuadro, asustada. Toqué con cuidado por

toda la parte trasera y enseguida percibí un doble papel que cubría una parte del cuadro. Estaba pegado, cogí uno de los pinceles que había en la sala y con el mango lo intenté romper con cuidado. Allí estaban varios papeles en el interior de una carpeta de cuero. Abrí esta y leí «*Mitrokhin*». Tenía curiosidad por ver lo que había en el interior. La primera página estaba escrita en inglés, el resto en ruso, había nombres de personas rusas y británicas. Leí las primeras líneas, que para mí no tenía ningún sentido: «Los cinco de Cambridge eran Kim Philby, Guy Burgess, Donald Duart Maclean, Anthony Blunt y John Cairncross». Después había un listado de más nombres y palabras en otro idioma. Eran muchas hojas sin sentido, al menos para mí. ¿En qué estaría metido Henric? Las palabras KGB se repetían constantemente en los papeles y solo leer esas iniciales me hacía estremecer. Las hojas del final se cayeron y las recogí, estas estaban escritas en inglés y no había nombres, solo varios párrafos. Leí en voz alta: «*Se sospecha que los rusos están también detrás del conflicto de la guerra de los Balcanes. El envío de armas está favoreciendo que esta guerra continúe y cada vez sea más cruel, fomentando al genocidio con la limpieza étnica que allí está teniendo lugar...*».

Recordé los momentos breves pero intensos que viví de esa guerra, los crueles asesinatos y la transformación de las personas a través del odio, un rencor capaz de matar a seres humanos. Guardé los documentos en la carpeta, eran muchos y sabía que debían ser de vital importancia. ¿Qué haría con ellos? En ese momento lo había decidido, no es que me considerase una mujer valiente pero debía descubrir si Henric estaba vivo, y la única manera era ir a Moscú, no sabía adónde iría una vez que estuviera allí, pero lo que tenía claro es que en Londres no encontraría la verdad ni las respuestas a tantas preguntas. ¿En qué había estado metido Henric?

Salí de la sala, no sin antes mirar al cuadro, volví a tener esa misma sensación, sus pupilas me invitaban a contemplarla e intentar descubrir qué escondía. Cerré la estancia, volví a mirar en todas las direcciones por si veía a alguien, los pasos me habían sobrecogido y el no haber visto a nadie me

había hecho sentir miedo. Fui directa a mi habitación, guardé la carpeta en mi maleta, no había sacado muchas cosas ya que no tenía pensado estar mucho tiempo allí, y menos después de encontrar los documentos. Debía decírselo a Amelie.

Me tumbé en la cama, tenía las mismas sensaciones que la última vez que estuve en Capri; sentía que el espíritu de Anne seguía vivo en ese lugar, al menos para mí. Sus imágenes en los cuadros de la casa era como si me persiguiesen y me susurrasen al oído siempre la misma palabra. Escuché ruidos en el jardín, era Alice, miraba para todos los lados, se adentró entre la arboleda, ¿adónde iría? Esa mujer me tenía intrigada.

Decidí subir otra vez al Monte Solaro, desde donde habíamos esparcido las cenizas de Henric, quería volver a ir allí antes de abandonar Capri. Hacía mucho calor, subí por el camino de arena, tardé en llegar, estaba agotada. Suspiré ya en la cima y me senté en la hierba, quería contemplar el horizonte que se fundía con el mar Tirreno.

—¡Qué casualidad encontrarte aquí! —Enseguida reconocí esa voz a pesar de los años que habían transcurrido. Era Mauricio. Permanecí en silencio—. ¿Puedo sentarme a tu lado?

—Ya me iba —mentí, pero no quería estar con ese hombre y menos en ese lugar aislado.

—Por favor, te prometo comportarme como un caballero y aprovecho el momento para pedirte disculpas por mi actitud en el pasado. Estaba muy viciado con el alcohol, pero es algo que ya he superado, lo prometo. —Le sentí sincero en sus palabras, aunque seguía sin fiarme de él—. Siento mucho la muerte de Henric, sé que os ibais a casar. En Capri las noticias de la familia Windsor enseguida se saben.

—Gracias. —Bajé el rostro—. Sí, nos íbamos a casar.

—Lo sé... De verdad que lo siento. Henric y yo no nos llevábamos muy bien, teníamos ciertas diferencias, pero he de decir que su muerte me ha dolido.

—Tengo que regresar a la casa, Diana me espera.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en Capri?

—Pasado mañana regreso a Londres. Tengo muchas gestiones que hacer.

—Pues sabiendo que estás en Londres, entonces te veré, Ana. —Me hubiese gustado decirle lo indeseable que fue su comportamiento al dejar embarazada a una joven como Rose, pero sabía que a ella no le hubiese gustado desvelar la verdad sobre el padre de su hijo.

Me acompañó hasta la casa de los Windsor. Alice estaba en el interior, desde la escalera me observaba. ¿Adónde habría ido?, pensé. Mauricio se despidió y Alice se acercó a mí.

—La señora quiere que le comunique que no comerá con usted, está muy cansada y le duele la cabeza.

—Gracias, Alice, comeré en mi habitación, algo ligero, un sándwich si puede ser. — Se me quedó mirando. Le di la espalda, estaba dispuesta a subir las escaleras para ir a mi habitación cuando escuché algo a Alice que me hizo detenerme.

—Usted ha traído la desgracia a esta familia —dijo en voz baja. Me giré para mirarla y ella se marchó con rapidez.

Me quedé petrificada, sus palabras me habían dañado. ¿Eso era lo que pensaba de mí? Esa mujer me odió desde el primer momento, pero no entendía muy bien el porqué. Llegué a mi habitación, abrí la puerta y enseguida me fijé en el sobre que había sobre mi cama. Lo abrí y en el interior vi que había un trébol azul pintado sobre un papel, donde solo había una palabra: «*Márchate*».

Mi mirada se quedó fija en el trébol azul. Recordé lo que ponía en el diario de Anne sobre ese símbolo. Lo rompí, no sabía quién podía haberme puesto aquello. Quería irme de Capri lo antes posible.

Mi vuelta a Londres fue rápida. Diana estaba muy deprimida, se iba a quedar

en Capri, no me gustó dejarla sola pero tenía que encontrar respuestas al asunto de Henric. Había quedado con Amelie esa misma mañana.

—Ya puede entrar, Ana —me dijo—. ¿Qué ha encontrado? —Le mostré la carpeta.

—Estos son los documentos que Henric me pidió. —Amelie apenas pestañeaba.

—¿Qué ha pensado hacer con ellos?

—Me voy a ir a Moscú, pero necesito tu ayuda, Amelie. ¿Me podrías hacer una reserva en el mismo hotel en el que Henric se alojó? Y la lista de lugares o citas que tenía, si es posible.

—Claro que sí, guardo la agenda de esos días, todo lo anoté, hasta el horario del vuelo que cogía el señor. Le reservaré para el mismo hotel y le daré un listado con las citas que tenía, pero no puedo ayudarle en lo que él hiciese fuera de ahí. —Ella abrió uno de los cajones donde guardaba muchas carpetas—. Hotel Metropol, aquí fue donde el señor se alojó. Las citas eran con el embajador inglés.

—¡Fenomenal, Amelie! Muchas gracias.

—Señorita, tenga cuidado, Rusia es un país muy bello pero muy particular.

—Tendré cuidado.

—En cuanto tenga los billetes de avión y la reserva del hotel, le aviso.

—Muchas gracias, Amelie. —Me levanté para marcharme pero antes me giré para ponerme frente a Amelie—. ¿Tú crees que puede estar vivo?

—No lo sé, Ana. Lo que está claro es que nos mintieron.

Subí a mi apartamento, abrí la puerta, no estaba la llave echada, entre con sigilo y allí, sentada, estaba Monique. Ella tenía una copia de la llave de mi apartamento y la última vez que la vi en España me prometió que me visitaría. Fue una sorpresa encontrármela. Ella se levantó con una gran sonrisa y nos abrazamos.

—He venido a estar contigo unos días, querida amiga.

—Muchas gracias, Monique. ¡Qué ilusión!

Capítulo 9

Moscú

—La verdad es que me hace ilusión visitar Moscú —dijo Monique.

—Dicen que es una ciudad bonita.

—No te veo muy ilusionada con el viaje, Ana.

—Ya sabes cuál es el motivo —le respondí.

Monique me conocía muy bien y cuando le dije en Londres mi intención de ir a Moscú no daba crédito, sabía que no me gustaba viajar sola y menos a países como Rusia. Sus preguntas y curiosidad me hicieron contarle todas las sospechas sobre la muerte de Henric y mi descubrimiento de los documentos; a partir de ahí tomó una decisión que no pude evitar que se cumpliera; Monique era así, no se la podía disuadir una vez que decidía algo. Puso una excusa a mi tío diciéndole que yo quería visitar el lugar donde Henric murió. Manu no se opuso a su idea de acompañarme. Me sentía agradecida a Monique, en realidad me gustaba la idea de ir acompañada, y más si era con ella.

En el aeropuerto nos estaba esperando el chofer del hotel.

El hotel era majestuoso, uno de los edificios más antiguos de la capital rusa. Desde el principio fue el centro de atracción de la élite rusa. Monique y yo estábamos asombradas de la grandeza y belleza del edificio. Ambas nos miramos. El *hall* era todo lujo, una gran escalinata central daba acceso a los ascensores que llevaban a las habitaciones, alfombras de enormes

dimensiones cruzaban la recepción. Una recepcionista rubia con ojos azules nos sonreía, nosotras estábamos tan asombradas por el lujo que nos rodeaba que no habíamos reparado en ella.

—Buenos días, señoras.

—Buenos días —dije mientras Monique seguía admirando la decoración y cada detalle que había en el hotel. Le di nuestros pasaportes para que confirmasen nuestra reserva y datos.

Nuestras maletas las llevaría a posteriori el botones, quien nos las subiría a nuestra habitación. Al entrar en el dormitorio nos quedamos sorprendidas: largas cortinas cubrían las anchas ventanas, moqueta y alfombras en el suelo de la habitación, y un baño con todo lujo de detalles. Monique se lanzó sobre una de las camas.

—¡Es precioso! ¡Vaya hotel!

—Amelie ya me dijo que era el hotel más lujoso de Moscú, pero jamás imaginé que era tan espectacular.

—¿Y aquí se alojó Henric?

—Por lo visto sí, todas las veces que vino estuvo alojado en este lugar.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Amelie llamó al mismo guía turístico que contrató para Henric. Por lo visto, él necesitaba a alguien que le guiase por el país, y este hombre fue el encargado de ello. Amelie me dijo que podíamos confiar en él. Así que en una hora le tenemos aquí, nos va a llevar para ver el Kremlin, comeremos y después seguiremos de ruta turística por la ciudad.

El guía fue puntual, nos esperaba en la recepción del hotel, era un joven de pelo oscuro, alto y ojos de un azul intenso. Nos aguardaba con una sonrisa. Su inglés era perfecto. En la entrada al hotel había un coche esperándonos con un chofer que nos llevaría hasta el Kremlin.

—Buenos días, señoritas. Mi nombre es Jov y voy a ser su guía turístico en estos días de estancia en Rusia.

—Encantada, Jov. Yo soy Ana y esta es mi amiga Monique.

—Sígueme, nos acercaremos hasta el Kremlin, que será nuestra primera visita.

Nos montamos en el coche, Monique estaba entusiasmada y yo tenía una sensación de nervios y miedo. Sí, sentía miedo porque sabía que el hombre que tanto amaba había estado aquí y debía descubrir qué era lo que había pasado con él.

—Me dijo Amelie que eran familia de los Windsor —dijo Jov.

—En realidad no somos familia directa, yo era la prometida de Henric.

Jov se quedó unos segundos en silencio, después volvió a hablar.

—Lamento mucho lo que le sucedió al señor Windsor. Yo estuve con él dos días, tenía mucho interés en que le llevara a San Petersburgo, se alojó en un hotel y me dijo que tenía que ver a una persona. Yo le esperé para comer, ya que había acordado con él llevarle al teatro Bolshói, pero ese día no regresó. Más tarde me enteré de su fallecimiento en el incendio.

—Jov, ¿te dijo a quién iba a ver?

—El señor Windsor era muy reservado con sus asuntos, pero me dijo que tenía que ver al sacerdote de la iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada.

—¿Cuándo visitamos San Petersburgo? —Monique se adelantó a la pregunta que le iba a hacer.

—El miércoles —respondió Jov.

—Me gustaría visitar esa iglesia.

—Es uno de los lugares imprescindibles de San Petersburgo —respondió Jov.

La muralla del Kremlin me fascinó con sus dos bellas torres frente al río Moscova. En el interior había una serie de edificios, cuatro palacios y cuatro catedrales, que fuimos recorriendo y admirando por su belleza.

Estábamos cansadas y heladas, hacía mucho frío, empezaba a anochecer.

Regresamos al hotel y una vez en nuestras habitaciones nos tumbamos sobre las camas y esperamos a que llegase la hora de bajar a cenar. El comedor era

un gran salón con una fuente artificial en el centro. La cena estaba amenizada por un pianista que deleitaba a los allí congregados con una pieza de Tchaikovski. La gente iba vestida muy elegante. Monique y yo no nos habíamos arreglado mucho.

—Esto se avisa, Ana.

—¿El qué? —le respondí.

—Que teníamos que venir de etiqueta. ¿Te has fijado en el atuendo de los comensales para la cena?

—Tienes razón, mañana nos ponemos más elegantes —dije guiñándole un ojo.

Habíamos acabado de tomar el postre y en ese momento el corazón empezó a latirme con celeridad. Mi mirada se centró en un hombre y una mujer, a ella no la pude ver el rostro pero él era igual que Henric, hasta su forma de caminar era la misma, se fueron dirección al *hall*, yo me levanté con rapidez.

—¿Se puede saber adónde vas? Todavía falta que nos traigan el café —dijo Monique.

—Ahora te cuento. —Mi amiga me observaba con asombro.

Me dirigí a la recepción, ellos se alejaban para el ascensor, no llegué a tiempo para estar frente a él. Pero observándole desde la lejanía, más me convencía de que era él. Me acerqué a la recepcionista.

—Disculpe, ¿quiénes eran la pareja que acaban de estar aquí? —La recepcionista me miraba con interés—. Es que estoy prácticamente segura de que son unos familiares míos a los que hace mucho tiempo que no veo y me haría mucha ilusión encontrarme con ellos. —La recepcionista sonrió.

—Son el señor y la señora Miller.

—Miller —repetí—. ... Seguro que vuelvo a coincidir con ellos. Gracias

—Disculpe, señorita —me giré—. Ellos se marchan mañana temprano a San Petersburgo.

—¿A San Petesburgo? Dentro de unos días iremos allí. ¿Y sabe dónde se alojarán?

—Disculpe, pero esa información la desconozco. Aunque les he escuchado decir que irán al gran concierto que se celebra en el teatro Bolshói, es uno de los conciertos de más nombre en San Petersburgo, van políticos y grandes personalidades. Después del concierto habrá una cena y un baile.

—¡Qué interesante! —disimulé—. ¿Cómo puedo conseguir entradas?

—Desde el hotel se las puedo gestionar. Dígame el número de su habitación y hacemos el trámite desde aquí.

Regresé a la mesa donde estaba Monique, sola, esperándome. Por la expresión de mi rostro ya sabía que algo me había pasado.

—¿Por qué te has ido así?

—Juraría que he visto a Henric. No he podido confirmarlo pero estoy casi segura de que era él.

—Ana...

—He ido a preguntar a la recepcionista y me ha dicho que son los Miller.

—¿No estaba solo?

—No, iba con una mujer.

—¿Y tú crees que si fuese Henric se haría pasar por alguien que no es e iría con una mujer diferente a ti? Ana, está bien que hayas querido hacer este viaje, y seguro que Henric no murió en el incendio, pero si estuviese vivo... ¿no crees que ya se habría puesto en contacto contigo? ¡Cariño, él te amaba, te quería con locura! —En el fondo sabía que tenía razón.

—Se parecía mucho a él.

—Bueno, a veces encontramos a personas que son similares a otros pero eso no quiere decir que sea él. —Me entristecí, Monique tenía razón, el deseo de encontrarle con vida hacía que me aferrase a cualquier cosa. Mi expresión se tornó triste—. Bueno, de todas formas averiguaremos quién es ese Miller y nos aseguraremos de que no es Henric. —Me guiñó un ojo.

Yo sabía que ella lo hacía para que me quitase la absurda idea de que él estaba vivo. Pero a pesar de todo, yo sentía que él no había muerto, quizás eran las ganas de que así fuese.

Al día siguiente recorrimos la Plaza Roja, de enormes dimensiones, y de la que partían las principales calles de Moscú. Más tarde estuvimos paseando por los jardines de Alexander, allí Monique se entretuvo haciendo unas compras y Jov y yo la esperamos sentados en un banco.

—Ahora que estamos solos me gustaría contarle algo —dijo Jov. Le observé atenta—. La muerte de Henric fue muy extraña. Como le comenté ayer, yo me quedé en el hotel de san Petersburgo, como era muy tarde me acerqué a la recepcionista para ver si el señor había dejado alguna nota para mí, él era muy impredecible. Recuerdo que pasó una hora y vi entrar en el hotel a dos hombres trajeados, observaban por todas partes y fueron directos a la recepcionista, no me dieron buena impresión. Estuvieron hablando con la joven y esta me señaló, los hombres se giraron para analizarme. Vinieron hasta donde yo estaba. Se identificaron como agentes de las FSB, Fuerzas de Seguridad Interna, pero en ningún momento me enseñaron sus acreditaciones, algo que me extrañó. Me estuvieron haciendo preguntas acerca de mi relación con el señor Windsor, eso también me pareció muy raro, y después me dijeron que había muerto en un incendio. Pero... ese incendio no apareció nunca en las noticias, ni en los periódicos ni en la televisión ni en la radio.

—¿Qué es lo que me estás queriendo decir, Jov?

—Que no hubo ningún incendio, señorita. Esos hombres no eran de las FSB y el señor no murió de la forma en la que ellos dijeron, de eso estoy seguro. Además, recuerdo que una vez que se informó a sus familiares de su fallecimiento, Amelie me dijo que lo arreglase todo para que trajesen las cosas de Henric, sus maletas y todo su equipaje a Londres. Yo regresé tres días después al hotel y al preguntar por el equipaje de Henric me dijeron que ya se lo había llevado un familiar de él. ¡Un familiar! Cuando Amelie me aseguró que ningún Windsor había dado la orden de trasladar sus cosas... ¿Lo ve? Todo fue muy extraño.

Jov tenía razón. ¿Qué fue lo que pasó?, pensé. En ese momento apareció Monique con sus compras.

La llegada a San Petersburgo fue espectacular. Fuimos en coche con Jov, en esta ocasión no había chofer, conducía él. Amelie nos había hecho la reserva en el mismo hotel en el que se alojó Henric. De camino a este no dejaba de asombrarme de las avenidas anchas y simétricas, salpicadas de catedrales e iglesias y los románticos canales que me embaucaron desde el primer momento.

—Pedro I, el Grande, quería el lugar más bello e impactante del mundo; además, deseaba asegurar a Rusia otra salida al mar con fines defensivos y comerciales. En las obras murieron 100.000 personas.

—¡100.000 personas! —Monique se sorprendió.

—Sí —respondió Jov—. La zona es pantanosa hasta límites insospechados, era puro fango; además, a eso hay que sumarle el frío, el cual dificultó mucho el avance de la construcción y se llevó muchas vidas.

—¡Es preciosa! —dije.

—Una vez fundada —continuó Jov—. Pedro I hizo que la Corte se trasladara hasta aquí. Levantó 300 palacetes al más puro estilo versallesco. La Segunda Guerra Mundial aniquiló gran parte de los palacios y la ciudad. Aun así conserva la elegancia y la clase de la ciudad imperial que fue en el pasado. Por cada rincón de San Petersburgo hay historia.

Llegamos al hotel, me maravillé al entrar en este y ver sus escalinatas barrocas y una decoración desbordante y recargada. En la recepción nos asignaron la habitación y esa misma tarde íbamos a ir al teatro Bolshói con las entradas al concierto y la posterior cena y baile. Jov se despidió de nosotras hasta el día siguiente.

—Mañana las recogeré para enseñarles la ciudad —dijo Jov.

—Muchas gracias —le dijimos Monique y yo al mismo tiempo.

Mi amiga y yo le despedimos y nos retiramos a nuestra habitación.

—¿Sabes? Me apetece mucho ir a ese teatro, arreglarme, estar rodeada de lujo y gente importante.

—¡Ay, Monique! —Nos reímos.

Nos arreglamos. Monique como siempre estaba espectacular. Yo me puse un vestido sencillo, negro, elegante, sin complicarme mucho. El hotel llamó a un taxi para que nos llevase hasta allí. El teatro Bolshói estaba en las inmediaciones del río Fontank. Los coches se detenían en la entrada y los invitados accedían a este por la puerta principal, con vestidos elegantes y rostros sonrientes. Monique y yo nos quedamos con la boca abierta al pisar el suelo de la entrada al teatro. El acceso era majestuoso, con las columnas de piedra caliza y coronado por una escultura de Apolo que dirigía una cuadriga a galope. La intensa luz y ese brillo especial que conservaba de la época imperial del siglo XIX me cautivaron. Nos guiaron hasta la sala principal, observé y conté diez palcos cubiertos de finísimas láminas de pan de oro. Percibí que en la decoración se habían empleado tejidos de seda natural y para los relieves se fabricó un tipo especial de papel maché.

Nos sentamos, contemplé cada palco para ver si descubría a Henric en alguno de ellos pero la luz se apagó y me resultó imposible. La orquesta se elevó hasta situarse al nivel de los espectadores. El sonido era espectacular y, a pesar de mi interés por el concierto, no podía concentrarme pensando en que él podía estar ahí.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me preguntó Monique.

—Estoy intentando distinguir al hombre que vi en el hotel —susurré.

—Ahora no vas a poder distinguir ni una mosca, está todo oscuro. Anda, céntrate en el concierto y disfruta. —Tenía razón, estaba muy nerviosa.

En el primer descanso Monique y yo nos quedamos sentadas en el patio de butacas. Aproveché para observar, y entonces lo vi en uno de los palcos principales, allí estaba él y cuál fue mi sorpresa al encontrarlo con Fabiola, la misma que mujer a la que Diana había señalado como su amante. Estaban hablando con dos hombres y otra mujer. Me quedé petrificada mirando sin apartar la vista. Sentí dolor, un dolor profundo, me había engañado, era la mujer más idiota del planeta. Había estado llorando su muerte hacía meses, y él no solo había cambiado su identidad para hacernos creer a mí y al resto de

sus conocidos y familiares que había muerto. ¡Cómo podía haber sido tan estúpida! Sin querer ni poder evitarlo las lágrimas rodaron por mis mejillas. Monique se levantó para ir al baño y agradecí que no se diera cuenta de mi tristeza. En ese momento él desvió su mirada hacia donde yo me encontraba, yo no aparté la vista aunque no estaba muy segura de que él me distinguiese; no obstante, se acercó más a la barandilla, apartándose de las personas que había con él, desde lo alto me observaba con interés. En ese momento volvieron a apagar las luces y Monique se sentó a mi lado.

—Casi no me da tiempo —dijo—. No te puedes ni imaginar qué cola había en el baño de mujeres. —No le dije nada, no podía, estaba ahogada por la angustia que sentía en ese momento.

La música empezó a sonar. Si antes fue imposible concentrarme, en ese momento, después de mi descubrimiento, ya no podía estar atenta al concierto, solo quería que terminase. Después nos dirigimos a un gran salón donde tendría lugar la cena. Había numerosas mesas, todas redondas. Enseguida volví a ver Henric, él no me miró ni me buscó, se reía con Fabiola, ¡incluso estaban haciéndose carantoñas! Le odié por todo el daño que me había hecho y me estaba haciendo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Monique.

—Mira la tercera mesa.

—¡Dios mío, es él!

—Sí, con su amante, haciéndose pasar por su esposo.

—¡Cerdo! —dijo Monique—. Se va a enterar cuando le tenga enfrente, le voy a decir cuatro cosas.

—No, Monique, eso es asunto mío.

—Jamás imaginé que Henric fuera capaz de hacer eso. Te juro que estaba convencida de que te amaba. ¡Es un sinvergüenza!

—Yo también pensaba que me amaba, pero todo ha sido una mentira. Lo que no entiendo es por qué a mí. Su hermana me advirtió, pero yo no la creí, me dijo que tenía que cobrar la herencia de su madre y para ello debía casarse...

Con Fabiola no podía contraer matrimonio.

—Ya, pero no ha debido cobrar la herencia, Ana, porque resulta que para el resto de la humanidad Henric Windsor está muerto y ahora él es un tal Miller.

—¿Cómo ha podido hacerme esto? —dije con tristeza.

—A ver, tú tienes que tener la cabeza bien alta, él es un sinvergüenza, que no vea un ápice de tristeza en ti. Muéstrate fría con él.

No dejaba de observarle, los celos me consumían, quería irme de allí. Verle con ella, haciéndole caricias a Fabiola, me mataba por dentro. La cena se dio por finalizada y comenzó el baile. Al principio había pensado plantarme ante él y pedirle explicaciones pero en ese momento estaba tan dolida y tan triste que lo único que quería era irme, ansiaba que llegase la hora en que Jov viniese a por nosotras. Me aparté, Monique salió a bailar con un ejecutivo que había estado en nuestra mesa y yo me quedé apartada.

La voz de Henric me hizo girarme para estar frente a él.

—¡Ana! —me sonreía—. Me gustaría hablar y bailar contigo. —Estaba frente a mí, con sus bonitos ojos verdes analizando cada una de mis expresiones y movimientos.

Cómo podía sonreír después de todo lo que había hecho, pensé en ese momento. Le odiaba.

—No, gracias, no quiero bailar ni hablar contigo. Me gustaría estar sola.

—Por favor, necesito explicarte todo.

—Yo no quiero hablar contigo. —Observé a Fabiola, nos miraba—. Tu amante... Ah, no, perdona, tu esposa, la señora Miller nos está mirando, es mejor que vayas con ella. —En ese momento él me cogió de las manos con fuerza y me arrastró al centro de la sala. Sus brazos me retenían con fuerza, era imposible desligarme de él—. Henric, por favor, déjame, no quiero hablar contigo.

—Yo sí quiero explicarte lo que estás viendo, te has hecho una idea falsa y quiero aclararte las cosas y contarte todo.

—¿Cómo puedes ser tan frío, Henric? Tranquilo, que no desvelaré tu

secreto si es lo que temes, nadie sabrá que estás vivo.

—Solo dices tonterías, te estás dejando llevar por la ira.

—¿Y qué quieres? Hace unos meses te marchaste sin decirme nada, tan solo recibí una llamada tuya donde me decías que te llevase unos documentos.

—Ana, habla bajo, por favor.

—Después me comunican tu muerte... ¿Te puedes imaginar la tristeza y la agonía que sufrí? Para colmo descubro que no solo estás vivo sino que te haces pasar por el esposo de ella. ¿Cuándo pensabas decirme que no habías muerto? ¿O acaso no pensabas decírmelo nunca? —Estaba rabiosa.

—No podía desvelarte la verdad, ni a ti ni a nadie. Pero no he dejado de pensar en ti, amor mío, tuve la tentación de llamarte en más de una ocasión, pero créeme que no podía hacerlo, tienes que confiar en mí.

—Confiar en ti, ¡jamás! ¡Nunca! Olvídame, Henric.

En ese momento finalizó la pieza de música y decidí esperar a Jov fuera del teatro, él debía estar al llegar, me giré con la intención de alejarme pero él me arrastró a una sala contigua a la de baile, y cerró la puerta. Yo le empujaba, quería irme de allí, no pude evitar que él notase mi angustia y dolor, estaba llena de rabia, me sentía traicionada. Retrocedí alejándome de Henric hasta que choqué contra la pared, intenté esquivarle pero él agarró mis muñecas dejándome inmovilizada. No podía hacer nada.

—No he podido apartarte de mi mente y... ¿sabes por qué? Porque te amo, eres la única mujer que me ha robado el corazón, la mujer con la que quiero casarme. Créeme, Ana, no puedo decirte lo que pasa, todavía no, porque hasta tu vida podría correr peligro, mi amor, por favor... —Iba a hablar y protestar, me movía intentando apartarme de él, pero Henric no me dio la oportunidad de poder responderle, sus labios rozaron los míos reteniéndolos entre los suyos. ¡Dios mío, cuánto había deseado sentir su boca! No pude evitar responder a sus besos, entonces él levantó su mirada.

—¡Mírame! Confía en mí, mis ojos no mienten, mi mirada habla con el corazón, amor mío. —Sacó un pañuelo de su bolsillo y me limpió las

lágrimas, me cogió con suavidad el rostro con ambas manos y me volvió a besar.

—Entre ella y yo no hay nada. Solo somos compañeros de trabajo y estamos en una misión que se complicó más de lo que esperábamos. ¿En qué hotel te alojas? —Le di el nombre del hotel con voz entrecortada—. Mañana por la tarde irá mi chofer a por ti, te llevará a un lugar seguro para que podamos hablar y pueda explicarte todo lo que ha pasado. Confía en mí. No digas a nadie que me has visto ni que mañana has quedado conmigo. Haz lo que te digo, Ana. —En ese momento la puerta se abrió. Era Fabiola.

—Henric. —Solo bastó decir su nombre para que él acudiese a su lado no sin antes besarme.

Allí me quedé yo, viéndole alejarse y más desconcertada y con más dudas que antes. Salí de la sala, Monique me estaba buscando. Ambas nos dispusimos a esperar a Jov en el exterior.

—¿Dónde te has metido? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Luego te cuento, en el hotel.

Antes de salir del teatro uno de los camareros que servían en la sala me detuvo.

—Disculpe, señorita, el señor Miller me ha dado esto para usted. —Era una caja roja.

—Gracias —dije. Decidí abrirla en el hotel.

—Todo esto es muy raro, Ana. No me gusta lo que está pasando.

—Monique, no comentes nada delante de Jov, lo hablaremos en el hotel. — Monique asintió.

Jov nos esperaba con una sonrisa. Durante el viaje de vuelta la única que hablaba era Monique, algo que agradecí, ya que no me apetecía mantener una conversación con nadie, no estaba de ánimos. Mi mente me iba a estallar, estaba hecha un mar de dudas, nada tenía sentido.

Cuando llegamos a la habitación le conté todo a Monique, se sorprendió tanto como yo.

—No entiendo nada, Ana. ¿Qué sabes del trabajo de Henric? ¿A qué se dedica?

—Si te digo la verdad, no lo sé, nunca me lo dijo, siempre cambiaba de conversación. Viajaba mucho.

—Pues tendrás que ir a esa cita, Ana. Yo ya te he dicho que me cuesta creer que Henric haya actuado así, tiene que haber una causa mayor.

—Iré, ¿no te importará quedarte sola?

—No, por supuesto que no —me sonrió.

Monique se quedó dormida enseguida, yo no podía conciliar el sueño, entonces me acordé de la caja que me había dado el camarero, al hablar con Monique me había olvidado por completo de ella. Fui hacia la mesa donde la había dejado sin hacer mucho ruido, no quería despertar a Monique. Abrí la caja y me encontré a una *matrioska*, una muñeca rechoncha y multicolor que era el símbolo del país. La abrí y había otra muñeca más pequeña, fui abriendo una tras otra hasta que di con la última, allí había un papel doblado, lo deslié.

Amor mío:

Lo que ves no es lo que parece, no te dejes llevar por las apariencias, se esconde una verdad ante todo lo sucedido que explica mi comportamiento. Confía en mí. Te espero mañana. Sobre las 17:00 horas irá el chofer.

Te amo.

Henric.

Aquella mañana Monique se sentía indispuesta, le había sentado mal la cena del día anterior. Decidí coger un barco para pasear por los canales, necesitaba despejarme, había dormido muy mal. Fui andando hacia la catedral de San Isaac, allí se embarcaba. El día era muy agradable, hacía sol y el paseo en barco era ideal. Había muchos turistas embarcando, me senté y contemple la belleza que tenía ante mí. Pasamos por la universidad, delante de la fortaleza

de San Pedro y San Pablo y fue en este punto cuando alguien se sentó a mi lado, enseguida reconocí su voz, era Mauricio.

—¡Qué casualidad! ¿Qué haces aquí, en San Petersburgo? —Me quedé sin palabras, estaba sorprendida. Ahora resultaba que San Petersburgo iba a ser el lugar de encuentro de parte del entorno de Henric. Él debió notar mi asombro, media sonrisa se dibujó en su rostro.

—Estoy de turismo —titubeé—. ¿Y usted?

—Por favor, trátame de tú, ya tenemos confianza —me sonrió—. Yo estoy por negocios. Suelo viajar mucho a San Petersburgo y me encanta hacer el paseo en barco siempre que vengo, me relaja; además, hoy hace un día espectacular. ¿Cuándo has venido?

—Llegué hace unos días, con una amiga. Primero estuvimos en Moscú y después hemos viajado a San Petersburgo.

—¿Has hecho el viaje por algo especial? —me preguntó con interés.

—¿A qué te refieres?

—Si has venido a Rusia por ser el país donde murió Henric.

—En parte sí, quería estar en el país donde él estuvo antes de perder su vida. —Guardamos silencio.

—Observa. Vamos a pasar por el canal de Fontanka, para mí el más bello. Desde ahí se pueden contemplar los jardines y el palacio de verano de Pedro I, es un espectáculo para la vista.

—¡Es precioso!

El trayecto en barca fue muy agradable con él, me hizo reír y hasta olvidarme de todo lo que me estaba sucediendo. Una vez finalizado el viaje, él se ofreció a acompañarme hasta el hotel.

—Gracias, me he divertido mucho —le dije.

—Me encantaría volver a verte. Me gustaría invitaros a la casa que tengo en San Petersburgo. Podría recogeros mañana por la mañana.

—No sé si podremos ir, mi amiga está indispuesta.

—Llamaré mañana al hotel, si está mejor vendré a buscaros.

Nos despedimos. Al entrar en la recepción estaba Jov, que, en cuanto me vio, se levantó.

—Señorita, estaba buscándola.

—Buenos días, Jov. ¿Ocurre algo?

—Tengo que irme a Moscú, no puedo quedarme más tiempo en San Petersburgo. ¿Cuándo regresarán a Moscú?

—De momento no lo sé, Jov.

—Usted tiene mi teléfono, para cualquier cosa que necesiten solo tiene que llamarme.

—Muchas gracias, Jov.

En realidad no sabía cuándo regresaría, después de lo último acontecido no podía tener previsto nada.

Monique seguía mal, estaba acostada y sin apetito alguno.

—Monique, si quieres cancelo la cita con Henric. No me gusta dejarte así.

—No te preocupes, tienes que ir, debes saber qué es lo que ocurrió. Yo estaré bien en el hotel.

Tal y como me dijo Henric, un chofer me estaba esperando en la puerta del hotel. Tenía miedo, aunque sabía que él me podría haber mentido, pero jamás me haría daño, de eso estaba segura. Llevaba conmigo la carpeta con los documentos. En realidad él me los pidió y eran para él. El coche me llevó por las afueras de la ciudad atravesando una zona de bosque. Transcurrida media hora vi una cabaña, aislada. El coche se detuvo y el chofer me abrió con rapidez la puerta. Enseguida vi aparecer a Henric del interior de la cabaña, venía hacia mí. Sin darme tiempo a reaccionar agradeció los servicios al chofer, me rodeó con sus brazos e intentó besarme, pero le esquivé y me adelante a él para meterme en el interior de la casa. Henric mostraba una sonrisa en su rostro. Cerró la puerta tras de sí.

—¿Todavía sigues enfadada conmigo? —me dijo, apoyando la espalda sobre la puerta. Me giré, molesta por el comentario y rabiosa.

—¿Tú qué crees, Henric? ¿Acaso esperabas otra cosa? ¡Me has mentido,

me hiciste creer que habías muerto!

—Pero fue para protegerte, al igual que a mi hermana.

—Con eso no te vale, Henric, necesito una explicación para intentar comprender.

—Muy bien, siéntate, por favor. —Me señaló el sofá que estaba frente a la chimenea, el calor de las llamas se agradecía ya que la tarde era fría.

Henric se fue a un minibar y puso dos copas de vino tinto, me dio la mía. Se sentó en el sofá que había frente al mío.

—Tú sabes que a pesar de las veces que me has preguntado en qué trabajaba nunca te lo he desvelado, siempre me hacías preguntas sobre mis viajes y yo evadía las respuestas. Pues bien, Ana, trabajo para el Gobierno, en temas que son secreto de Estado. —Me sorprendí al escucharle decir eso.

—¿Un espía?

—Bueno, se podría decir que sí, de ahí la máxima discreción en determinados asuntos que ni tú, la mujer que amo y mi futura esposa, puede saber por seguridad. En un principio, yo no tenía pensado ir a Moscú, quería estar contigo, mi amor, pero esa mañana ocurrió algo que me impidió comer contigo y avisarte. Rose y su esposo habían sido retenidos en Mostar, no sé qué hacían ese día allí, pero salieron de la aldea de Medjugorje, donde estaban protegidos, y acudieron a esta ciudad. Allí las tropas serbias les cogieron como prisioneros. Después descubrimos que tras esa captura estaba el servicio secreto ruso, sospechamos que ellos proporcionaban armas a los serbios y les estaban ayudando a la sangría que está teniendo lugar allí. Ellos les daban armas y a cambio capturaban a mi sobrina... pero pruebas no teníamos ni tenemos. A Rose y a su esposo les hicieron prisioneros, los rusos sabían que era una Windsor. Todo fue planeado por el KGB, querían hacer un trueque. Habían descubierto mi identidad a raíz de que el mayor Vasili Mitrokhin, alto responsable de archivos del KGB había contactado conmigo, estaba en contra de la opresión por parte de su país y copió secretamente a mano muchos documentos, entre los que se encontraba una lista de 200

nombres de británicos que espiaban para Moscú. No sé cómo se enteraron los servicios secretos de inteligencia rusos de que yo tenía estos documentos y que los servicios secretos de Inglaterra estarían informados de su existencia, el caso es que lo sabían y me chantajearon con matar a Rose y a su marido si no les daba los documentos. De ahí que te llamara para que los encontrases, lo más importante era Rose. Pero Inglaterra quería esos papeles y saber los nombres de los traidores, de ahí que me obligaran a fingir mi muerte, si yo moría no podrían chantajearme... Pero el plan de rescatar a Rose falló, y desde entonces estoy tras la pista de mi sobrina y su esposo. Según nuestros últimos informadores están en la cárcel de Kresty, aquí, en San Petersburgo.

—¿Dios mío, pobre Rose! —Estaba afectada—. Henric, encontré los documentos. —Fui a mi bolso y saqué la carpeta, se los di. Él me miró con asombro, la cogió.

—¿Has viajado hasta aquí con esto encima?

—Sí.

—¿Has puesto tu vida en peligro!

—Tenía que hacerlo, me resistía a pensar que estabas muerto, Amelie me dijo que habías hablado con ella un día después de que me confirmaran tu muerte. —Guardé unos segundos de silencio—. ¿Y Fabiola? ¿Por qué te haces pasar por su esposo? ¿Qué hay entre los dos? —Henric sonrió.

—Ella también trabaja para el servicio de inteligencia británico. Teníamos que cambiar de identidad y pasar lo más inadvertidos posible y rodearnos de políticos y personajes influyentes para poder obtener información y favores. Así surgió el matrimonio Miller, pero te puedo asegurar que mi corazón solo te pertenece a ti, amor mío. Ese matrimonio es solo un montaje ficticio.

—¿Cuándo pensabas decirme que no habías muerto?

—Cuando Rose y su esposo estuviesen a salvo, hasta entonces no, podía ponerte en peligro. Los agentes rusos pronto darían contigo, te vigilarían y serías un blanco perfecto para hacer chantaje. Estando muerto no había posibilidad de chantaje alguno. —Cogí la copa de vino. En realidad

necesitaba un trago, me costaba asimilar lo que me estaba contando. Él se acercó a mí, se sentó a mi lado y me quitó la copa de vino poniéndola sobre la mesa.

—¿Me crees ahora? ¿Confías en mí?

—Sí, te creo. —No podía apartar mi mirada de sus bonitos ojos verdes.

—¿Podrás perdonarme?

—Ahora estoy hecha un lío, Henric. Estoy bloqueada, solo puedo pensar en la pobre Rose.

Cogió mis manos entre las suyas y las besó. Me levanté y él hizo lo mismo, me rodeó con sus brazos.

—¿Sabes cuánto he deseado volverte a tener entre mis brazos? Rozar tu boca, esos labios que me llevan hasta la locura. He soñado con este momento tantas veces...

—Henric —le dije—. Son muchas cosas, te di por muerto y ahora... Me cuesta creer todo lo que me has contado...

—Lo sé, mi amor, pero ya te he explicado lo que ocurrió, no podía ponerme en contacto contigo.

—Pero no reparaste en lo que estaba sufriendo.

—Sí, lo sabía y por ese motivo yo también sufría, mi amor. Estamos muy cerca de encontrar a Rose, eso me alentaba porque sabía que pronto estaría contigo. —Iba a hablar pero él tapó con su mano mi boca—. Además, sí que me puse en contacto contigo, te escribí una carta pero nunca me respondiste, pensé que me odiabas.

—¿Una carta? ¡Jamás recibí una carta, Henric!

—Fabiola me dijo que te la envió.

—Nunca la recibí, Henric. —Se apartó de mí y se quedó pensativo.

—Es extraño.

—Tampoco estuve en Londres, me fui a España, quizás al no encontrarme...

—Puede...

—¿Qué decía tu carta?

—Te decía que me esperases y que no me guardases rencor y te daba una dirección postal para que me escribieses. Al no recibir nada pensé que me odiabas.

—Si hubiese recibido esa carta todo hubiese sido muy diferente, Henric.

Se aproximó a mí, me rodeó con sus brazos y no me dejó articular palabra alguna. Sus labios rozaron los míos. Parecía que el corazón se me fuera a salir, su contacto, sus caricias, todo despertaba en mí el deseo de tenerle conmigo.

—Mi amor, te he echado tanto de menos...

—Yo también —susurré.

Su boca recorría mi cuello, mi hombro mientras sus manos acariciaban mi piel. Se detuvo, me miró.

—¿Me amas? —me preguntó.

—Sí, te amo

Entonces sus labios se entrelazaron con los míos, su lengua acariciaba la mía y me hacía arder de placer, le necesitaba, deseaba sentir su piel, tenerle conmigo esa noche. Sus manos levantaron mi suéter quedándome con la ropa interior, yo desabroché su camisa hasta poder acariciar sus muscudos hombros y sus fuertes pectorales, mis manos recorrían cada curva de su torso mientras sentía cómo sus dedos acariciaban mi piel. Poco a poco nos fuimos quitando prendas hasta quedar ambos desnudos. Me llevó hasta la habitación, le deseaba y él también a mí, necesitaba sentir esas caricias que me hacían desearle cada vez más. Mi rostro ardía y mi cuerpo le reclamaba.

—Ahora eres solo mía, mi amor —me susurró mientras nos uníamos el uno con el otro.

Me abrazó y yo me acurruqué sobre su pecho. Me sentía feliz, le amaba.

—Te amo, Ana. Cuando todo esto pase celebraremos nuestra boda. Quiero que seas mi esposa.

—Prefiero no hacer planes, cariño —le dije. Él me besó sobre la cabeza.

Cuando amaneció nos despedimos. Su chofer me llevaría hasta el hotel, me sentía culpable por haber dejado toda la noche sola a Monique.

—Esta noche mi chofer regresará por ti —me dijo mientras me rodeaba con sus brazos.

—No puedo dejar a Monique sola, Henric, me siento culpable.

—Solo esta noche, después estaré unos días sin contactar contigo, amor mío, tengo que sacar a Rose de la cárcel. Quiero que me prometas que pasado mañana regresaréis a Moscú y desde allí a Londres, no debes estar por aquí, si te descubren... —Se le quebró la voz.

—Henric, no quiero volver a perderte.

—Nunca me has perdido. Regresaré a Inglaterra con Rose, mi amor. Confía en mí y haz lo que te he dicho. Te amo. —Dicho esto, me besó y yo le rodeé el cuello con mis brazos, devolviéndole el beso.

—Hasta esta noche, mi amor. —Me metí dentro del coche. Me sentía feliz, le amaba.

Estaba nerviosa por Monique. Subí con rapidez hacia la habitación, me quedé más tranquila al verla durmiendo. Al cerrar la puerta ella se despertó.

—¿Qué tal todo? —me preguntó.

—Bien, ahora te cuento, pero antes dime, ¿cómo te encuentras?

—Mejor —me sonrió.

Después de confirmarme su estado, pasé a contarle todo

—Ya decía yo... ¡Madre mía, Ana! Henric es un espía del servicio secreto británico.

—¡Uf! De momento no he querido pensarlo mucho.

—Bueno, lo importante es que ya está todo aclarado. Y la mejor noticia es que está vivo.

—Sí, ahora me preocupa Rose. —En ese momento sonó el teléfono, Monique lo cogió.

—Ana, dice el recepcionista que un hombre que responde al nombre de Mauricio te está esperando.

—¡Es verdad! Lo olvidé.

—¿Dónde te lleva?

—Dijo que a su casa, que está a las afueras de san Petersburgo. Pero no me apetece ir. ¿Podrás venir conmigo, Monique?

—Prefiero quedarme para recuperarme del todo.

—Bueno, regresaré después de comer.

Me cambié de ropa con rapidez. Se había portado muy bien conmigo el día anterior, y a pesar del concepto que tenía de él en el pasado, era cierto que ahora parecía otra persona. Me esperaba con una gran sonrisa.

—Regresaremos después de comer, ¿verdad? He dejado sola a Monique y quiero pasar con ella la tarde.

—Por supuesto, yo te traeré al hotel para que puedas estar con tu amiga.

La casa de campo era sencilla pero tenía un encanto especial, los grandes ventanales no tenían cortinas por lo que la luz penetraba de manera directa al interior de la vivienda. En la sala principal había una chimenea con su fuego encendido, por lo que la estancia estaba agradable. El suelo estaba cubierto de grandes alfombras y dos sofás de cuero alrededor de una mesa pequeña. En otra parte de la sala había una mesa de comedor donde ya estaban preparados los platos para la comida.

—Pensé que íbamos a ser tres, pediré que retiren el otro plato y cubierto.

—Tienes una casa muy bonita.

—La he acomodado a mi gusto, quiero sentirme cómodo en ella, paso largas temporadas en San Petersburgo.

—No sabía que viajabas a Rusia tanto. ¿A qué te dedicas?

—A la subasta de cuadros.

—¿De cuadros?

—Sí, es un trabajo entretenido y muy divertido.

—La verdad es que sí.

Nos sentamos a la mesa, me sirvió vino y no dejamos de hablar durante toda la comida, me sentía un poco mareada.

—Bueno, creo que va siendo hora de que me lleves al hotel, Monique debe estar echándome de menos, además me siento mareada, será el efecto del vino.

—No, querida, no te voy a llevar todavía al hotel. Me gustaría hablar antes contigo. ¿Dónde están esos documentos que encontraste en Capri? —Me quedé sorprendida ante esa pregunta.

—No sé a qué te refieres. —Cada vez me sentía más mareada. Me levanté y él me acompañó hasta el sofá. Se sentó frente a mí, encendió un cigarrillo, la situación me empezaba a poner nerviosa

—¿Por qué te crees que fui a Capri? Sabía que tu querido Henric guardó allí el informe secreto, pero llegaste tú y me lo pusiste todo más fácil: los localizaste y te marchaste, seguí tus pasos... Eres muy poco discreta, Ana, sacaste esos papeles más de una vez de tu maleta de regreso a Londres.

—¿Me seguiste de vuelta a Inglaterra?

—Sí, y tú no te diste cuenta de nada. Tenía que confirmar que los habías encontrado. —Guardó unos minutos de silencio—. Interceptamos la llamada que Henric te hizo antes de su supuesta muerte, en la que te hablaba de la existencia de esos papeles. ¿Dónde están?

—No sé a qué te refieres.

—Conmigo no te hagas la ingenua, sé todo. Sé que Henric no murió. Yo esperaba a que él regresara a por los documentos pero lo hiciste tú.

—Cuando él se entere no reparará en hacer todo lo posible para llevarte a la cárcel.

—¡Ja, ja, ja! Tu querido Henric jamás vendrá a buscarte, él pronto morirá, sabe demasiado. —Se me estaba nublando la vista, no era normal lo que me pasaba.

—¿Qué me has echado en la bebida?

—Es una droga muy potente, en breve te quedarás inconsciente y será Henric, ya que tú no quieres decirnos dónde están los documentos, quien los encuentre para nosotros.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros, no estoy solo en esto, tu Henric está vigilado y en cuanto sepa que estás en peligro vendrá a buscarte. ¡Ja, ja, ja! —Su risa fue lo último

que escuché, perdí el conocimiento.

Capítulo 10

Reencuentro

Cuando desperté tenía un fuerte dolor de cabeza. Estaba sobre una cama, en una habitación a oscuras. No me levanté, no me sentía muy bien, observé si estaba sola, me costó que mi vista se adaptase a la oscuridad del lugar, me di cuenta de que tenía las manos atadas tras mi espalda. Escuché voces. Había una mujer, me levanté y me fui directa hacia la puerta, quería escuchar pero no podía oír bien lo que decían. Percibí pasos que se acercaban hacia la habitación donde me encontraba, no había una ventana para poder escapar, tan solo una rejilla que daba a la sala contigua, donde se filtraba la luz de la estancia. De repente la puerta se abrió y un hombre con el rostro oculto, tapado, se adentró al interior. Al verme tan cerca de la puerta me agarró del brazo con fuerza, me hacía daño. Entró otro hombre con el rostro también oculto, ambos me taparon los ojos con una tela. Después me agarraron y me llevaron hasta un vehículo donde me metieron a la fuerza. Sabía que no estaba sola, podía escuchar la respiración de la persona que estaba conmigo.

—Es una pena, tenía otros planes para ti. —Era él.

—¿Qué pretendes? ¡Por favor, llévame al hotel, no diré nada!

—¡Ja, ja, ja! Lo siento preciosa, pero no te creo. Tendrás que desaparecer en un accidente.

—¿Por qué me haces esto?

—Fuiste tú la que quiso entrar a jugar. Te metiste de lleno, pasaste a ser una

ficha más, una ficha que estorbaba en el tablero.

—¿Qué vas a hacerme?

—Es mejor que no lo sepas. Te prometo que sufrirás muy poco —me susurró al oído.

Tenía mucho miedo, jamás había visto la muerte tan cerca. Recé, hacía mucho que no lo hacía, pero era mi única esperanza. Estuvimos mucho tiempo dentro del vehículo. Se detuvo y de repente oí cómo abrían la puerta. Hablaba él.

—Querida, tu Henric no ha venido a rescatarte. ¿Te das cuenta? Tú, que has hecho tanto por él, y tu querido señor Windsor te abandona.

—Hay que matarla. —Era una voz de mujer, me resultaba conocida, aunque no podía identificarla.

Me agarraron con fuerza, sentía el frío en mi rostro, de repente me soltaron.

—Por favor, no lo hagan, no me maten —supliqué. Sentía una gran angustia. No escuchaba nada, tan solo el sonido del gatillo de una pistola. Iba a morir, ya no había salida. Recé. En esos momentos en que sabes que vas a perder la vida, todo se pasa por tu mente, te das cuenta del tiempo que has perdido en tonterías y de todo lo que podías haber hecho. Las lágrimas rodaban por mi rostro, ¡había tantas cosas que todavía no había hecho! Todo pasa en un segundo, el miedo te invade y te das cuenta de que ya no hay otra oportunidad para ti. Escuché ruidos a mi alrededor, de repente oí varios disparos, me encogí al escucharlos, unos brazos fuertes me rodearon. Era Henric, su perfume era inconfundible. Me quitó la tela que cubría los ojos y me desató las muñecas. Había muchos hombres uniformados, en el suelo yacían él y ella... Fabiola. Otros dos hombres estaban arrestados. Me dejé abrazar por Henric, temblaba, no podía articular palabra alguna.

—Ya ha pasado todo, amor mío. —En ese momento vi salir del coche a Monique, quien vino corriendo a abrazarme.

—¡Ana! ¡Qué miedo he pasado! Temí por tu vida, amiga mía.

—Cariño —me dijo con dulzura Henric—, métete en el coche con Monique,

enseguida nos vamos de aquí. —Me acompañó hasta el vehículo, cerró la puerta y le vi alejarse hasta los detenidos.

Miré a Monique.

—Tardabas mucho —me dijo cogiéndome de las manos—, estaba muy preocupada, bajé a la recepción para preguntar si había algún mensaje para mí y en ese momento vi entrar a Henric, enseguida le noté preocupado, preguntó por ti, le expliqué con quién y dónde te habías ido y que todavía no habías regresado. Él me dijo que corrías peligro. Por lo visto ya les estaban vigilando. Por lo que les escuché, seguían sus pasos muy de cerca, por eso fue fácil dar contigo. Has tenido mucha suerte, no quiero ni pensar qué hubiese pasado si...

Henric nos llevó hasta su casa. Monique se fue a la cama y ambos nos quedamos en el sofá, frente a la chimenea. Me recosté en su pecho mientras él me rodeaba con su brazo.

—¿Cómo te encuentras?

—Todavía estoy temblando.

—No debiste confiar en él, ya te advertí en Capri.

—Lo sé, pero se mostró diferente y me pareció descortés no aceptar su invitación. ¿Quiénes era realmente él y ella? ¿Por qué querían matarme?

—De él ya sospechábamos algo, pero de Fabiola dudábamos, siempre fue una gran amiga mía y de la familia, trabajaba conmigo y jamás me pude imaginar que era una traidora. En los documentos que me diste había un listado de 200 británicos que ocupaban puestos importantes próximos al Gobierno y que estaban pasando información a los rusos; pues bien, cuando te fuiste los estuve leyendo y allí estaban el nombre de Fabiola y el de Mauricio. Ellos sabían que yo tenía en mi poder dichos documentos. Te siguieron, Ana, interceptaron tus llamadas y debieron ver en algún momento la carpeta en la que estaban guardados los papeles secretos.

—Sí, él me lo dijo, de regreso a Londres me vio con ellos.

—Intuían que me los habías dado y que ya estaban en mi poder, Fabiola

sabía de nuestro encuentro.

—Lo siento, siento el haberte puesto en peligro —dije.

—No, todo esto es culpa mía, te involucré en este asunto. Perdóname, mi amor. —Ambos nos quedamos pensativos. Me quedé dormida sobre su pecho.

Los sucesos que acontecieron los días siguientes se resolvieron de manera muy rápida. Henric cogió un vuelo para marcharnos al día siguiente a Londres, él se reuniría conmigo en la capital inglesa en unas semanas. Monique regresó con mi tío, después de tanta tensión y angustia ella necesitaba tranquilidad.

Pasó un mes sin saber nada de él. Comencé mis clases de español en el colegio de señoritas.

—Señorita, tiene una llamada —me dijo el conserje.

Fui a consejería y cogí el teléfono.

—¿Diga?

—Siento haberte hecho esperar tanto. —Esa voz la reconocería en cualquier parte.

—¡Henric! —Estaba feliz de escucharle—. ¿Dónde estás?

—Sal al exterior. —Dejé el teléfono y fui corriendo hacia la puerta de salida bajo la atenta mirada del personal del colegio, que estaba a mi alrededor.

Allí estaba él, con su camisa blanca y sus vaqueros, y esa sonrisa que iluminaba su rostro. Fui corriendo hacia él y rodeé con mis brazos su cuello mientras él me abrazaba la cintura y giraba sobre sí mismo. Se detuvo y me miró.

—¿Me has echado de menos, preciosa?

—Sabes que sí. —Le guiñé el ojo. Bajó su rostro y me besó. En ese momento la puerta del coche se abrió y salió Rose con su esposo seguida de un bebé que tendría camino de los dos años—. ¡Henric! —grité—. ¡La has traído de vuelta! —Fui hacia ella y la abracé, por fin estábamos todos juntos. Me sentía muy feliz.

—¿Y esta niña tan bonita ? —Me puse de cuclillas y miré a la pequeña.

—Se llama Gina —dijo Rose

—Hola, Gina, yo soy tu tía Ana. —Después fui a Rose y a su esposo—. Tenéis una hija preciosa.

—Ana —me dijo Rose—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también, no sabía por lo que estabais pasando, Rose. Tenemos mucho de qué hablar. —Ella asintió. Su esposo la cogió de la mano y sus miradas se centraron en la pequeña Gina.

Ambos estaban muy desmejorados y delgados, intuía que no querían hablar de su experiencia tan horrible en la cárcel, más tarde me lo confirmó Henric. Había que dejar pasar el tiempo, las heridas no habían cicatrizado, cuando llegase el momento sabía que ella me lo contaría todo.

La niña se alejó en dirección a los columpios del colegio, Rose y su esposo la siguieron, y Henric y yo nos quedamos solos. Envolvió su mano con la mía y me atrajo hacía él.

—Creo que no te he dicho lo mucho que te amo —me dijo.

—No, no me lo has dicho, mi amor. —Sonrió.

—Te amo, te amo, te amo... —me susurró al oído.

—Estoy un poco sorda. ¿Qué es lo que has dicho? —Arqueó las cejas con su mirada burlona. Me rodeó con sus brazos y me besó.

Capítulo 11

El diario de Anne

Habían transcurridos cuatro meses desde el encuentro con Henric. Rose estaba en Capri, con su hija, su esposo y sus padres; Diana y ella se habían reconciliado. La hermana de Henric había cambiado, ya no era la mujer fría y distante de antes.

Mi boda se celebraría en la isla, a la que habíamos llegado hacía unos días. Henric se había ido a navegar con Rose, su esposo y Gina, yo había preferido quedarme descansando, no había pasado muy buena noche. Decidí subir a ver el cuadro que tanto me fascinaba. Siempre tenía la misma sensación cuando llegaba a la estancia, fue en ese momento cuando vi a Alice salir de la sala, llevaba una capa oscura, se sorprendió al verme al igual que yo a ella.

—¡Alice! —exclamé.

—Señora, ¿qué hace en esta planta?

—Me gusta visitar la sala del pintor.

—No le aconsejo que lo haga.

—¿Por qué? —le pregunté, intrigada.

—Porque su espíritu sigue vivo. —La observé. Entonces fue cuando me di cuenta de que llevaba un pequeño trébol azul bordado en su capa.

—¿Qué significa ese trébol? Cuando estuve aquí recibí un papel con ese trébol.

—El trébol azul es el grupo al que pertenezco, se creó hace mucho tiempo.

Nosotros no conocemos a los miembros de este, siempre nos ocultamos tras nuestras capas, solo nos reconocemos por el símbolo que portamos. En noches de luna llena, como la de hoy, solemos ir al monte y allí invocamos a nuestros antepasados. —Esa mujer no me gustaba, me miraba con odio como si en realidad tuviese algo en mi contra, aunque no podía comprender el qué—. La celebración empieza por la tarde y finaliza cuando sale la luna. Son muchos los turistas los que vienen en noches como esta a contemplar nuestro baile tradicional. —Se aproximó a mí—. Si usted recibió un trébol azul es que está marcada.

—¿Marcada? ¿Qué significa eso?

—Tiene la señal, la muerte persigue a todo el que la tiene. —Dicho esto se marchó.

Esa mujer parecía trastornada. No entendía su rechazo, lo sentí desde el primer momento que la conocí. Ya estaba atardeciendo, Henric todavía no había llegado. Vi a la cocinera y le dije que cuando regresara le dijese que había ido al monte, deseaba ver esa representación de la que Alice me hablaba. Tenía razón, numerosos extranjeros acudían a ver el gran espectáculo. Cuando llegué, había una hoguera en el centro y decena de mujeres y hombres con las capas negras y rostro oculto bajo una máscara, así era imposible distinguir a Alice. Empezaron a tocar una música con arpa y violines, y todas esas personas empezaron a moverse en círculo haciendo movimientos extraños de alabanza. De repente todos se giraron hacia los espectadores y vinieron corriendo hacia nosotros, mezclándose entre los de allí presentes. Aquello me asustaba, era como un ritual. Me dispuse a alejarme, pero me agarraron con fuerza y me llevaron hasta donde estaba la hoguera, junto con otros espectadores. El resto de visitantes se reía y entusiasmaba con la representación. Nos rodearon, quería irme de allí. Me pude escabullir, y me alejé con pasos rápidos. Decidí irme a la casa, no debía haber ido. Enseguida me di cuenta de que no estaba sola, me giré y entonces la vi, llevaba una máscara pero sabía que era Alice. Me detuve y me puse frente a ella.

—¿Qué quieres de mí, Alice?

—Quiero que se vaya, usted ha estropeado todos mis planes.

—No sé a qué planes te refieres.

—Sí, lo sabe. Usted sabe muchas cosas. Él habla conmigo y me dice que me aleje de usted, que lo sabe todo.

—¿Quién es él?

—Mi antepasado; el pintor era de mi familia. Y la madre de la joven del cuadro fue su amante y la madre de mi tatarabuela. Yo tengo sangre de los Windsor, pero ellos siempre nos trataron muy mal. La madre del señor me había prometido que me daría dinero y una casa si mantenía oculto el secreto de la familia... Pero entonces llegó usted y ella cambió, usted fue la causante de que ella cambiara de opinión.

—Alice, yo no tuve nada que ver en eso. —Estaba sorprendida por su confesión. La madre de Anne tuvo una hija con el pintor... No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Sí, él me lo dijo, me dijo que usted había traído el mal. Por eso tiene que morir. Yo le puse ese papel en su dormitorio, pero usted no me hizo caso.

—Alice, no sabes lo que estás diciendo. Estás equivocada.

—No, querida, además le prometí que ibas a morir.

Ella levantó su mano y vi brillar el filo de una navaja. No me lo pensé, eché a correr, estaba asustada, esa mujer estaba loca. Me seguía con rapidez y pensé que me alcanzaría, me tropecé y por pocas me caí, sentí el roce de su mano pero no me alcanzó. En ese momento choqué con alguien, levanté el rostro, era Henric, observó mi rostro y enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien, observó a Alice que ya no portaba su máscara.

—Alice, ¿qué intentas hacer? —Al ver que ella no estaba en sus cabales, la agarró con fuerza de la muñeca que sostenía la navaja hasta que esta se vio forzada a soltarla—. ¿Se puede saber qué es lo que pretendes? —dijo Henric—. ¿Estás bien, Ana? —me preguntó. Asentí.

Esa misma noche Alice se fue del hogar de los Windsor. Le conté a Henric

lo que ella me dijo y se sorprendió tanto como yo. Al día siguiente, Henric fue a comisaría. Enseguida todos los habitantes de la isla supieron lo que había sucedido. Diana estaba conmocionada por la verdadera identidad de Alice y el desliz de su antepasada con el pintor. Así fueron transcurriendo esos días.

Una de esas mañanas en las que Henric tuvo que acudir a la comisaría, yo aproveché para ir a la sala de pintura. No podía apartar de mi mente que la madre de Anne estaba embarazada del pintor. Avancé hacia el cuadro y sentí esa misma sensación que tenía cuando estaba frente a ella, había algo en esa mirada. Caminé despacio y en ese momento mi tacón se enganchó con una de las tablas del suelo, centré mi atención en el suelo y entonces me di cuenta, esa tablilla de madera estaba suelta, la intenté colocar y vi que había una hoja doblada. La cogí y la leí, era la última hoja del diario de Anne:

20 de octubre

¡Por fin se han marchado! La casa lleva vacía desde principios de octubre, pensé que jamás la abandonarían. He vuelto para observar por última vez mi cuarto, me voy a América y jamás volveré. He visto mi diario y he decidido ocultarlo en la biblioteca, no sin antes escribir las últimas palabras, por si algún día alguien de mi familia lo encuentra, que sepan el verdadero final. Aquel día fui a la playa con la intención de que el mar se llevase mi vida, pero en el último momento Mon me lo impidió, lloraba y me abrazaba, me regañó. En ese instante no me percaté de que Fabio estaba con ella, pero después le vi, me abracé a él y lloré desconsolada. Decidimos escondernos en la gruta de los amantes hasta que mi familia se hubiese marchado y ambos pudiésemos huir, pero ese horrible suceso retrasó todo, apareció una mujer muerta en la playa, todo el mundo pensó que era yo, pero en realidad era Mon. El pintor la asesinó pensando que era yo, después se dio cuenta de su error y la echó al mar para que nadie la encontrase, pero el mar la trajo de vuelta...

¿Qué cómo sé que fue él? Fabio lo vio todo, él estaba fuera de la gruta, era de noche y fue testigo del crimen. Sé que mi madre era la amante de ese hombre y que él deseaba que ella me matase con el cuchillo que estaba dentro de esa caja, pero ella no pudo hacerlo y fue él el que quiso acabar con mi vida.

Pobre Mon, nunca olvidaré a la mujer que más he amado, para mí mi única y verdadera madre.

Hemos estado escondidos durante mucho tiempo en esa cueva, hasta que hoy, por fin, ambos realizaremos nuestro sueño, somos libres. Con las joyas que siempre he guardado nos iremos a América y allí nadie podrá encontrarnos.

Estaba sorprendida, Anne no había muerto y pudo realizar su sueño. Me sentía feliz. Decidí dejar las hojas donde ella las había guardado. Me puse frente a ella.

—Así que te fuiste con tu gran amor a América —sonreí—. Fuiste toda una valiente, Anne.

Su mirada lo decía todo, siempre sentí que me susurraba al oído que la mirase; en la expresión de sus ojos siempre había estado la respuesta a su historia. Suspiré, me sentía feliz.

Capítulo 12

La boda

Era el día, Rose estaba casi más nerviosa que yo, la boda iba a tener lugar en la pequeña ermita de uno de los acantilados más vistosos de la isla. Monique me estaba dando los últimos retoques, y entonces entró la hermana de Henric a la habitación.

—¡Es la hora, tenemos que irnos! —me miró—. ¡Qué guapa estás, Ana!

—Gracias. —En realidad me gustaba cómo me quedaba el vestido y también el peinado que me había hecho Monique.

—¡Vamos! —insistió Rose.

Bajamos las escaleras, me detuve unos segundos para observar el retrato de Anne, que estaba colgado en la pared.

—¡Vamos! —gritó Monique.

El coche nos esperaba en la entrada, mi padre estaba dentro y mi madre iría con ellas. Observé a mi padre, me miraba con una sonrisa.

—¡Estás preciosa, hija!

Conforme nos acercábamos a la ermita mi corazón me latía con celeridad. Los invitados estaban dentro, no había muchos. Henric y yo habíamos decidido que la boda fuera íntima. Cogí del brazo a mi padre y entré en la ermita, un pasillo estrecho y no muy largo. Pude ver los rostros de las personas que tanto amaba: mi tío Manu, mi madre, mi padre a mi lado, Rose, Diana y su esposo y Amelie. Y por último estaba él... Enseguida me encontré con su mirada, no

apartaba la vista de mí. Una gran sonrisa se dibujaba en su rostro. En ese momento, para mí solo estábamos él y yo. Después de todo lo que habíamos vivido, tenía claro que nuestro destino era estar juntos. Le amaba y sabía que él también me amaba. Mi padre me entregó a él y comenzó la ceremonia. Apenas estuve atenta a lo que el sacerdote decía, tan solo me escuché decir «sí, quiero», y a él le oí decir lo mismo. Estábamos uno frente al otro, ajenos a todo lo que nos rodeaba.

—¡Mírame! —me dijo—. Y ahora... dime lo que ves.

—Veo unos ojos verdes preciosos, los mismos que me cautivaron desde el momento en que te conocí.

—No, mi amor, todavía no eres consciente de lo que te estoy queriendo decir con la mirada. —Negué con la cabeza, lo sabía, pero quería escucharlo—. Te amo —me sonrió, y me rodeó con sus brazos, bajó su rostro hasta que sus labios besaron los míos—. Nunca podré mirar a otra mujer como te miro a ti.

Le amaba y sabía que junto a él siempre sería feliz.

FIN

Nota de la autora

Mírame es mi primera novela, la escribí muy joven. La idea me surgió tras un viaje que hice a la antigua Yugoslavia.

Tras la Guerra de los Balcanes, uno de los conflictos más sangrientos de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, empezó una nueva forma de vida para todos sus habitantes, marcados por la tristeza y el odio de una guerra que acabó con muchos de sus seres queridos. En cada escena que yo veía en la televisión, siempre me fijaba en la expresión de los ojos de esa gente, y en todos ellos veía tristeza, yo creo que fue cuando dije que iría allí. Transcurrieron unos cuantos años hasta que pisé el suelo de la extinta Yugoslavia. Recuerdo estar en Dubrovnik, una ciudad que se levantó de las cenizas del miedo y la violencia y supo apartar los horrores vividos para centrarse en progresar y empezar de nuevo. Pero las marcas de lo vivido estaban por todas partes: la marca de disparos en las murallas y las tumbas con las que te encontrabas en mitad de los montes cuando te alejabas de las ciudades más turísticas y te adentrabas por pueblos y lugares apartados de las rutas convencionales.

Mi objetivo era ir a Bosnia, en concreto a Mostar, y también a un pueblecito del que había escuchado hablar y poco conocía de él, Medjugorje. Lo que más me llamó la atención de esta pequeña aldea es que fue el único lugar donde la guerra no hizo estragos, ¿y por qué? Porque, según leí, se apareció la Virgen a unos niños y Ella protegió el lugar del horror de la guerra. Sea uno creyente o no, lo cierto es que esa aldea fue la única en la que la guerra no penetró. Y, a

parte de mis experiencias personales, he de decir que en este lugar, con un enclave maravilloso, sentí paz, una paz y una tranquilidad que se contagiaba a todo el que visitaba ese valle.

Una vez que salí de Medjugorje, todo lo que veía eran las marcas de la destrucción. Recuerdo Mostar, una ciudad muy bella. Tuve la gran suerte de tratar con hombres y mujeres que vivían allí —vi mucha tristeza en ellos—, y digo suerte porque me dieron una enseñanza de vida, a pesar de todo lo que experimentaron y a los seres queridos que perdieron seguían luchando por vivir y recuperar la ilusión perdida.

Esta novela está dedicada a todas esas personas, hombres y mujeres valientes que lograron apartar el odio para empezar a luchar de nuevo por seguir adelante, olvidando el rencor fomentado por esa horrible guerra.

Agradecimientos

A mi madre, una mujer luchadora. Te amo, mamá.

A mi padre y hermanos.

A mi marido y mis dos pequeñines.

A Rosa Rivera, mi gran amiga.

A Lola Gude. Gracias por tu ayuda y apoyo.

¡Gracias!

Si te ha gustado

Mírame

te recomendamos comenzar a leer

A mí no me seduzcas

de *Nekane González*



Prólogo

Si el amor aparece en tus sueños, ¿te despertarías? ¿O seguirías durmiendo?

Si escoges esta última opción, tus sueños pueden mostrarte algo maravilloso hecho a tu medida. Si decides despertar, te darás cuenta de que la realidad es muy diferente a tus sueños. Y, cuando tengas los ojos abiertos, el destino pondrá ante ti todo aquello que anhelas. Simplemente, has de saber reconocerlo.

Pero no siempre es fácil, ya que nosotros mismos nos empeñamos en hacerlo más complicado de lo que realmente es. Y ahí es donde el puñetero universo juega en tu contra y, por no seguirle la corriente, te muestra dos caminos distintos. Y ninguno es de baldosas amarillas.

Queda terminantemente prohibido coger un atajo para saber qué hay detrás de cada uno de esos caminos. Solo puedes escuchar a tu razón, pero no mucho, que a veces tiene sus días tontos y no es de fiar, y a uno que nunca falla: tu corazón.

Él es el único que tiene la respuesta a tus dudas, es el único que va a latir desbocado cuando llegues al final de esa carrera de fondo que, como meta, tiene tu felicidad.

Ya no vale decir: “A mí del amor, que no me hablen”. Ahora lo que cuenta es que te dejes seducir por un sueño que se hace realidad y que tiene los ojos azules, ¿o son verdes?

Toñi Membrives

Capítulo 1: La oscuridad se ciñe sobre mí

Mirándome frente al espejo de la entrada de mi zulo, observo cómo me queda el vestido negro que María me regaló ayer expresamente para el evento. Irónicamente, pienso que, aunque me encanta este color para la ropa y casi siempre voy vestida de enterradora (como dice mi madre), hoy es el día que menos me apetece vestirme así. Está claro que debo de ser la propia contradicción en persona.

Fuera en la calle luce un espléndido y caluroso sol de primavera, cosa que ya es bastante rara en Bilbao, pero a mi casa, mi zulo, no llega ni un triste rayito y permanezco aquí en la sombra como un vampiro; como esta negrura que hoy atenaza mi alma y mi corazón. Me resulta imposible aceptar la forma que tiene el universo de cambiarlo todo de un momento a otro sin que podamos hacer nada al respecto, y no puedo evitar sentirme completamente frágil e impotente ante ello.

Miro la hora en el móvil, ya que nunca llevo reloj desde que estuve viviendo en Palma de Mallorca y decidí vivir la vida sin importar la hora que fuera. Fue en el preciso momento en que me deshice del reloj cuando descubrí la terrible adicción que tenía a mirarlo y a vivir cronometrada.

Aún es pronto; tengo tiempo de sobra, así que me preparo un sucedáneo de Martini y me fumo un cigarrillo mientras dejo que los recuerdos inunden mi mente y me lleven a ese tiempo que ahora parece tan lejano, a pesar de haber transcurrido apenas un año. Ese instante que a mí me pareció maravilloso y donde parece que el mundo se quedó congelado, en el momento en que abrí la puerta de mi zulo y me encontré de frente con él, con mi sueño hecho realidad, con Freddy.

Todavía me cuesta creer la historia onírica que viví y la semejanza física entre un Freddy y otro. Con el tiempo terminé por pensar que aquello tenía que

haber sido un sueño premonitorio, excepto por que sigo esperando que me toque la lotería, claro. Pero no dejo de reconocer que el universo en aquella ocasión hizo que todos los astros se unieran para traer a mi vida un regalo muy grande. Aún recuerdo su cara de sorpresa, con aquellos maravillosos ojos verdes abiertos de par en par, en consonancia con su sensual y provocadora boca, ante el inicial portazo que le ofrecí. Tardé unos segundos en reaccionar, pues aún estaba muy conmocionada por el sueño que había tenido y en comprender lo que María me explicaba entre gritos y aspavientos.

Fueron muchas horas en las que me quedé profundamente dormida después de haber desconectado todos los teléfonos, como suelo hacer cuando me pongo a escribir y prefiero que nadie me corte la inspiración. Fue tan profundo el sueño en el que caí (pues debía estar agotada tras pasar tres días y tres noches frente al ordenador escribiendo) que ni tan siquiera me sacó de mi sopor María, aporreando la puerta de mi casa, alteradísima porque había pensado que me había pasado algo. Como yo no respondía, María volvió a su casa para recoger las llaves de la mía y poder entrar a comprobarlo, pero fue tal la película que se formó en su cabeza en el trayecto que, antes de emprender la vuelta, llamó a la policía para no estar sola ante el cuadro que se pudiera encontrar. Otra que se parece a mi madre montándose películas. ¡Qué familia! Como quiera que fuere, durante mucho tiempo tuve que agradecerle a mi hermana el teatro que se montó, porque aquello fue lo que trajo directamente a mi puerta al protagonista de mi peculiar sueño: Freddy.

Nunca le he preguntado qué fue exactamente lo que le hizo interesarse por mí en una situación en la que cualquiera me hubiera tomado por una chalada, máxime teniendo en cuenta el estado de mi casa aquel día. Pero supongo que la situación le resultó de lo más divertida, a juzgar por las risas que nos echamos los tres, una vez aclarado el malentendido. Él salía de una guardia aquella noche camino a su casa y desde la central le habían pedido que se pasara por allí para ver qué ocurría, con lo que ya había terminado su servicio. Entre explicación y explicación, nos dieron las tantas de la noche. Una noche en la

que comenzó nuestra historia, amenizada con muchas risas y bastantes sucedáneos de martinis.

A partir de ahí comenzamos a quedar, y poco a poco fuimos conociéndonos más, aunque he de decir que Freddy resultó ser un hombre bastante más introvertido de lo que yo había soñado. Tan celoso de su intimidad que ahora, un año después, me doy cuenta de lo poco que sé de su vida. Yo siempre di por sentado que, como era ertzaina, la desconfianza le venía de serie. No en vano es un cuerpo que no destaca por su simpatía precisamente, pero siempre creí que, con el tiempo, terminaría por abrirse y confiar más en mí. Quizá un año no es demasiado; a mí se me ha hecho muy corto (escandalosamente corto, ahora que lo pienso). Y, debido a su trabajo, tampoco hemos podido vernos todo lo que nos hubiera gustado.

María abre la puerta de mi casa trayéndome de vuelta a la cruda realidad. Después de aquel episodio, siempre lleva mis llaves junto a las suyas.

—¿Estás lista, tata? —susurra con cara de circunstancia.

—Supongo que, para una situación así, una nunca está lista —respondo con tristeza, tras agotar un soplo de aire cargado de amargura.

Me abraza y, dándome un beso de esos suyos, parece que tenga la intención de juntarme una mejilla con otra a través de mi cavidad bucal. Esta vez es mayor el dolor que acumulo en mi alma que el propio físico que me proporciona ella con su exagerado amor.

—He traído el coche hasta el portal —trata de esbozar una sonrisa encogiéndose de hombros—. Para que no tengas que pasar la aduana, ya sabes.

—Sí, gracias. Hoy sería capaz de soltar algún impropio gordo y convertirme en la noticia del mes de radio patio —contesto sin mucho ánimo a pesar de que agradezco mucho el detalle—. Cojo el bolso y nos vamos.

Me monto en su Audi nuevo, que no es nuevo, que es de segunda mano pero, como lo compró hace apenas dos meses, pues es su Audi nuevo. Recorre marcha atrás el callejón de mi casa hasta llegar al sitio donde normalmente se aparcan los coches, que llamamos *la curva*, y donde hoy la aduana ha montado

el chiringuito al completo, sacando las sillas de camping y las sombrillas. Suerte que llevo gafas de sol y no pueden ver las oscuras ojeras que decoran mi rostro.

¿Que no recordáis qué es la aduana? La aduana es esa familia que vive en mi callejón y que se pasa el día entero, aunque llueva, en la curva, que es la única entrada a la calle, para enterarse de cuanto chisme se haya producido. No se te ocurra entrar andando y preguntar aquello de “¿Qué tal?”, cuestión que se plantea más por cortesía que otra cosa y que no espera nunca una respuesta definida. En este caso acabarás sometido a un tercer grado y terminarás por contar hasta lo que no quieres que se sepa. De difundirlo ya se encargará radio patio.

Levanto la mano a modo de saludo como si fuera la reina de Inglaterra (con la ventanilla cerrada, eso sí) y fijo la mirada en mi Paco, mi Peugeot gris que está aparcado a la derecha. Lo observo como si no fuera mío y pienso que no tiene mal aspecto a pesar de saber que, por no tolerar (como su dueña) las intensas lluvias de Bilbao, terminó por inundarse y ahora tiene la centralita rota y hay que andar quitándole un borne de la batería cada vez que vas a parar más de diez minutos porque, si no, se descarga y no arranca después. Menos mal que soy de arreglarme poco, porque imaginad el cuadro cuando una sale de pitiminí con tacón alto y al bajarse del coche se pone a hacer de mecánica. A mi hermana le resulta graciosísimo, sobre todo por las caras que ponen quienes nos observan en tan peculiares momentos.

Cogemos la autopista; suena en la radio del coche *All of me*, de John Legend, y mi mente comienza a volar a través de las bellas notas musicales. Recuerdo la última vez que pasé por aquí, en una situación bien diferente a esta. Iba en el coche con Freddy; los dos íbamos cantando a voz en grito una conocida canción de los años casi ochenta, *Ramaladingdong*. Estábamos felices, ya que nos dirigíamos a San Juan de Gaztelugatxe armados con todo tipo de bebidas y comida como para una semana. Al principio Freddy solo me dijo que preparara una mochila como para pasar un par de días, y yo no tenía

ni idea de qué estaba planeando mi loco favorito, pero él había conseguido que dejara atrás mi famoso mantra “A mí del amor, que no me hablen” y que empezara a confiar plenamente en él y en sus sorpresas. Con Freddy todo resultaba de improvisto siempre y no sabías nunca dónde o cómo podías acabar. Dicen que las personas introvertidas son más bien serias, pero esa es una norma que, desde luego, en Freddy, no se cumple.

Era un miércoles por la tarde cuando llegamos a San Juan de Gaztelugatxe y aparcamos el coche en el parking, enfrente de la sidrería Galerna. Apenas unos metros más allá, y ataviados con ropas deportivas, comenzamos a bajar por un camino de piedra de unos escasos dos metros de ancho. A la derecha una rústica valla de madera delimitaba el sendero, cuyo espeso follaje cubría el camino, formando una especie de arco natural que apenas dejaba pasar unos tímidos rayos de sol. Un poco más adelante, la vegetación se iba disipando, dejando al descubierto una espectacular y maravillosa vista del mar Cantábrico, en todo su esplendor y magnitud; sin duda, era un paisaje de lo más relajante. Al frente se podía divisar una gran isla formada por rocas y vegetación, la cual lucía majestuosa entre las olas del mar que componían una preciosa y natural melodía, al romper contra las ariscas costas de tan singular islote.

El camino era pedregoso y abrupto y, cada dos metros escasos, había unos escalones reforzados con madera para intentar hacer más fácil tan dificultosa bajada. Como cabras montesas terminamos de recorrer el escabroso tramo para llegar a una carretera comarcal. Paramos en un peculiar banco de color azul a contemplar tan maravillosa vista e intercambiar, entre tórridos besos, el poco aire que nos quedaba tras el esfuerzo.

Nos asomamos a una barandilla de madera que hacía las veces de mirador. Nos hicimos unas fotos y allí abajo pudimos observar la bravura del mar, que rompía contra las rocas y dejaba un rastro de espuma a su paso, el cual, iluminado por los rayos del sol, formaba lo que parecían minúsculas estrellitas sobre el agua. Mirando hacia el horizonte, difuminado por una

bruma cargada de humedad que amenazaba con llegar a la costa, se podían percibir sobre el mar, que lucía tranquilo allí a lo lejos, pequeñas corrientes de agua. Estas formaban diminutos ríos que, observados desde nuestra situación, parecían un entramado de carreteras sobre el infinito piélago.

Durante la subida de los doscientos cuarenta y un escalones que conforman el recorrido hasta la elevada ermita, fuimos recompensados visualmente con un espectacular paisaje; una brisa fresca hacía más llevadero nuestro esfuerzo. Por fin llegamos hasta la última cruz que completaba las catorce del Vía Crucis que nos acompañó durante todo el trayecto. Al principio ni tan siquiera habíamos reparado en ellas pero, a partir de la sexta, cada cruz que alcanzábamos era como una hazaña conseguida. Y Así, entre bromas y ahogados besos, llegamos a tocar la campana de la ermita, que permanecía cerrada. Dice la tradición que hay que pedir un deseo y tocar la campana tres veces para que se cumpla. Al loco de Freddy se le ocurrió decirme aquello de:

—¿A que no tienes cojones?

—¿Te atreves a decirme eso a mí, después de haber vendimiado? No sabes con quién te estás metiendo, nene... —Y subimos descalzos para que nuestro sueño tuviera más posibilidades de cumplirse.

Obviamente, no nos dijimos el deseo que habíamos pedido; el mío fue poder estar siempre con él.

Apenas había un par de personas allí; ya casi el sol se estaba poniendo y dimos la vuelta por detrás de la construcción, para contemplar la vista desde el otro lado. Encontramos una saliente de piedra donde tumbarnos sobre la inmensidad del mar. La sensación era como estar volando sobre este. Un chico con largas melenas rizadas de color azabache se sentó apenas unos metros detrás de nosotros y sacó un extraño instrumento del que comenzó a arrancar unas mágicas notas, que terminaron de llevarnos a un estado más que místico.

Después supimos que el instrumento en cuestión se llama *hang*, y que su invención es realmente nueva, ya que el primero fue presentado en el festival

Musikmesse de Frankfurt en el año dos mil, según nos explicó el chico después. Lo cierto es que aquel muchacho con la mágica música que emanaba de su extraño instrumento, el mar, las gaviotas volando en bandadas tan cerca de nosotros y el espectacular paisaje nos hicieron sentirnos en completa consonancia con la naturaleza, de la que estábamos siendo partícipes en aquel mismo momento.

Un rato después, Freddy me tomó de la mano y volvimos frente a la ermita, en la que una construcción rectangular de piedra hacía las veces de refugio. En una esquina del recinto había una chimenea de ladrillo, donde Freddy no tardó en encender un fuego con algunos palos que había ido recogiendo mientras subíamos. ¡Y yo que me venía cachondeando todo el camino por los dichosos palitos! Agradecí enormemente el calorcito que desprendía aquel improvisado hogar, pues la humedad se estaba haciendo cada vez más presente y la noche comenzaba a cernirse sobre nosotros, después de habernos mostrado una de las más espectaculares puestas de sol que yo haya contemplado.

Habíamos dejado las mochilas sobre una mesa de piedra rodeada por bancos del mismo material; cuando el fuego alcanzó su esplendor, Freddy retiró las mochilas de la mesa y, tomándome por la cintura, me sentó donde antes estaba el equipaje y se colocó delante de mí, sentado en el banco. En aquel momento me sentí como si fuera el manjar más succulento que aquel hombre había tenido delante, a juzgar por las chispas que sus verdes ojos desprendían. Comenzó pasando sus manos por mis muslos, acariciándolos cada vez con un poco más de intensidad, hasta llegar a rozar mi entrepierna con sus pulgares. La excitación se iba abriendo paso a través de mi cuerpo, al mismo tiempo que sus manos seguían masajeándome por encima de la ropa. Metió dos dedos por la cinturilla de mi pantalón de chándal y me obligó a levantar el trasero para poder quitarme una sola pata de la prenda, que apartó con descaro hacia un lado. Separó la poca tela del tanga y se detuvo un instante a observarme, deleitándose en lo que veía. Posó su palma en mi vientre haciendo que me recostara un poco hacia atrás, y después pasó sus

manos por debajo de mis muslos atrayéndome hacia él, justo antes de hundirse de lleno entre los pliegues que cubrían mi abultado clítoris.

Recorrió con su lengua cada centímetro y, con dos de sus dedos, me penetró haciéndome estremecer de puro placer, mientras seguía succionando y chupando sin tregua, hasta que consiguió hacerme llegar al orgasmo sin haberme quitado siquiera la ropa interior. Entonces se bajó el pantalón hasta la mitad del muslo, llevándose con él su slip y dejando libre por fin la tremenda erección que me ofreció. Me sujetó por las caderas deslizándose con dulzura, hasta que me tuvo completa y perfectamente encajada en su miembro, me abrazó con fuerza y durante unos instantes disfruté de la sensación de plenitud de tenerle todo para mí; me sentí en plena comunión con él. Pasados unos segundos, mi cuerpo empezó a vibrar, y las paredes de mi vagina apretaban su miembro en un gesto inconsciente; fue entonces cuando comencé a moverme cabalgando sobre él. Primero lentamente, con dulzura, disfrutando de cada sensación que me proporcionaban los sutiles movimientos; después fui aumentando el ritmo poco a poco, hasta llegar a uno frenético en el que parecía que el mundo se desvanecía a nuestro alrededor y que mi vida dependía de llegar a la meta lo antes posible. Iluminados por la tenue luz de la lumbre, llegamos los dos juntos al clímax, en un gemido unísono que retumbó por todo el refugio. Permanecemos abrazados hasta que nuestras agitadas respiraciones y el mundo volvieron a la normalidad. Nos miramos y, siendo plenamente conscientes de lo que allí había ocurrido, a la vista de cualquiera que hubiera tenido a bien pasear por allí a aquellas horas, estallamos en una sonora carcajada sabiendo que nos daba todo igual, excepto esos momentos que los dos juntos éramos capaces de crear.

Cuando retomamos la compostura, nos comimos unos bocadillos mientras Freddy me contaba montones de historias, tejidas al amparo de tan maravilloso lugar. Ya era muy tarde cuando emprendimos el camino de vuelta iluminados por la escasa luz de nuestras linternas, pero aun así decidimos aventurarnos un poco más y, al final del camino, elegimos unas escaleras a la

izquierda que bajaban hasta un pasillo de piedra, culminado por dos grandes arcos en cuyas paredes había placas grabadas, con amargos recuerdos de cuantos allí habían perecido antaño. Nos llamó especialmente la atención una con un poema grabado, que rezaba así:

*Si cierro los ojos, te veo. Si no los cierro, también.
Te veo por donde vaya, te siento donde yo estoy.
Estoy condenado a verte, que me condenen mil veces,
que más que condena es suerte sentirte cerca de mí.*

Sin duda, nos sobrecogió el dolor que debía de haber sentido quien había escrito tan amargas palabras, y decidimos volver a la civilización. Así dimos por acabada la aventura. No en vano comenzábamos a sentir que el cansancio hacía mella en nuestros cuerpos. Nos metimos en el coche y recorrimos apenas unos quinientos metros de carretera, para volver a detenernos frente a lo que parecía otra sidrería, aunque cuál no fue mi sorpresa al descubrir que se trataba de un pequeño y acogedor hotel con unas vistas espectaculares. Freddy arregló todo para que nos dieran una sencilla y bonita habitación con vistas al islote de piedra que antes habíamos visto por el camino a la ermita. Allí nos hospedamos hasta el viernes cuando Freddy tenía que volver al trabajo, pero aquellas cuatro paredes de piedra fueron testigos mudos del inmenso y ardiente amor que hay entre nosotros. Supongo que los dueños del hotel tampoco se olvidarán de nosotros, a juzgar por los gritos de pasión que de allí nacieron. Es verdad que el poco tiempo que hemos pasado juntos lo hemos disfrutado al máximo y desde luego, en Bilbao ciudad, se nos ha visto poco, por no decir nada. Siempre hemos preferido disfrutar de nuestra sola compañía, a excepción de un par de veces o tres que hemos quedado con María o con Jorge.

Jorge es uno de los compañeros de la unidad de Freddy, con el que mejor se lleva. Sí, ese con el que mientras trabajan van juntos a casi todos los lados. Irremediablemente, tan estrecha relación traspasa siempre la barrera

profesional. Ahora que tengo constancia de la cantidad de horas que llegan a estar juntos, no me extraña lo más mínimo. Supongo que el tipo de trabajo y los peligros a los que están expuestos (de los cuales no tengo ni idea pues, como ya he dicho, son muy reservados) contribuye aún más a fortalecer dicha amistad.

Jorge es un hombre alto, moreno y con unos ojos marrones muy expresivos. Es algo más serio que Freddy y menos corpulento, pero se ve que es muy buena persona. No lo está pasando nada bien, ya que su madre está muy enferma, con un cáncer de matriz que ahora tiene muy extendido. Los médicos no le dan muchas esperanzas pero, aun con todo, Jorge está muy pendiente de ella y prácticamente la totalidad de su tiempo libre se lo dedica de una u otra forma. Creo que es uno de los motivos por los que no tiene pareja, porque entre el trabajo y su madre no le queda tiempo para nada. María dice que el chico no está nada mal, que se le ve muy majo; como diría mi madre, es alguien de fiar. Y, aunque yo sospecho que los dos se miran más de la cuenta, no me parece que de momento la cosa tenga pinta de avanzar hacia nada más que la amistad que los une a través de Freddy y de mí.

Ella jamás imaginó lo que su vida cambiaría cuando subió a un barco y atravesó las aguas cálidas del Mediterráneo.



La vida de Ana cambiará desde el momento que decide trabajar en un internado para señoritas en Dubrovnik. Su obsesión por el pasado de la familia Windsor y por Henric, un hombre enigmático, heredero de las propiedades de su clan y ofuscado con la restauración de un cuadro de una antepasada suya, la llevará a tormentosas y difíciles pruebas que se verán agravadas por el estallido de una guerra, cruel y sangrienta, que cambiará su destino poniendo su vida en peligro.

En mitad del caos y el peligro, Ana descubrirá el verdadero amor, un romance apasionado que la expondrá a desengaños, amenazas y aventuras. Su curiosidad por un cuadro, el descubrimiento de un diario la guiarán hasta la clave para resolver y entender todas las incógnitas que rodean el pasado y el presente de Henric. Ana, rodeada de una clase social alta, superficial, con vidas desordenadas, descubrirá la verdadera personalidad y los planes que el heredero de los Windsor tiene para ella.

La Guerra de los Balcanes alterará la vida y los valores de los protagonistas. La crueldad del conflicto bélico irrumpirá con brusquedad en la vida de Ana y Henric alterando sus principios y el valor de las vidas humanas.

En mitad del caos, la irracionalidad del hombre, el odio y la venganza... el intenso amor entre Ana y Henric será capaz de vencer las barreras del odio.

Jimena Cook nació en Madrid. Cursó sus estudios en la Universidad Complutense licenciándose en Periodismo. Su interés por la lectura comenzó a muy temprana edad, empezando a escribir pequeñas historias y presentándose a concursos de relatos de los cuales llegó a ser finalista en dos de ellos. En la actualidad, compagina su vida familiar y laboral, con su gran pasión, la escritura.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Jimena Cook

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-86-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Mírame

Recuerdos

Capítulo 1. Dubrovnik

Capítulo 2. La galería de cuadros

Capítulo 3. El baile

Capítulo 4. Capri

Capítulo 5. La guerra

Capítulo 6. Medjugorje

Capítulo 7. Londres

Capítulo 8. El archivo Mitrokhin

Capítulo 9. Moscú

Capítulo 10. Reencuentro

Capítulo 11. El diario de Anne

Capítulo 12. La boda

Nota de la autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Jimena Cook

Créditos